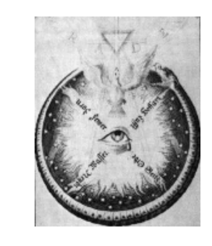


GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-

Fundado el 12 de Octubre de 2.003



Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

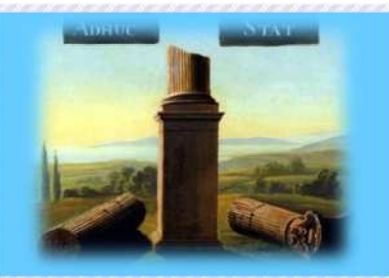
BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 35

21 de Septiembre de 2.012

M O N O G R Á F I C O

DE LA MATERIA & DE LOS CUERPOS GLORIOSOS











"La Masonería fundamental tiene un objetivo universal,
que la moral por sí sola no podría cumplir (...)
Su objetivo es el de iluminar al hombre
sobre su naturaleza, su origen y su destino"

IS-GP - RER


G.E.I.M.M.E.

S U M A R I O



CARNE ESPIRITUAL Y CUERPO GLORIOSO EN EL MARTINISMO

Dominique Clairembault*

La noción de cuerpo glorioso ocupa un lugar especial en la tradición martinista. Saint-Martin lo evoca cuando habla de la armadura impenetrable de la que había sido revestido el hombre. Esta noción no es exclusiva del judeo-cristianismo de donde la ha cogido el martinismo. De hecho, este es un concepto que se encuentra tanto en el zoroastrismo, el neoplatonismo o en la Cábala cristiana. Estas diferentes tradiciones contienen la riqueza propia para iluminar este concepto fundamental.

EL XVARNAH PERSA

La religión de la antigua Persia, el zoroastrismo, habla de una Luz de gloria, el *Xvarnah,* una energía puesta en acción desde el momento inicial de la creación y que continuará hasta el último acto de la transfiguración del mundo[1]. Esta luz es la sustancia que constituye *Ahura Mazda*. La iconografía lo representa como un halo luminoso, un aura gloriosa. Esta es la Tierra celeste, la madre del mundo, *Spenta Armaiti*, una divinidad que corresponde a nuestra Sophia occidental. Interviene en la relación entre el alma y la divinidad, operando en un mundo intermediario entre el mundo de la materia y el del espíritu puro: el *mundus imaginalis* (mundo imaginal). En este mundo donde las formas sensibles se inmaterializan y las inteligencias puras toman una corporeidad espiritual. En este plano imaginal, la Tierra se ve como un ángel, *Spenta Armaiti*.

Esta denominación recuerda al Santo-Elemento de Jacob Böhme, la corporeidad espiritual que es el hogar de Sophia, la Sabiduría, el alma del mundo. Este mundo imaginal es designado como el *octavo clima, Hûrqalyâ.* Se encuentra por encima de los siete climas o mundos percibidos por nuestros sentidos. El alma puede acceder a este plano antes de la muerte mediante el uso de una facultad puramente espiritual y totalmente independiente del cuerpo, la imaginación activa (Paracelso la evocará por la expresión “imaginación verdadera”). Este es el lugar de las grandes experiencias visionarias, de los éxtasis místicos, de las iniciaciones. Es a partir de esta Tierra celeste que el alma mantiene su cuerpo de resurrección futura, su cuerpo de luz.

La imaginación activa es el poder formativo del cuerpo imaginal del hombre, de su cuerpo sutil para siempre inseparable del alma, porque constituye su individualidad espiritual. En esta perspectiva, la adquisición del cuerpo de gloria se presenta como una participación en la eclosión de la Tierra celeste, es decir, en la transfiguración de la Creación. En este proceso, el

* Artículo publicado en www.philosophe-inconnu.com/ , apartado de “Études”.
[1] Este tema fue resaltado por Henry Corbin en *Cuerpo espiritual y Tierra celeste, del Irán mazdeísta al Irán chií,* París, Buchet / Chastel, 1979.

alma conserva un cuerpo después de la muerte, una *carne espiritual*, su cuerpo de resurrección[2], que es participación en la vida de la Sabiduría, la Luz de Gloria.

LA TÚNICA DE LA LUZ

En la tradición judeo-cristiana, la idea del cuerpo de gloria tiene sus raíces en el pasado distante. Se basa en la interpretación de un versículo del Antiguo Testamento que dice: *"Yahvé Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió"* (Gén 3:21, trad. Biblia de Jerusalén). En un principio, algunos exégetas pensaron que el texto hablaba de la situación de la humanidad no después de la Caída sino antes. Agregaron que la túnica que se menciona en este versículo no está hecha de piel, sino de luz. Para ello, se basaron en el hecho de que en hebreo las palabras piel (âur) y luz (aur) son casi similares.

La tradición targúmica que se ocupa de este versículo habla también de un vestido de luz. El *Midrash Rabbah* también apoya este argumento al afirmar que el famoso rabino Meil (Iº siglo) estaba en posesión de un Pentateuco cuyo versículo de Gén 3:21 no incluía el término "piel" sino el de "luz". Esta idea del hombre primitivamente vestido con una túnica de luz era muy popular, incluso fuera del judaísmo, entre los mandeos y maniqueos. También se encuentra entre los cristianos de Siria y San Efrén, en el siglo IVº, evocando a menudo la vestimenta primordial del hombre. Los escritos apócrifos, tales como la *Ascensión de Isaías,* hacen igualmente referencias a ello. Más tarde, en el siglo XIIIº, el *Zohar* hablará de las vestimentas de Adán y Eva a las que se hace mención en este versículo, que dice: *"Al principio, hay una túnica de luz a semejanza de lo alto, después de que cayeron, hay una túnica de piel"*[3].

LA GLORIA

Este cuerpo glorioso hace alusión a la "Gloria de Dios", expresión bíblica que designa al mismo Dios, al esplendor de su santidad en las manifestaciones perceptibles de su presencia. En el Antiguo Testamento es simbolizada por una luz deslumbrante, un fuego. Es la nube luminosa que se aparece a Moisés en el Sinaí y dirige al pueblo en el desierto, y luego desciende en el templo de Salomón. En el Nuevo Testamento, la nube descendió sobre Cristo cuando su transfiguración en el monte Tabor. Después de su resurrección, se unió a la gloria de Dios.

En el simbolismo cristiano el nimbo (del latín *nimbus*, "nube") y la aureola de los santos están relacionados con la manifestación de la gloria divina y muestran la presencia en ellos de la luz espiritual. Esta última representación también es anterior al cristianismo. Se la encuentra en el arte asiático y griego, así como en el mazdeísmo. La aureola es en cierto modo una prefiguración de la resurrección en un cuerpo glorificado. Según Orígenes, este cuerpo de resurrección tendría la forma de una esfera.

[2] Esta idea está también en el neoplatonismo, en Proclo, que habla del *okhêma* superior, *symphyès*, un cuerpo luminoso que es el órgano en el que el demiurgo ha puesto al alma en su origen y que esta conservará más allá de la muerte, a diferencia del *okhêma* inferior, *pneumatikon*, el vehículo pneumático, que desaparecerá poco después de la muerte.
[3] *El Zohar*, *Libro de Ruth*, trad. [al francés] Charles Mopsik, Verdier, 1987, p. 84.

LA RESURRECCIÓN

San Pablo asocia el cuerpo glorioso con la resurrección. Esta idea de volver a la vida después de la muerte tiene su origen en un texto del Antiguo Testamento: el de Daniel, capítulo 12. Sin embargo, la resurrección que se menciona en este texto es particular. No se trata de un renacimiento a suceder al final de los tiempos, sino de un regreso a la vida en un futuro próximo, cuando los Judíos fuesen liberados de las persecuciones de Antíoco IV de Epífanes (167-164 a. C.). A continuación, se producirá una resurrección de los cuerpos, carne, porque según la antropología judía el alma no existe sin el cuerpo. En la muerte se queda dormida para despertar tras la resurrección del cuerpo. El principio de renacimiento no fue aceptado por el judaísmo.

Fue San Pablo quien desarrolló la idea de la resurrección en el cristianismo[4]. En primer lugar, adopta un diseño similar al de Daniel (primeras cartas a los Corintios y Tesalonicenses). Pero después de sufrir las críticas de los gentiles, considera las cosas de forma diferente. En efecto, a diferencia de los judíos, para quienes el alma no existe sin el cuerpo, los griegos creían que ya existe antes del cuerpo y después de su muerte sigue existiendo en otro plano. Pablo había sido fariseo, y algunos de ellos creyeron en la metempsicosis, y es probable que este concepto contribuyera a hacerle revisar sus ideas.

Admitirá pronto que el alma encuentra otro cuerpo después de la muerte. Sin embargo, para él, esta nueva envoltura ya no será terrenal, es un "cuerpo glorioso", una *carne espiritual*.

Esta evolución es evidente en su segunda carta a los Corintios. Esta nueva posición le permitirá evangelizar a los griegos que rechazaron el cristianismo, entre otras cosas, por el principio de la resurrección de los cuerpos. Celso, en sus escritos *Contra los cristianos,* se refirió a esto como "esta idea ridícula"[5].

De hecho, Pablo pasa de la idea de la resurrección a la de la inmortalidad del alma. Esta posición es también la de los Evangelios, donde se presenta la victoria sobre la muerte, no en términos de la resurrección del cuerpo terrestre, sino de inmortalidad. Sin embargo, como comenta Pablo, para ascender al cielo el alma toma un "cuerpo glorioso". Para él, nos revestimos en *germen* de este cuerpo de luz por el bautismo por el cual también nos "revestimos" del Cristo glorioso.

F.C. ŒTINGER

Para Paracelso, el hombre no sólo está equipado con un cuerpo terrenal y un cuerpo sideral, también tiene otra dimensión que tiene la intención de continuar su existencia después de que el cuerpo muere. Esto es el *limbus æternus,* el cuerpo eterno del alma. Esta carne espiritual nos ha sido dada por el sacrificio de Cristo. Después de Paracelso, otros pensadores como Gerhard Dorn, Valentín Weigel y Jacob Böhme estarán interesados en esta dimensión eterna del cuerpo. Gerhard Dorn en su *Speculativa Philosophia* (1567), invita al alquimista a

---

4 Marie-Émile Boismard describe este proceso en *¿Seguimos hablando de la resurrección?*, París, Ed. Cerf, 1995.
5 Celso, *contra los cristianos*, Febo, 1999, p. 125.

trabajar en la transmutación que va a restaurar la túnica de luz de la que el hombre estaba revestido antes de la Caída. La búsqueda del Vellocino de Oro, que florece en la literatura alquímica del siglo XVII, es una reminiscencia de este aspecto[6].

Friedrich Christoph Œtinger (1702-1782), un cabalista cristiano muy impregnado de las doctrinas de Jacob Böhme, también evoca la noción de cuerpo glorioso en términos particularmente interesantes. Para él, en el origen de la Creación, Dios se revela en una "gloria primitiva", que es la Sabiduría (el Cristo, el Verbo...). Esta Sabiduría es el templo por el cual Dios se revela, es el espacio primordial. Esta Sabiduría es el cielo, la morada de los ángeles y los elegidos. Es el cuerpo de Cristo.

Es una sustancia luminosa que es el origen de todo. Es la *carne de los ángeles*, el *Santo-Elemento* mencionado por Jacob Böhme. Retomando una teoría de Newton, Œetinger hace de ello el *Sensorium* de Dios, el medio por el que Dios ve a su creación. Este cuerpo de luz de Dios es de alguna manera el arquetipo de los cuerpos gloriosos de los hombres. Este cielo primordial también contiene todas las ideas, que son como gérmenes que toman los cuerpos.

Nuestro mundo es la ubicación de este reino celeste, de lo que queda de él después de ser desnaturalizado por Lucifer. Este portador de luz se ha perdido, de hecho, en la contemplación de su propia luz, olvidando que esta luz sólo es "comunicada" pero no dada. Para Œtinger, es en este mismo espacio, cuando sea santificado, que Jesús reinará con sus Elegidos. Esta regeneración universal se iniciará con el hombre, pero fue iniciada por la resurrección de Jesús, pues su carne resucitada es la "materia última", la Sabiduría reformada. La resurrección del hombre lo llevará a revestirlo de una carne espiritual.

Œtinger dice que el hombre se encarna en dos ocasiones. La primera por su nacimiento y la segunda por su entrada en la fe. Este segundo nacimiento ha sido anticipado en el hombre por la resurrección de Cristo. La carne celeste de Jesús resucitado llena el universo y nos da los alimentos (carne y sangre) necesarios para nuestra regeneración. Así, para Friedrich Christoph Œtinger, el hombre, después de su vida terrestre, mantiene una corporeidad. Incluso dice que el alma y el cuerpo están unidos de forma permanente. Esta visión del cuerpo glorioso del hombre que participa en la Creación restaurada en toda su pureza, en la "Tierra Celeste", no es diferente a la que se encuentra en la mística del Islam.

MARTINES DE PASQUALLY

En el Martinismo, el tema del cuerpo glorioso está relacionado con el lugar especial que ocupa el hombre antes de la Caída. De acuerdo con Martines de Pasqually, el mundo fue creado para servir de asilo a los primeros espíritus espirituales que habían prevaricado. Los primeros espíritus fueron emanados originalmente de la inmensidad divina, después la rebelión de algunos de ellos hizo necesario la aparición de un espacio para contener sus acciones dañinas. Este lugar, situado fuera de la inmensidad divina, tiene varios niveles: la inmensidad

[6] Véase Antoine Faivre, *Toisón de Oro y Alquimia*, Milán, Archè, 1990.

supraceleste, la inmensidad celeste y el mundo terrestre. El hombre fue emanado de la voluntad divina para venir a dirigir a los espíritus extraviados que están encerrados en el mundo creado.

El hombre es espíritu, no tiene cuerpo. Su residencia está situada en el centro de la inmensidad celeste, un lugar llamado Paraíso terrestre. Sin embargo, para actuar en el mundo, el hombre está dotado de una facultad particular: la de ser capaz de producir un cuerpo glorioso, una especie de velo que le permite aparecer y actuar en la Creación. El hombre puede operar con este cuerpo, dándole la forma deseada. De acuerdo con lo que nos dice el *Tratado de la reintegración de los seres* (§ 22), es precisamente por el uso abusivo de ese privilegio que el hombre perdió ese cuerpo glorioso para hundirse en un cuerpo de materia que le obligará en adelante a habitar el mundo terrestre.

Exiliado en un cuerpo de materia y sobre la Tierra, el hombre no ha abandonado su misión. Sin embargo, añadió una dificultad adicional en su realización, en la medida en que debe recuperar su lugar en la Creación para llevar a cabo su misión.

TRATADO DE LA RESURRECCIÓN

Un manuscrito anónimo que se encontró entre los papeles de Saint-Martin después de su muerte (*Fondos Z*), habla del cuerpo glorioso en términos particularmente interesantes. Es probable que el autor sea el abad Pierre Fournie (1738-1825), quien fue secretario de Martines antes de Saint-Martín. Este texto no tiene título, pero su contenido indica que es un *Tratado sobre la resurrección.*

Pierre Fournie cita con frecuencia a San Pablo y explica que el alma, imitando la perfección de los santos, puede acceder a la resurrección. Fiel a las teorías de Martines de Pasqually, sigue el esquema de la *Tabla Universal* que divide la creación en tres niveles: inmensidad supraceleste, inmensidad celeste y mundo terrestre. Sin embargo, en lugar de la teúrgia defendida por Martines de Pasqually para acceder a los mundos superiores, aboga por una alquimia espiritual que tiene como objetivo la resurrección espiritual. Pierre Fournie lo presenta como la realización de la piedra filosofal, la transmutación del cuerpo de materia terrestre en un cuerpo glorificado. Esto es de hecho el final del proceso de ascensión del alma a través de las siete esferas de la inmensidad celeste. Como en Martines de Pasqually, se divide el septenario celeste en tres partes: el círculo sensible (Luna, Venus, Júpiter, Marte y Mercurio), el círculo visual (sol) y el círculo racional (Saturno). Asocia este ternario a las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Su descripción de la ascensión de las siete esferas celestes recuerda el *Diálogo entre Pablo y el alma* de Marsilio Ficino, texto que se inspira en gran medida en el *Poimandres* del *Corpus Hermeticum.*

LA ARMADURA

En Louis-Claude de Saint-Martin hay numerosas referencias al cuerpo glorioso. Sin embargo, como es habitual, el Filósofo Desconocido enmascara sus palabras con fórmulas indirectas, a menudo difíciles de interpretar para un lector no familiarizado con las doctrinas martinistas. Nos limitaremos aquí a mencionar algunas. En su primer libro, *De los errores y de la*

verdad, es bajo la imagen de una armadura impenetrable usada por el hombre cuando se encontraba en el centro de un jardín compuesto por siete árboles (entender la inmensidad celeste), como nos representa el cuerpo de luz[7].

En el *Cuadro natural,* hace referencia a este cuerpo de luz. Explica que el término "desnudez" que caracterizó al primer hombre y que es designado por la palabra *gharoum,* proviene del árabe *ghoram* que significa "hueso despojado de la carne". Precisa que la raíz hebrea *ghatzam* significa "una fuerza, una virtud". Por lo tanto, para él, cuando la Biblia nos presenta a Adán en su estado de desnudez, se nos está diciendo que era inmaterial, sin cuerpo de carne[8]. Esta vestimenta primitiva, Saint-Martin también la menciona en *El hombre nuevo,* donde habla de la vestimenta del primer hombre que nunca debería haber sido dividida, pues debería haber extendido el esplendor de su luz celestial sobre toda la Creación[9].

SOPHIA

En el segundo capítulo de *El Ministerio del Hombre-Espíritu,* dice el Filósofo Desconocido que, cuando por nuestro trabajo espiritual, reanimamos nuestro cuerpo glorioso, hacemos nacer la Sophia en nosotros. Al comentar sobre este punto a su amigo Kirchberger[10] precisa que Sophia y el cuerpo glorioso designan la Tierra prometida del hombre. El acercamiento con las doctrinas del zoroastrismo es sorprendente. De hecho, *Spenta Armaiti*, la virgen eterna, es equivalente a la Tierra esmeralda, el octavo clima, la tierra mística de Hûrqalya. Según Ibn Arabi, esta tierra mística fue concebida con el excedente de la levadura de la arcilla a través del cual Adán fue creado[11].

Es interesante notar que una tradición mohamediana mencionada por Tabarsî Mas'ûdi recoge que el cuerpo fue creado con tres tipos de tierra: una roja, una blanca y la última negra[12]. ¿No es sorprendente observar que en sus rituales, como por ejemplo el de recepción de Aprendiz Elegido Cohen, Martines de Pasqually hace envolver el cuerpo del recipiendario en tres telas: negra, roja y blanca, para simbolizar la incorporización de Adán en su cuerpo glorioso?

En el *Ministerio del Hombre Espíritu,* el Filósofo Desconocido también explica que Cristo, antes de encarnar en el mundo, tuvo que seguir el mismo camino que el hombre. Después de haber mirado en el espejo de la eterna virgen Sophia, fue revestido con un cuerpo glorioso. Es después de esta operación que se hizo carne en el seno de una virgen terrestre. Para Saint-Martin, como para Jean-Baptiste Willermoz, cuando Cristo resucitó después de haber cumplido su misión en la tierra, no es con un cuerpo terrestre, sino con su cuerpo glorioso que él se apareció. Así lo hará el hombre cuando haya terminado su camino en la tierra. Tanto Saint-

[7] *De los errores y de la verdad,* Louis-Claude de Saint-Martin, Vitot, Lily, 1979, p. 35-37, 43 y 49.
[8] *Cuadro natural de la relación que existe entre Dios, el hombre y el universo,* al final del cap. XIII.
[9] *El Hombre Nuevo*, § 66.
[10] Carta de fecha 23 de agosto de 1793, *Correspondencia inédita de Louis-Claude de Saint-Martin y Kirchberger ...,* París, L. Schauer y Alp. Chuquet, 1862, p. 101.
[11] *El Libro de las conquistas espirituales de la Meca,* c. VIII. Henry Corbin le dedica un largo extracto en *Cuerpo Espiritual y Tierra Celeste ..., op. cit.*, p. 164-172.
[12] También hay otras teorías en el Islam que evocan los siete colores, sobre todo en Jalal-od-Din Rumi. Sobre esto, ver CG Jung, *Mysterium conjonctionis,* París, 1982, vol. II, cap. V.

Martin como Martines de Pasqually evocan esta progresión como la ascensión al Monte Sinaí, cuya cumbre representa el punto más alto del mundo celeste, la puerta de Saturno que permite seguir ascendiendo hacia el mundo supraceleste. A medida que subimos la montaña, dice, nos revestimos del manto de Elías, es decir, de nuestra vestimenta pura y primitiva, de un cuerpo virginal, que es el único que puede fijar el Verbo en nosotros.

El cuerpo glorioso, si es nuestra vestimenta primitiva, no es por tanto el hombre mismo. Él era, según Martínez de Pasqually, el instrumento por el cual Adán podía intervenir en la creación para ejercer en ella su ministerio. Es el mismo de Cristo, y Saint-Martin, en una hermosa carta a su amigo Vialetes d'Aignan, señaló que *"es más que la envoltura incorruptible"*, porque la vida del cuerpo es *"el Verbo eterno humanizado para restaurar en nosotros la imagen desfigurada por el pecado"*[13]. Como nos dice también Saint-Martin en *De los errores y de la verdad,* Cristo, que simboliza el número ocho, es el único apoyo, la única fuerza con que el hombre puede elevarse por encima de la oscuridad en la que se hundió. Este simbolismo nos recuerda el acceso al octavo clima, el mundo al cual, según la mística iraní, accede el hombre de luz[14].

EL MANTO DE ELÍAS

Como hemos visto, es utilizando de forma incorrecta su cuerpo glorioso que el hombre ha causado su pérdida. En esta perspectiva, se entiende que la tarea esencial del hombre es recuperar el manto de luz que ha perdido. Ese manto del que puede tejer las fibras en todo momento por su trabajo espiritual. Porque aunque el hombre no pueda reencontrar su vestimenta primitiva hasta salir de su vida terrestre, puede ya sentir en ella los efectos en esos momentos en que se envuelve en el silencio para estar en comunión con el reino de la luz.



[13] Véase la carta de fecha 22 de octubre 1795 en *Documentos Martinistas, París,* Cariscript, 1980, N º 13, p. 33.
[14] Ver Henry Corbin, *El hombre de luz en el sufismo iraní*, París, Présence, 1971.

EL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO Y LA DOCTRINA DE LA MATERIA

JEAN-BAPTISTE WILLERMOZ Y LA CORRUPCIÓN DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE

Aclaraciones a propósito de la distinción entre “el orden de la carne” y “el orden del espíritu”

Jean-Marc Vivenza
(Gran Portavoz del Gran Priorato de las Galias)



“¿A qué hace alusión este mausoleo, con estas inscripciones? A la inmortalidad del alma, a los principios elementales y a la disolución de la materia”
J.-B. Willermoz,
Ritual del 3º Grado del Régimen Escocés Rectificado.

He aquí un tema impresionante, una cuestión delicada, objeto de eternas discusiones en el seno de los cenáculos rectificados, e incluso en otros, provocando a menudo animados e interminables debates en los cuales se confrontan opiniones radicalmente opuestas. Ha llegado a tal punto que muchos ya no saben qué pensar, a pesar de que **la Orden - es decir, el Régimen Escocés Rectificado - posee una doctrina clara acerca de la materia expresada en términos incontestables que no permiten, a priori, duda ni reserva alguna, lo que normalmente debería eliminar toda confusión sobre estos temas para cualquiera que respete las posiciones willermozianas y no busque sustituirlas por puntos de vista extraños o exteriores a éstas, porque en el plano doctrinal [de la Orden] sólo éstas tienen autoridad.**

Y sin embargo existe confusión, ampliamente extendida y altamente perceptible, mostrando que los textos del Régimen no son comprendidos, ni tampoco (y sobre todo) conocidos a falta de ser trabajados como deberían, a pesar de haber sido redactados con una infinita paciencia pedagógica por Jean-Baptiste Willermoz. Esta actitud de olvido es un error y una falta desde el punto de vista iniciático. Es por ello que, frente a esta problemática situación, que genera numerosas e inexactas convicciones, así como todo tipo de puntos de vista

subjetivos, nos ha parecido útil e incluso necesario presentar, de la manera más completa posible, las tesis efectivas sobre la naturaleza del hombre, la materia y su destino, que han sido *"infusionadas"* por su fundador en el seno del sistema aplicado durante el Convento de las Galias en 1778 en Lyon y definitivamente ratificado en 1782 en Wilhemsbad.

I.- LAS FUENTES DEL PENSAMIENTO WILLERMOZIANO

Previamente, para conocer la razón de la posición del Régimen Rectificado respecto a la materia, entendida tanto como constituyente del cuerpo carnal del hombre como del compuesto material común a todas las cosas creadas, atravesando los reinos de lo vivo (animal, vegetal, mineral), conviene saber cómo este pensamiento se impuso poco a poco al principal creador del Régimen hasta tal punto que se ha convertido en su pensamiento oficial, y ocupa un lugar central en los principios teóricos enseñados por la Orden, que llegan incluso a ocupar buena parte de las últimas instrucciones destinadas a los Caballeros admitidos en la clase no ostensible [Profesos y Grandes Profesos].

Al leer los textos del Régimen, una primera constatación se impone: nos encontramos frente a un análisis estructurado, firme y construido que predomina en el sistema de Willermoz en todos los grados a través de informes metódicos resumidos en algunas tesis relativamente severas sobre el carácter corrompido y la naturaleza caída de las formas en las cuales el hombre se encuentra situado, aprisionado y obligado a vivir durante su estancia en este mundo. ¿De donde proceden estas tesis? Efectivamente, en gran parte de Martines de Pasqually (+1774), pero no solamente (el aspecto más directamente simbólico del tema en Martines –las esencias espirituosas, valor del ternario y del novenario, las facultades, etc.- ha sido abordado por Edmond Mazet en un estudio titulado *"La concepción de la materia en Martines de Pasqually y en el Régimen Escocés Rectificado"*, *Renaissance Traditionnell*, número 28, octubre diciembre 1976[*]). Estas tesis, desde el punto de vista filosófico, metafísico y teológico, que es el que nos interesa en este estudio, han sido propagadas por otros autores espirituales mucho antes que **Pasqually**, entre los cuales están **Orígenes** (v. 185-253), **Clemente de Alejandría** (s. II), o incluso **Platón** y los neoplatónicos **(Jámblico, Porfirio, Plotino, Damascius)**, o incluso más directamente **San Pablo**, primer maestro instructor en estos temas fundamentales, y evidentemente en el Evangelio por las palabras de Cristo que presenta una distinción muy marcada entre el mundo [material] y el cielo [mundo celeste], entre las cosas creadas e increadas, entre lo visible y lo invisible, lo que conllevará al establecimiento de una distinción básica y esencial que tomará, desde los primeros tiempos de la Iglesia, un lugar central en el seno del cristianismo: " *Mi Reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mis servidores habrían combatido para que yo no fuese entregado a los Judíos; pero mi Reino no es de aquí*" (Juan 18: 36).

Otro aspecto es a veces evocado en forma de interrogación teñida en algunos de cierta inquietud, relativa al clima propio de la historia del pensamiento religioso occidental, considerablemente influenciado por esta corriente: ¿estarían las tesis de Willermoz marcadas por una sensibilidad agustiniana? Sin duda alguna, puesto que podemos encontrar numerosas afirmaciones similares a las del Rectificado en las obras del Obispo de Hipona (*De la naturaleza y*

[*] Publicado en los Boletines Informativos del GEIMME nº 29, 30 y 31 de 2011.

de la gracia, De Trinitate, De la gracia y del libre albedrío, La Ciudad de Dios, etc.). Estas tesis, que se impondrán como marca distintiva en el pensamiento teológico de **San Agustín** (354-430), tratan de la corrupción del hombre, del estado degradado de la creación, del carácter viciado del mundo material, de la necesidad de la gracia, y constituyen lo que se viene a llamar efectivamente "agustinismo teológico", que insistió con fuerza extraordinaria sobre las trágicas y negativas consecuencias de la caída: *"Por el hecho de su origen, todos los hombres están sometidos a la corrupción, nuestra naturaleza viciada solo tiene derecho a un castigo legítimo… No pensemos que el pecado no pueda viciar la naturaleza humana, pero sabiendo por las divinas Escrituras, que nuestra naturaleza está corrompida, busquemos más bien cómo esto fue posible"* **[1]**.

¿Es por tanto ilegítimo que, tras examinar los textos del Régimen Escocés Rectificado, señalemos esta identidad conceptual entre el pensamiento de San Agustín y el de Willermoz? Ciertamente no, es, incluso para nosotros, un ejercicio útil resaltar esta unión que nos permite reubicar, sin someterla, porque **conviene respetar los dominios y no confundirlos**, la doctrina del Régimen en el seno de la historia de la espiritualidad cristiana. Pero conviene igualmente observar al mismo tiempo que estas tesis no son propias de San Agustín sino que son comunes a numerosos pensadores anteriores o posteriores a él, al igual que no son únicamente las de Willermoz y del Rectificado puesto que inspiraron, por citar sólo aquellas figuras que se sitúan en la inmediata periferia de la reforma de Lyon, las obras de Louis-Claude de Saint-Martín (1743-1821) y de Franz von Baader (1765-1841). **La única cuestión que debe importarnos es saber lo que piensa y afirma el Régimen Rectificado**, y resulta que este Régimen fundamenta precisamente sus doctrinas esenciales en las tesis neoplatónicas de Orígenes y agustinianas. Es un hecho; y **si queremos estar de acuerdo con una Orden a la cual decimos pertenecer, conviene lógicamente aceptar su doctrina y profesarla, o al menos, respetar sus puntos de vista y no denunciarlos como errores y calificarlos de herejías**.

II.- LAS CONSECUENCIAS DEL PECADO ORIGINAL

Observamos así que desde las famosas ***Lecciones de Lyon*** (1774-1776), Willermoz expuso la razón por la cual el hombre está hoy revestido de un cuerpo de materia, puesto que debiendo en su origen luchar para liberar de las cadenas materiales a los espíritus que estaban apresados [en ella], fue finalmente castigado por su crimen y, sufriendo el mismo destino que los enemigos del Eterno, es decir, siendo precipitado él mismo, espíritu glorioso, en un "cuerpo de materia tenebrosa": *"El hombre fue castigado por su crimen de una manera conforme a la misma naturaleza de su crimen, encontrándose apresado en una cárcel hecha de esta misma materia que él debía contener [limitar su acción] y se sometió así a la acción sensible de los espíritus perversos sobre sus sentidos corporales que proceden de esta materia que había sido creada para mantenerlos en privación… **Adán, caído de su estado de gloria y sepultado en un cuerpo de materia tenebrosa, sintió pronto su privación**. Su crimen se presentaba continuamente ante sus ojos…"* (J.B. Willermoz, lección nº 6, 24 de enero de 1774).

Declaraciones a las cuales contestan estas líneas del ritual del grado de Maestro Escocés expresando una enseñanza que recorre todo el Rectificado: *"Es la degradación del hombre, el abuso de su libertad, el castigo recibido por ello, la esclavitud en la que ha caído y las*

consecuencias funestas de su orgullo, lo que os ha sido representado hoy aquí en la primera plancha, mediante la imagen del saqueo y destrucción del primer Templo de Jerusalén, imagen sensible de la humillante metamorfosis que dicha degradación ocasionó en la primera forma corporal del hombre".

Para esta concepción, a la cual se adhieren después de Willermoz los principales representantes de la corriente iluminista europea: **Friedrich Oetinger** (1702-1782), **Kirchberger** (1739-1798), **Karl von Eckartshaussen** (1752-1803), **Dietrich Lavater** (1743-1826), por citar los más conocidos, la carne con la cual fueron revestidos Adán y Eva y su descendencia es un castigo, la consecuencia del pecado original, una sanción, concepción que puede sorprender al lector contemporáneo acostumbrado a una mirada menos negativa sobre la carne, y más cuando otras corrientes optan por una postura mucho más optimista cuyos rastros podemos encontrar en las iglesias orientales infinitamente menos severas sobre el tema, pero cuyas fuentes se encuentran sin embargo formalmente en la Escritura y en algunos textos de los Padres de la Iglesia, como San Gregorio de Nisa (+394), que declaraba positivamente: *"Nos hemos convertido en carne y sangre por el pecado"* (S. Gregorio de Nisa, *Hom. Op.* 22 205).

III.- PREVARICACIÓN DE ADÁN Y CORRUPCIÓN DE LA NATURALEZA

a) Tradición patrística

La idea de un aprisionamiento del hombre en un cuerpo de materia como castigo del crimen de Adán tiene su fuente en las Santas Escrituras y fue retomada después por algunos Padres de la Iglesia. Pero sin duda es Orígenes, como ya hemos señalado, discípulo de San Clemente de Alejandría, quien sistematizó, desarrolló y edificó de manera más completa la tesis de una caída del hombre en la materia, de su descenso en cuerpos groseros y animales, como respondiendo a una falta anterior, y basándose en el relato, ciertamente impactante, del tercer capítulo del Génesis que dice, tras el episodio del pecado original: "***[Yahvéh] Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel***" (*Gn.* 3:21)

Y si nos encontramos hoy colocados en una estructura material, en una envoltura corporal, es para Orígenes consecuencia de la caída, de la falta cometida en el Edén; es decir, para ser claro, es como castigo y para nuestra vergüenza que recibimos una vestimenta de piel similar a la de los animales, arrastrando trágicamente a toda la familia humana por la herencia del pecado, pecado que se caracteriza por un sometimiento de la carne a la corrupción y a la muerte.

Tras la falta del primer hombre, afirma Orígenes, haciendo suyo el análisis de San Pablo, todos los descendientes de Adán nacen en un estado de aversión hacia Dios porque están, por las faltas de su Padre, privados de los dones que Dios había otorgado al hombre, como sostiene igualmente Tertuliano (+ *v.* 220): *"El hombre, condenado a muerte desde el origen, ha arrastrado en su castigo a todo el género humano contaminado por su sangre"* (*Sermón del alma*, 1; c. IV). Así, desde el pecado original, la carne está "contaminada" en su esencia y la materia corporal se opone a las leyes divinas, porque por culpa de la prevaricación de Adán en el Edén: *"…las tendencias de la carne son contrarias a Dios"* (Rm. 8:7). Es una regla invariable

que se reproduce para cada generación; la carne es así irreformable y es un trabajo vano e inútil intentar conferirle otra orientación, como declara Salomón: *"Aunque machaques al necio en el mortero (en medio del grano, con un mazo), no se apartará de él su necedad"* (Pr. 27:22). La antigua naturaleza ha sido precisamente desnaturalizada, sepultada en la materia; la carne está corrompida, enferma, mortalmente mancillada por los efectos de la prevaricación de Adán.

Vemos que esta concepción, antes incluso de **San Agustín,** quien teorizó en Occidente sobre esta idea de corrupción radical de la carne por la caída con la insistencia que conocemos, fue expuesta por **Orígenes** y su discípulo **Gregorio el Taumaturgo** (+270), seguido por **Eusebio de Cesárea** (260-340), pensamiento que pasó a la posteridad por **San Jerónimo** (344-420), que la hizo figurar en numerosos *Comentarios*, sin olvidar a **Evagro el Póntico** (345-400), **Gregorio de Nisa** (335-394) y **San Máximo el Confesor** (580-662).

San Agustín ocupa evidentemente un lugar central en la historia del pensamiento teológico debido a la monumental importancia de su obra, al insistir de manera particular en el tema del pecado original, incluso antes de que el santo Obispo de Hipona fuese reconocido como Doctor de la Iglesia por Roma (en 1295 por Bonifacio VIIIº), esto sin contar que, de manera paralela a su determinante influencia, **San Hilario de Poitier** (+367) tomando el pensamiento de Orígenes sobre la caída traducirá sus *Comentarios sobre los Salmos*, lo que proporcionará al mismo tiempo una autoridad real y conjunta tanto a Orígenes como a San Agustín sobre numerosos teólogos a través de toda la edad media occidental hasta la edad clásica y el periodo moderno de **San Bernardo de Clairvaux** (1090-1153) o **Guillermo de Saint-Thierry** (1085-1148), y por ellos a la tradición cisterciense, luego **Santo Tomás de Aquino** (+1274), **San Bonaventura** (+1274) y el **Maestro Eckart** (1260-1328), quien, en su *Comentario del prólogo de San Juan* se inspiró, nombrándole, de Orígenes, quien comparaba al apóstol bien amado de Cristo con el águila evocado por *Ezequiel* (XVIII, 3-4), esto sin olvidar a **San Juan de la Cruz** (1542-1591) y a **Santa Teresa de Ávila** (1515-1582), convertidos a la lectura de San Agustín, santos españoles penetrados por las tesis agustinianas, como lo serán también los más grandes cristianos espirituales, teólogos y doctores de Occidente **[2]**.

b) Enseñanza de los Padres

Los teólogos, por tanto, enseñan lo siguiente acerca de las consecuencias del pecado por nuestros primeros padres:

1. *La pérdida de los dones sobrenaturales y preternaturales.*
2. *El despojo de la gracia santificante, de las virtudes infusas, de los dones del Espíritu Santo y del derecho a la felicidad del Cielo.*
3. *El retiro de los dones extra naturales, es decir, para traducirlo más claramente, que Adán y Eva, y nosotros por herencia, hemos sido esclavizados por la ignorancia, la concupiscencia y la muerte.*
4. *La rebeldía de los sentidos y la desobediencia nativa.*
5. *La transformación de nuestro cuerpo inmortal en una carne corrupta y la maldición del suelo (Gn. 3:17).*

San Gregorio de Nisa escribe: "A*sí el hombre, al caer en el cenagal del pecado, ha perdido la facultad de ser la imagen del Dios incorruptible, y ha tomado en cambio, debido al pecado, la imagen de un barro corruptible: es esta imagen la que el Verbo nos exhorta a depositar limpiándola como con agua por la pureza de nuestra vida: así, al depositar el revestimiento de barro, la belleza del alma se manifestará de nuevo.* ***Depositar lo que le es extraño es, en efecto, para el alma, volver a su estado natural. Y esto solo le es posible volviendo a ser lo que era en su origen****"* (San Gregorio de Nisa, PG 46, 372 B-C).

c) Sentido de la encarnación

De este modo, recordemos a los piadosos autores que siguieron a San Pablo. Cuando la escritura habla de la encarnación del Señor, no es para señalarnos que Cristo ha venido a tomar la condición humana para magnificar su estado y exaltar nuestra situación; para felicitarnos y animarnos a disfrutar aún más de nuestro estado viciado e infectado por el pecado, para alabar complacientemente nuestra seducciones sensibles e invitar a deleitarnos con nuestras impresiones carnales. No hay que olvidar nunca que, si ha venido entre nosotros bajo forma humana, es para tomar sobre Él nuestra naturaleza pecaminosa, para asumir, por amor, nuestra triste condición deteriorada por la falta, para ocuparse del desamparo de nuestro estado caído, y no para glorificar la carne y sus frutos amargos, sino todo lo contrario, para llamarnos desde aquí abajo a las realidades celestes: *"Él* [Jesús Cristo] *que es de condición divina*, dice Pablo, *no ha temido destruirse* [el verbo griego *kenosis* es, en el plano metafísico, aún mucho más fuerte que la palabra "destruir"], *tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, tomando forma como un hombre, se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de Cruz. Es por ello también que Dios le ha elevado muy alto y le ha dado un Nombre por encima de todo nombre, a fin de que ante el nombre de Jesús se arrodillen todos los seres celestes y terrestres, e infernales, y que cualquier lengua confiese que Jesús Cristo es Señor, para gloria de Dios Padre"* (Flp. 2:7-11).

Incluso, dice San Pablo, se hizo "pecado" para hacernos entender mejor el sentido de la Encarnación y "*murió por nuestros pecados*" (1, Cr. 15:3), "*llevó nuestros pecados en su cuerpo*" (1 Pedro 2:23); *"…fue hecho pecado para que Dios condenase al pecado en la carne…"* (Rm. 8:3).

Cristo se hizo "carne" (o "hombre", lo que es equivalente en nuestro estado presente de criaturas entregadas, en el plano natural, a las potencias del adversario de Dios cuyo testimonio, en todo momento, es el terrible espectáculo de este mundo desorientado, escandaloso y criminal) no para sacar partido de nuestra condición y felicitarnos por ella, ¡sino para salvarnos de ella! No para celebrar la belleza de nuestra situación, festejar y bailar, tomar mujer y despertar los sentidos, sino para liberarnos de ella por su muerte ignominiosa sobre la madera de la Cruz afirmando que, por su sacrificio expiatorio, la realidad del cielo nos esperaba, precisando que su *"Reino no es de este mundo*" (Jn. 18:36), y que era preciso que el Cordero fuese sacrificado para lavarnos del pecado: "*Era preciso una víctima para merecer la gracia* [de Adán]. *Era preciso que su forma corporal material fuese purificada por la destrucción de su hijo Abel y por el derramamiento de su sangre, a fin de que, purgada así de su impureza, se volviese más susceptible de ser comunicada. La muerte de Abel no operó la reconciliación de su Padre, sino que le predispuso para obtenerla. Solo podía obtenerla perfecta por la destrucción de su*

propia forma material, pero era preciso que fuese purgada de su impureza por el derramamiento de la sangre de su hijo Abel, y este hijo solo le fue dado para este fin" (Willermoz, lección 6, 24 de enero de 1774).

IV.- La oposición entre "el orden del espíritu" y "el orden de la carne"

Habiendo aclarado esto, nadie se atrevería a contradecir la radical oposición que encontramos en los Evangelios entre el espíritu y la carne: *"El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada*" (Jn. 6:63), y particularmente en San Pablo, entre estos dos órdenes absolutamente antitéticos: **el orden del espíritu** y **el orden de la carne**. Incluso si algunos, por el efecto de una visión antropológica errónea, se niegan a reconocer el antagonismo de los dos órdenes, no obstante claramente resaltados en múltiples lugares del texto sagrado, hay que rendirse ante la evidencia y admitir que la naturaleza del hombre (es decir su alma y su cuerpo, su espíritu siendo de otro "orden" no natural), entendida bajo el término genérico de "carne", está afectada de corrupción y reprobación.

Cómo no citar, en primer lugar y debido a su carácter emblemático, el episodio de Nicodemo, doctor en Israel, al cual Jesús anuncia que debe nacer de nuevo, concluyendo así su discurso: *"Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu..."* (Jn. 3:6). En cuanto al apóstol Pablo, nadie mejor que él ha establecido lazos concretos entre el pecado y la carne, exclamando incluso, con una patética y casi desesperada lamentación: "*Miserable hombre que soy, ¿quien me librará de este cuerpo de muerte?"* (Rm. 7:24). La oposición es igual y claramente resaltada en este pasaje significativo: "*Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí…"* (Ga. 5:16-17). Finalmente, de nuevo en la Epístola a los romanos, se nos lanza una verdadera condena de lo que representa la "carne" en su esencia y su naturaleza, estableciendo una sorprendente equivalencia entre la "carne" y el pecado: "*Porque, cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas, excitadas por la ley, obraban en nuestros miembros, a fin de que produjéramos frutos de muerte"* (Rm. 7:5). Y algo más adelante, y siempre con la misma intransigencia: "*…mas yo soy de carne, vendido al poder del pecado (…) el pecado que habita en mí. Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne (…) pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros"* (Rm. 7:14-18 y 23). El grito de Pablo es de una gran honestidad: *"Así pues, soy yo mismo quien con la razón sirve a la ley de Dios, mas con la carne, a la ley del pecado"* (Rm. 7:25).

Podríamos negar, tras estas palabras, el fruto venenoso que representa la "carne", ¿nos negaríamos también a ver el carácter para siempre marchitado y estropeado de lo que es carnal? Entonces escuchemos a San Pablo que, con una tremenda fuerza de convicción, insiste aún más para que no quede la más mínima duda de ambigüedad: *"Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó al pecado en la carne, a fin de que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros que seguimos una conducta, no según la carne, sino según el Espíritu"* (Rm. 8:3-4). Tras este impresionante recordatorio, que requiere ser leído con temor y temblando, el apóstol de los Gentiles continua arrastrado por un Santo furor y, como si no bastara, queriendo firmemente hacer penetrar en el corazón de sus

oyentes el mensaje de salvación, sigue su predicación con estas temibles líneas: "*Efectivamente, los que viven según la carne, desean lo carnal; mas los que viven según el espíritu, lo espiritual. Pues las tendencias de la carne son muerte; mas las del espíritu, vida y paz, ya que las tendencias de la carne son contrarias a Dios: no se someten a la Ley de Dios, ni siquiera pueden hacerlo; así, los que están en la carne no pueden agradar a Dios"* (Rm. 8:5-8).

Ciertamente San Pablo esperaba convencer por su discurso, pero sobre todo quería estar seguro de hablar a seres que habían empezado ya a desechar las obras de la "carne", ofreciendo, más allá de la distancia de los siglos, una enseñanza vital para nuestro porvenir sobrenatural si aceptamos, con toda evidencia, depositar lo que en nosotros está "alienado" por efecto del pecado: *"Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece; mas si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo haya muerto ya a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia"* (Rm. 8:9-10).

De las palabras de Pablo, que recogerá Saint-Martin, podemos convenir sin esfuerzo que, aunque es difícil negar su sentido directo y categórico, tienen la virtud de disipar cualquier contestación posible a propósito de la cuestión que nos ocupa: "*Ni la carne ni la sangre pueden heredar el reino de Dios"* (1 Cr. 15:50). Así la carne, concebida como la unidad del alma y del cuerpo (lo que no resta nada de la reprobación de la cual está cargada, puesto que esta engloba tanto a la materia corporal como a su principio de animación [vida animal], que no es idéntica al "espíritu" que se designa también como "alma"), siendo violentamente rechazada por su corrupción, es por naturaleza pecadora y no participará de la realidad futura del reino [de Dios].

Jean Baptiste Willermoz, que no ha dejado de mantener esta visión completamente Paulina del porvenir del compuesto carnal "psicosomático", añadirá esta sentenciosa advertencia destinada a los miembros del Régimen Rectificado: *"¡Hombre! ¡Rey del mundo! ¡Obra maestra de la creación que Dios animó con su Aliento!, medita tu sublime destino.* ***Todo lo que vegeta alrededor de ti, y que sólo tiene una vida animal, perece con el tiempo y está sometido a su dominio: sólo tu alma inmortal, emanada del seno de la Divinidad, sobrevivirá a las cosas materiales y no morirá jamás.*** *He ahí tu verdadero título de nobleza; siente con fuerza tu dicha, pero sin orgullo: él pierde a tu raza y te precipita otra vez en el abismo. ¡Ser degradado!, a pesar de tu primitiva grandeza, ¿quién eres tú delante del Eterno? Adórale desde el polvo y* ***separa cuidadosamente este principio celeste e indestructible de mezclas extrañas****; cultiva tu alma inmortal y perfeccionable, y hazla susceptible de ser unida al origen puro del bien, entonces* ***será liberada de los groseros vapores de la materia****"* (Regla masónica, Art II, Inmortalidad del alma).

V.- La carne está destinada a ser abandonada, según Willermoz

Willermoz explica muy bien, en términos que no dejan lugar a ninguna incertidumbre, esta esencia fugitiva y mortal de la carne: *"el hombre, durante su estancia sobre la tierra, es un compuesto ternario: a saber de dos sustancias pasajeras [un alma o vida pasiva y pasajera y un cuerpo de materia que desaparecen totalmente tras la duración prescrita] que le constituyen animal como la bestia, y de un espíritu inteligente e inmortal por el cual es realmente imagen y*

semejanza divina" **[3]**. La carne está, por tanto, destinada a ser abandonada, olvidada, conforme a la indicación del Eclesiastés: *"Lo torcido no puede enderezarse"* (Eclesiastés 1:15); pretender espiritualizar la carne, como sugieren algunos, es un error, una radical absurdidad; para Willermoz se trata más bien de despojarse de la carne para acceder [con plenitud] al espíritu.

En efecto, lejos de fundar esperanzas ingenuas sobre una tan hipotética como ilusoria *"trasmutación del cuerpo en espíritu y del espíritu en cuerpo",* Willermoz sostiene que solo hay ensoñaciones en esta ilusoria pretensión, que incluso se apoya en fuentes extremadamente sospechosas y extrañas a la Revelación. Sabrá volver, con inteligencia y lucidez, a las lecciones del Evangelio, e insistirá para que se medite sobre la solemne y rigurosa advertencia a Nicodemo: *"Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu"* (Jn. 3:6). En su *Tratado sobre las dos naturalezas,* Willermoz explica en relación a esto la importancia de no confundir jamás la naturaleza carnal y la naturaleza espiritual: *"Cada una tiene una acción propia y distinta, y en muchos casos, operan separadamente. Es muy importante por tanto para el verdadero cristiano, a quien una de ellas le es propuesta como modelo* [es decir, la naturaleza espiritual conforme a la del Divino Reparador] *el no confundirlas nunca y aprender a discernirlas"* **[4]**.

Este discernimiento es fundamental, porque la regeneración, operada por la recepción y la apertura a la Luz del Verbo en el hombre, no significa de ninguna manera el cambio de la antigua naturaleza carnal y pecadora, sino la introducción de una nueva naturaleza completamente diferente; es la introducción, en el cuerpo corrompido por su tenebrosa constitución, de la vida del Segundo Adán obtenida por el Espíritu Santo, basada sobre la bienaventurada Redención realizada por el Cristo. La nueva vida no anula entonces al viejo hombre, la antigua naturaleza permanece siempre y constantemente siendo lo que era, sin ninguna posibilidad de mejora: muy al contrario, como lo confirma San Pablo, el renacimiento espiritual aún revela más su oscura constitución, porque *"la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos"* (Ga. 5:17). Tenemos aún más para despojarnos del viejo hombre, lo que indica que conviene despojarnos de él, olvidarlo sin añoranzas a su triste destino, abandonarlo a su miserable finitud: *"…si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios […] mortificad vuestros miembros terrenos […] Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador"* (Col. 3:1-10).

La cuestión de la coexistencia de ambas naturalezas en el seno del "hombre nuevo" es una de las cuestiones más delicadas e incomprendidas, y de esta ignorancia surgen todas las inexactitudes y posiciones erróneas en las cuales caen los espíritus seducidos por los discursos de una falsa ciencia; la regeneración debido al carácter pasivo del ser castigado por el acto criminal de Adán, no es la **abolición** o la **transformación**, ni tampoco la "**espiritualización**" de la vieja naturaleza, sino su abandono: "*el hombre actual está compuesto de dos naturalezas diferentes, por el lazo invisible que encadena su espíritu a un cuerpo de materia. Siendo su espíritu una emanación del principio divino que es vida y luz, tiene en él la vida por su naturaleza*

de esencia divina eterna, y solo puede producir los frutos de esta vida que está en él por las influencias de la fuente de donde emana" (Lección nº 88, febrero 1776).

El hombre es, desde la caída, un ser dividido, fracturado, desgarrado entre su voluntad enferma o culpable, su cuerpo grosero con apetitos animales, y la "potencia de la vida divina en él"; *"este ensamblaje inconcebible de dos naturalezas tan opuestas es sin embargo hoy el triste privilegio del hombre. Por una, hace estallar la grandeza y la nobleza de su origen, por la otra, reducido a la condición de los animales más viles, es esclavo de las sensaciones y de las necesidades físicas"* (Instrucción secreta); este es el auténtico sentido de la expresión de la *Instrucción moral del Aprendiz*, a saber, la "*unión casi inconcebible*" del primer grado, retomando con más precisión el "*ensamblaje inconcebible*", que es el gran misterio del hombre. El Régimen Rectificado va por tanto a llevar su vigilante atención sobre los medios susceptibles de conducirnos a la plenitud de nuestra naturaleza espiritual por un camino de retorno hacia la fuente original de la Luz.

VI.- "CUERPO DE MATERIA" Y "CUERPO DE RESURRECCIÓN"

La llave argumentaría y retórica que explica esta postura fiel a los Evangelios del Régimen Rectificado, nos es entregada por Jean-Baptiste Willermoz en el momento en que nos desvela el misterio de la Resurrección, permitiéndonos el acceso a la plena comprensión de los elementos que explican el lugar y el estatuto del hombre, o del " menor espiritual", en el plano Divino, así como de la composición exacta de su envoltorio corporal antes y después de la Caída: *"¿Cuál es la naturaleza de esta nueva forma corporal* [la de Cristo tras su Resurrección]*, y qué es lo que constituye la diferencia esencial entre ésta y la primera? Preguntamos a esos hombres carnales y materiales que no ven nada más que por los ojos de la materia, y a aquellos que son lo bastante infelices como para negar la espiritualidad de su ser, y también a los que, unidos exclusivamente al sentido literal de las tradiciones religiosas, solo quieren ver en la forma corporal del hombre primitivo antes de su caída un cuerpo de materia como el del que están actualmente revestidos, reconociendo solamente una materia más purificada. Es Jesús-Cristo mismo el que va a probarles la diferencia esencial de estas dos formas corporales y su destino, revistiéndose de una tras su resurrección, después de haber destruido la otra en la tumba"* **[5]**.

El ejemplo dado por Willermoz es muy interesante para nuestro tema, porque vemos en los Evangelios que los discípulos tienen dificultades para reconocer a Jesús tras su Resurrección, y a pesar de haber vivido junto a Él durante tres años necesitan cierto tiempo de adaptación para admitir que se trata efectivamente de Él. Incluso en algunas ocasiones pensaban que era otra persona (Jn. 20:15; 21:4) y no le reconocieron. Todos los textos atestiguan por tanto la gran lentitud [de reacción ante su reaparición], la incertidumbre, la duda y la reserva (Mt. 28:17) por parte de los discípulos. Podemos atrevernos a afirmar que Cristo, tras su Resurrección, no ofrece la misma apariencia, no es ya idéntico a lo que era en su cuerpo de carne. Además deja de estar limitado por determinaciones terrestres, atraviesa puertas y muros (Jn. 20:19; Lc. 24:36); desaparece inmediatamente tras ser reconocido, parece haberse vuelto inalcanzable como un soplo de aire (Lc. 24:31). Jesús resucitado es un ser diferente, un ser espiritual, lo que nos muestra que la Resurrección no fue la "reanimación" de su carne, sino la adquisición de una apariencia que no es de este mundo, que deja de pertenecer a las leyes terrestres.

Así, es Jesús, según Willermoz, quien nos ha mostrado cómo el hombre debía salvarse colocando sus pasos sobre los suyos, nos da el magnífico ejemplo de la obra a cumplir, y es siguiendo su escuela que podremos recobrar nuestra pureza perdida, verdadera invitación propuesta por el Régimen fundado por Jean-Baptiste Willermoz a sus miembros para fundirse interiormente en la obra de "imitación" que nos enseña Cristo Nuestro Señor y Maestro: *"Jesús hombre-Dios que quería ser en todo similar al hombre actual, para poder ofrecerse a él como un modelo que pudiese ser imitado en todo, se sometió a revestirse naciendo de una forma material perfectamente similar a la del hombre castigado y degradado. (…) Jesús-Cristo deposita en la tumba los elementos de la materia, y resucita en una forma gloriosa que ya no tiene más la apariencia de la materia, que incluso no conserva los Principios elementales, y que solo es una envoltura inmaterial del ser esencial que quiere manifestar su acción espiritual y la hace visible a los hombres revestidos de materia"* **[6]**.

¿Que debemos retener de lo que nos mostró Jesus Cristo, tras su pasión sobre la madera de la Cruz, manifestándose a sus discípulos? Willermoz nos lo expone para beneficio de nuestra instrucción: *"Jesús-Cristo resucitado se reviste de esta forma gloriosa cada vez que quiere manifestar su presencia real a sus apóstoles para hacerles conocer que es la misma forma, es decir, de una forma perfectamente similar y con las mismas propiedades de las que estaba revestido el hombre antes de su prevaricación; y para enseñarles a lo que deben aspirar, a ser revestido de nuevo después de su perfecta reconciliación, al final de los tiempos"* **[7]**.

Según lo que nos enseña Willermoz, podemos estar convencidos de que el cuerpo que tendremos tras la resurrección **no será material sino espiritual,** y lo confirma San Pablo de manera explícita: *"Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida? ¡Necio! Lo que tú siembras no revive si no muere. (…) se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembran debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual. En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida. Mas no es lo espiritual lo que primero aparece, sino lo natural; luego, lo espiritual. El primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo, viene del cielo. Como el hombre terreno, así son los hombres terrenos; como el celeste, así serán los celestes. Y del mismo modo que hemos revestido la imagen del hombre terreno, revestiremos también la imagen del celeste. Os digo esto, hermanos: La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos; ni la corrupción hereda la incorrupción"* (I Co. 15:35-54).

VII.- LA DESTRUCCIÓN DE LA MATERIA Y DEL UNIVERSO CREADO

El hombre, antes de la prevaricación, y tocamos aquí el centro de la doctrina rectificada, estaba dotado no de un cuerpo de materia sino de un "cuerpo de gloria", y es este cuerpo glorioso perdido por su falta el que tiene que volver a recuperar, no consistiendo este trabajo en esforzarse en vano en "divinizar" o "espiritualizar" un cuerpo de materia sometido a la finitud y la limitación, triste vestigio de una escandalosa falta.

Para Willermoz, la carne, los cuerpos, la materia, están destinados a la muerte y a la destrucción: *"…los cuerpos, la materia, los animales, incluso el hombre como animal y todo el universo creado solo pueden tener una duración temporal transitoria. Así, todos estos seres materiales o dotados de un alma pasiva, desaparecerán y se borrarán totalmente, porque solo son productos de acciones secundarias, con los cuales el principio único de toda acción viva solo ha cooperado por su voluntad que ha ordenado sus actos (…) al igual que el templo material elevado bajo las órdenes de Salomón fue destruido en cuanto se retiraron de él la gloria del Señor y las virtudes que le habían asociado, al igual también el Templo universal desaparecerá cuando la acción divina retire de él sus potencias, llegando al término prescrito para su duración"* **[8]**.

Y Willermoz insiste incluso de una manera bastante vehemente sobre la llamada a su desaparición definitiva, a la destrucción del conjunto del universo material creado, a la semejanza de lo que ocurrirá para los cuerpos particulares animales o humanos: "*Lo que se dice sobre los cuerpos particulares debe aplicarse igualmente al universo creado; cuando se haya cumplido el tiempo prescrito para su duración aparente, todos los principios de vida, tanto general como particular, se habrán retirado de él para reintegrarse en su fuente de emanación. Los cuerpos y la materia total sufrirán una descomposición súbita y absoluta, para reintegrarse también en la masa total de los elementos, que se reintegrarán a su vez en sus principios simples y fundamentales, al igual que éstos se reintegrarán en la fuente primitiva secundaria, que había recibido el poder de producirlos fuera de ella misma. Esta integración absoluta y final de la materia y de los principios de vida que sostienen y mantienen su apariencia, será tan rápida como lo ha sido su producción; y* ***el universo entero desaparecerá tan rápidamente como la voluntad del Creador se hará oír; de forma que no quedará ningún vestigio, como si jamás hubiese existido****"* **[9]**.

La disolución, y lo que designamos como siendo la "apocatástasis", no es un temor sino una liberación, no hay que temerla sino esperarla, desearla con alegría, contemplarla como el momento del nacimiento a la verdadera vida según el espíritu: *"Esta disolución de los cuerpos y de la materia en general está representada en el tercer grado por el cadáver de Hiram, cuya carne se desprende de los huesos. Cuando los lazos que unen el alma pasiva con el cuerpo, y el ser espiritual con el alma pasiva, lleguen a destruirse finalmente, el alma se reintegra en su fuente particular. Como ha sido sin inteligencia, no puede esperar ni felicidad, ni sufrimientos, y nada detiene su reintegración. El cuerpo o el cadáver, completamente extraño a la vida, queda abandonado a la corrupción; se disuelve, y el hombre devuelve así a la tierra todo lo que había recibido de ella. Desde ese momento el espíritu, despojado de las trabas de la materia, con la cual nunca llegó a estar inmediatamente unido, se acerca más o menos a una u otra de las dos causas opuestas que se manifiestan en el universo temporal, y según su grado de purificación o corrupción, se acerca más a una u otra de ellas según su afinidad. Así termina el hombre terrestre (…) los principios materiales y groseros, semejantes al cadáver del hombre, se quedan en la tierra, reducidos a cenizas inanimadas sin acción ni virtudes"* **[10]**.

CONCLUSIÓN: DEL CUERPO GLORIOSO AL "SANTO ELEMENTO"

He aquí las razones profundas de las posturas y convicciones del Régimen Rectificado hacia la materia y los cuerpos carnales (que solo puede sorprender a los espíritus confundidos por nebulosas teorías sobre la forma actual del hombre prevaricador), y la perspectiva dichosa que quiere rememorar a aquellos que siguen seriamente sus vías para que puedan penetrar, completamente, y con alegre certeza, en el sentido de esta maravillosa sentencia que a muchos no costará reconocer, puesto que resume, en muy pocas palabras, toda la esencia de la doctrina de la "Reintegración":

"***Deponens Aliena, Ascendit Unus"***

El discurso al nuevo Maestro que acaba de descubrir el emblema de la representación de la inmortalidad es notable: *"…pensad en la muerte, puesto que estabais cerca de vuestra tumba; pensad en ello con provecho y no menospreciéis las advertencias de la naturaleza y de Aquél que vela por vos. Se os ha mostrado la tumba que os esperaba y habéis visto los tristes restos de aquél que ha vivido.* ***Esta tumba es el emblema de la materia universal, que debe de acabar tanto en su totalidad como en parte, y a la que un nuevo reino, más luminoso, debe suceder.*** *El mausoleo situado a Occidente os ha ofrecido un espectáculo más consolador****, enseñándoos a distinguir lo que debe de perecer de lo que es indestructible****, y las máximas que habéis recibido en vuestros viajes os han enseñado lo que debe hacer aquel que ha tenido la felicidad de conocer y sentir esta distinción".*

¿Como no pensar en esta declaración positiva sobre el sentido del mausoleo y de sus inscripciones?:

***"¿A qué hace alusión este mausoleo, con estas inscripciones?
A la inmortalidad del alma, a los principios elementales
y a la disolución de la materia".***

Cómo, desde entonces, no alegrarse de esta última perspectiva, de esta "apocatástasis" que solo debería atemorizar a los seres atados a los tristes y efímeros vestigios que tienen ante los ojos, detenidos por las divisorias reliquias de bienes temporales corruptibles que consideran, en su error, como maravillosos tesoros, cuando todo lo que existe en este bajo mundo está impregnado de decadencia, está condenado a la degradación y a la muerte; "***los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos, abrasados, se disolverán, y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá. Puesto que todas estas cosas han de disolverse así…****"* (2 Pedro 3:10-11). Alegrémonos, muy al contrario, con la idea cierta de la llegada del Cordero de Dios en su espléndida luz, cumpliéndose entonces para todos los seres espirituales regenerados, y para los elegidos del Señor, los menores reconciliados y santificados, una formidable disolución en forma de "Reintegración" (o más exactamente una "Integración en Dios") que les autorizará a ser revestidos de nuevo con su cuerpo glorioso, siendo integrados, por la gracia, en la "sustancia luminosa" original, reunidos para la eternidad en el seno del "Santo Elemento" para morar en su naturaleza "espiritual divina" **[11]**.

NOTAS :

[1]. S. Agustín, *De la nature et de la grâce,* Cáp. XX*,* en *Oeuvres complètes de Saint Augustin,* bajo la dirección de M. Raulx, t. XVII, Bar-le-Duc 1871.

[2]. A este respecto, acusar a San Agustín (a quien se debe la fecundidad del pensamiento religioso occidental en diversos dominios, y quien liberó a la Iglesia del maniqueísmo) de donatismo, de pelagianismo y de arrianismo, de ser la fuente de varias "herejías", es una falsedad manifiesta que se debe tanto a la ignorancia como a las ganas de polémica por varias razones:

1º. En primera instancia, los principales reformadores en el siglo XVI, **Lutero** y **Calvino**, que no se consideran para nada "heréticos" ante el Credo de Nicea (325), se inspiraron, para fundar su doctrina de la justificación, principalmente de San Pablo y del Evangelio, y no del autor de las *Confesiones*, aunque hayan mantenido a éste en alta estima; su actitud de ruptura cismática con Roma fue sin embargo inspirada, y esto se olvida con demasiada facilidad, por el ejemplo de las iglesias autocéfalas orientales llamadas "ortodoxas", y no por las posiciones eclesiales del arzobispo de Hipona, absolutamente intransigente acerca de la cuestión de la "unidad de la esposa de Jesús Cristo" (Cf. *De Civita Dei*).

2º. En cuanto a responsabilizar a San Agustín del supuesto "jansenismo", o de lo que generalmente se entiende como tal, usando una dudosa terminología para designar una corriente que tomó auténtica forma cuando fue apoyada en Francia por el piadoso párroco **Jean Duvergier de Hauranne,** abad de **Saint-Cyran** (1581-1643) – éste mostró una sensibilidad espiritual inicialmente acogida con mucha simpatía por **San Vicente de Paul** (+ 1660), seguido por el cardenal **Pierre de Bérulle** (1575-1629), fundador en 1611 de la "Sociedad del oratorio de Jesús") – es otorgar a Luis XIV una curiosa autoridad en materia espiritual, asunto del cual estaba completamente desprovisto.

En efecto, aunque no se pretende entrar aquí en los numerosos detalles de los acontecimientos históricos que marcan el episodio llamado *jansenita*, basta sin embargo con señalar que la *bula Unigenitus* que el papa Clemente XI, rendido, concedió finalmente a Luis XIV en septiembre de 1713 para condenar al oratoriano **Pasquier Quesnel**, se limita a declarar heréticas las 101 proposiciones extraídas de las *Reflexiones morales,* obra de Quesnel publicada en 1692, y pasa completamente por alto un movimiento imaginario que llevaría el nombre de "**jansenismo**", y que solo existió en la mente de sus enemigos.

Paradójicamente, el rey había insistido de forma abusiva para que Clemente XI expresase una sentencia disciplinaria en la *bula Unigenitus,* pero ésta, si bien condenaba las R*eflexiones morales* de Quesnel, afirmaba igualmente la preeminencia de Roma sobre la Iglesia de Francia, así como el derecho de control total de la Santa Sede sobre ella. No parece que esto fuera lo que buscaba el galicano Luis XIV, quien acabó con un merecido castigo por su ceguera y odio religioso.

Así, si apareció en 1641 la palabra "jansenita" para estigmatizar a los discípulos de Jansenius, y los discípulos de los amigos de Port-Royal se designan simplemente como "amigos de la verdad", como "discípulos de San Agustín", que consideraban a la gracia como el único medio para salvar a las criaturas debido a su libre albedrío y tendencia al pecado, la historia muestra que estamos realmente en presencia de una "herejía imaginaria", de un "fantasma" cuya terminología jamás condenó Roma al no existir el jansenismo, puesto que este término no es más que la utilización de una polémica denominación cuya tenebrosa firma se expresará en 1711 a través del acto abominable de Luís XVI quien decidió, furioso por no poder someter y callar a los teólogos agustinianos que le señalaban sus errores y criticaban su absolutismo, arrasar la abadía de Port-Royal, exhumar de manera escandalosa los cuerpos de las religiosas cistercienses que reposaban apaciblemente en el cementerio del claustro y esparcir sus osamentas para librarlas a los perros salvajes.

Afortunadamente, la posteridad de San Agustín es inmensa, es filosófica, metafísica, literaria y religiosa, y cabe citar aquí miles de nombres para realmente mostrarlo; citemos aquí a algunos, y en primer lugar al genio **Blaise Pascal** (1623-1662), **Jean Racine** (1639-1699), **Louis-Isaac Lemaître de Sacy** (1613-1684), autor de una de las más

admirables traducciones de la Biblia en el siglo XVII y, más cercanos a nosotros, **Alfred de Vigny** (1797-1863), **Léon Bloy** (1846-1917), **Charles Péguy** (1873-1914), **Lucien Laberthonnière** (1860-1932), **Maurice Blondel** (1861-1949), **Léon Chestov** (1866-1938), **Georges Bernanos** (1888-1948), **François Mauriac** (1885-1970), **Etienne Gilson** (1884-1978), **Jacques Maritain** (1882-1773), **Romano Guardini** (1885-1968), **Henri de Montherland** (1895-1972), **Maurice Zundel** (1897-1975) amigo íntimo de Pablo VI, y hasta filósofos como **Simone Weil** (1909-1943) y **Edith Stein**, discípula y colaboradora del filósofo alemán **Edmund Husserl**, patrona de Europa, convertida del judaísmo y conocida bajo el nombre religioso de Santa Teresa Benedicta de la Cruz (1891-1942), muerta como mártir por su fe y canonizada por el papa Juan Pablo II el 11 de octubre de 1998.

[3]. J.-B. Willermoz, *Le Traité des deux natures* (Tratado de las dos naturalezas), MS 5940 n°5, Biblioteca de Lyon.

[4]. *Ibid*.

[5]. *Ibid*.

[6]. *Ibid*.

[7]. *Ibid*.

[8]. **Instrucciones secretas de los Caballeros Grandes Profesos, *fondos Georg Kloss, Biblioteca del Gran Oriente de los Países Bajos, en La Haya [1er catálogo, sección K, 1, 3].***

[9]. *Ibid*. La idea de un aniquilamiento general de lo creado se encuentra en el discurso destinado a la instrucción del nuevo Élu Cohen que acababa de ser recibido a los tres primeros grados simbólicos: *"El espíritu puro y simple no tiene forma ni cara visible a los ojos de la materia (…). Los hombres, a medida que se han alejado de su principio, se han acostumbrado a creer que la materia existía necesariamente por sí misma y que, por consiguiente, no podría ser completamente destruida. Si ésta es vuestra opinión, es uno de los primeros sacrificios que debéis hacer para llegar a los conocimientos a los que aspiráis. En efecto, sería atacar la unidad indivisible del Creador si admitís por un lado un ser espiritual puro y simple, y [por otro a] un ser material eterno como él, lo cual es absurdo (…). Es así como este universo de materia aparente se reintegrará prontamente en su primer principio de creación, tras la duración de tiempo que le ha sido fijada, que ha sido concebida en la imaginación del Creador. Aprended de ello, hermano mío, el caso que debéis hacer de esta materia que los hombres convierten en su ídolo, y cuánto se engañan burdamente al sacrificarle sus más preciados bienes"* (Cf. *Discursos de instrucción a un recién recibido en los tres grados de aprendiz, compañero y maestro simbólicos,* fondos Willermoz, ms. 5919-12 – Publicado íntegramente en el Boletín Informativo nº 9 del GEIMME en diciembre de 2006).

[10]. *Ibid*.

[11]. Resaltaremos esta observación de Robert Amadou (+ 2006) : "*La materia reintegrada significa la materia aniquilada, puesto que, siendo su principio la nada, su reintegración no puede hacerse más que en la nada, es decir, que desaparece por completo, salvo en las formas transmutadas"* (Robert Amadou, *Entretien avec Michel Cazenave*, France-Culture, «Les Vivants et les Dieux», 4 mars 2000.)

DE LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS GLORIOSOS

Jean-Baptiste Willermoz[15]

(1730-1824)

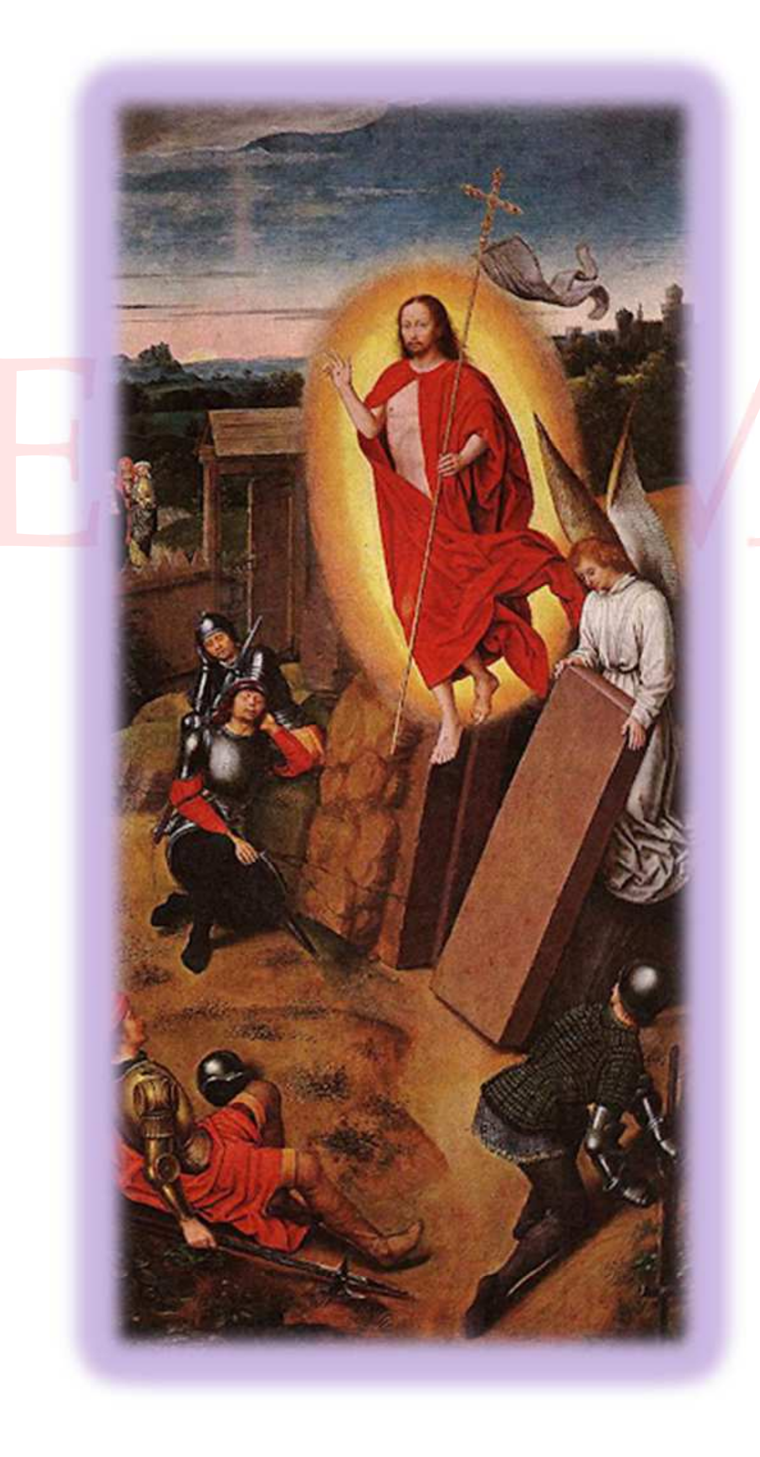
Pero en cuanto el tercer día comienza, [Cristo] resucita gloriosamente de la tumba por su propio poder divino, y comienza a mostrarse a los que había amado lo más tiernamente posible, bajo una nueva forma corporal, en todo semejante a aquella en la que había vivido entre los hombres, pero gloriosa e impasible, de la que se reviste, y que hace también desaparecer a su voluntad. Es con esta misma forma gloriosa que después de haber conversado, caminado, comido incluso con sus discípulos durante cuarenta días, apareciéndoseles repentinamente y desapareciendo también repentinamente delante de ellos cuando así lo quería, después de haberles recomendado bautizar en su nombre, enseñar a los hombres el misterio inefable de la Divina Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que hacen un único Dios, que él sube gloriosamente al cielo en su presencia, donde será eternamente el Dios vuelto visible a los ángeles y a los hombres santificados, en esta forma humana glorificada.

Pero ¿cuál es la naturaleza de esta nueva forma corporal, y qué es lo que constituye la diferencia esencial entre ésta y la primera? Preguntamos a esos hombres carnales y materiales que no ven nada más que por los ojos de la materia, y a aquellos que son lo bastante infelices como para negar la espiritualidad de su ser, y también a los que, unidos exclusivamente al sentido literal de las tradiciones religiosas, solo quieren ver en la forma corporal del hombre primitivo antes de su caída un cuerpo de materia como el del que están actualmente revestidos, reconociendo solamente una materia más purificada. Es Jesús-Cristo mismo el que va a probarles la diferencia esencial de estas dos formas corporales y su destino, revistiéndose de una después de su resurrección, después de haber destruido la otra en la tumba.

Jesús hombre-Dios que quería ser en todo similar al hombre actual, para poder ofrecerse a él como modelo que pudiera ser imitado en todo, se sometió a revestirse naciendo de una forma material perfectamente similar a la del hombre castigado y degradado. Él difiere sin embargo en un único punto de la forma material del hombre que al ser concebido para la concupiscencia de la carne es corruptible, en lugar de la forma material de Jesús, que concebido por la única operación del Espíritu santo y sin ninguna participación de los sentidos materiales, es incorruptible. Pero Jesús-Cristo deposita en la tumba los elementos de la materia, y resucita en una forma gloriosa que ya no tiene más la apariencia de la materia, que incluso no conserva los Principios elementales, y que no es más que una envoltura inmaterial del ser esencial que quiere manifestar su acción espiritual y la hace visible a los hombres revestidos de materia. Si se quiere dudar de esta importante verdad, que se reflexione seriamente sobre las asombrosas apariciones en formas humanas del Arcángel Gabriel a María y a Zacarías, padre de Juan el Bautista, sobre las de los ángeles enviados a Abraham para predecirle el nacimiento de Isaac y el castigo de Sodoma, del ángel conductor del joven Tobías, y de un gran número de otras apariciones similares a los espíritus puros, cuya forma corporal se reinstaló en ellos mismos y

[15] Extracto de su obra *Tratado de las dos naturalezas*, MS 5940 nº 5, Biblioteca Municipal de Lyon.

desapareció tan pronto como se terminaba su misión particular. Todas ellas prueban la misma verdad. Jesús-Cristo resucitado se reviste de esta forma gloriosa cada vez que quiere manifestar su presencia real a sus apóstoles para hacerles conocer que es la misma forma, es decir, de una forma perfectamente similar y con las mismas propiedades de las que estaba revestido el hombre antes de su prevaricación; y para enseñarles a lo que deben aspirar, a ser revestido de nuevo después de su perfecta reconciliación, al final de los tiempos. Esto es en efecto esa resurrección gloriosa de los cuerpos que serán al mismo tiempo cambiados para los hombres reconciliados, así como lo expresa San Juan, pero que no serán cambiados para los rechazados. Es esta resurrección finalmente gloriosa en la que la consumación real del cuerpo y la sangre de Jesús-Cristo aporta, a todos los que participan dignamente de ella, el germen fructificador.



LOUIS-CLAUDE DE SAINT-MARTIN
Y EL
CUERPO DE MATERIA TENEBROSA

De la destrucción de *"la carne de corrupción"* y el acceso al estado celeste según el Filósofo Desconocido

Jean-Marc Vivenza

"…el reino de Dios no puede habitar con la carne y la sangre, consecuentemente la carne y la sangre habrán de desaparecer para que las profecías puedan cumplirse"
(Ecce Homo, § 6).

Si **Jean-Baptiste Willermoz** (1730-1824), según lo expuesto en el anterior texto ***El Régimen Escocés Rectificado y la doctrina de la materia,*** ha provocado algunas sorpresas (en aquellos que, o bien no deseaban -por diversas razones- profundizar en las posiciones doctrinales del Régimen Rectificado con respecto al estatuto de la materia, y por tanto no querían conocerlas y sacarlas a la luz, o bien simplemente las ignoraban a falta de haberlas leído y trabajado), sucede que **Louis-Claude de Saint-Martin** (1743-1803), sobre el tema del estatuto de la creación material, no sólo no cede en nada ante las posiciones del maestro de obras de la reforma de Lyon, sino que además, en muchos aspectos, va mucho más allá en el rigor de sus análisis y la severidad de sus juicios, amplificando algunas advertencias pasablemente no muy claras de Willermoz.

Tanto las concepciones de Saint-Martin como las de Willermoz sobre la materia, su origen y su destino, proceden de la enseñanza recibida de **Martines de Pasqually** (+ 1774), quien edificó su **Orden de los Élus Cohen** a partir de una doctrina en la cual aparece claramente la tesis que afirma la naturaleza **puramente espiritual** e **inmaterial** del Adán primitivo en su estado inicial glorioso antes de la Caída, aprisionado y recluido luego en un cuerpo de materia tenebrosa como retribución a su pecado, cuerpo que está llamado a abandonar definitivamente tras su **"reintegración"**, de forma que pueda recobrar su *primera propiedad, virtud y potencia espiritual divina*. Ésta es la idea que retomó e hizo suya completamente Saint-Martin, como vamos a constatar, idea que atraviesa el conjunto de su pensamiento cuando evoca el carácter degradado y degenerado de la actual existencia de los hijos de Adán, insistiendo, con una fuerza impresionante, sobre el triste estado del hombre inmerso en *"las substancias materiales impuras",* y su necesario acceso, después de la desaparición de su cuerpo carnal, a la región del *"elemento puro".*

La postura de Saint-Martin sobre este punto es pues esencial en la comprensión de su discurso y en la justa percepción de la perspectiva espiritual que expone en sus escritos, siendo relevante estudiar y conocer con precisión los análisis que el **Filósofo Desconocido** realiza sobre el universo material, sin lo cual nos arriesgamos a hacernos falsas ilusiones sobre lo que es exactamente la **vía sanmartiniana** y en mayor medida su finalidad - tratándose en particular de

los métodos que propone y de la verdadera meta a la que busca conducir a las almas de deseo -, vía cuya doctrina, a propósito del mundo material y su disolución final, es además absolutamente idéntica en los tres principales representantes de la corriente del iluminismo místico en Francia en el siglo XVIIIº, los cuales fueron **Martines de Pasqually**, **Willermoz** y **Saint-Martin**.

I. Los gérmenes envenenados de la tierra según Saint-Martin

Cuando abordamos en serio a Saint-Martin, y no nos conformamos con una lectura superficial, pronto nos llama la atención la tristeza que se desprende de su mirada sobre el mundo creado, tristeza radical y extrema de naturaleza metafísica, que es a la vez un rasgo de su carácter **[1]** y el resultado de una terrible constatación: el mundo caído aprisiona al hombre en una «**envoltura tenebrosa de materia**» que forma a la vez el «cuerpo» de cada criatura y el «cuerpo general del universo». Es por ello que el teósofo de Amboise no duda en declarar que el mundo está inmerso en abismos de corrupción y, en sus sollozos singularmente angustiosos, nos lleva a una reflexión que no deja de producir cierto vértigo interior al descubrir algunos de sus textos más radicales destinados a producir, justamente, en el alma de sus lectores, un «despertar» de su fatal adormecimiento.

De este modo, la descripción de las consecuencias, así como la transmisión del veneno liberado por las consecuencias del «pecado original», estableciendo y determinando las bases de la condición humana, harán escribir al Filósofo Desconocido una de las páginas más sobrecogedoras de toda la historia de la literatura espiritual que, por su carácter excepcional, esclarece una verdad patente que cada ser que desee avanzar en la «carrera» debe al menos conocer a fin de meditarlo atentamente: «*¿Cómo podríamos dejar de alimentar en nosotros el espíritu de dolor, o más bien el dolor del espíritu, cuando consideramos la vía temporal y espiritual del hombre sobre la tierra ? El hombre es concebido no sólo en el pecado, como decía David de sí mismo, sino que además es concebido por el pecado, en vista de las tenebrosas iniquidades de los que lo engendran.* ***Estas tenebrosas iniquidades van a influir en él corporal y espiritualmente, hasta su nacimiento. Nace y empieza a recibir interiormente la leche contaminada por estas mismas iniquidades,*** *y exteriormente mil tratamientos torpes que van a deformar su cuerpo antes incluso de que esté formado; ideas depravadas, lenguas falsas y corrompidas asaltan todas sus facultades y las expían a su paso, para infectarlas en cuanto las manifieste por el menor de sus órganos. Viciado así en su cuerpo y en su espíritu, antes incluso de hacer uso de ellos, va a entrar bajo la falsa administración de aquellos que le rodean en su primera edad,* ***que sembrarán en abundancia gérmenes envenenados en esta tierra ya envenenada de por si, y lo alabarán si produce frutos análogos, en esta atmósfera desordenada que se ha convertido en su elemento natural.*** *(…) Cuando uno piensa que todos estamos compuestos por estos mismos elementos, dirigidos por estas mismas leyes, alimentados por estos mismos desórdenes y estos mismos errores, que todos estamos inmolados por los mismos tiranos y que, al mismo tiempo, inmolamos a nuestros semejantes con estas mismas armas envenenadas; cuando, finalmente, uno piensa que esta atmósfera nos envuelve y nos penetra, nos da miedo respirar, nos da miedo mirar, nos da miedo movernos, nos da miedo sentir*» (*El Hombre Nuevo*, § 9) **[2]**.

II. GENERACIÓN CORROMPIDA Y NACIMIENTO ANIMAL

Para Saint-Martin el destino de la criatura humana es pues de una tristeza tal, limitada y condenada a la finitud de una naturaleza siniestra hasta el punto que se pregunta cómo el hombre puede continuar negando de esta forma las evidencias, y negarse a ver claramente la realidad de su estado cuya primera imagen, es decir, la de su nacimiento, ofrece a la observación objetiva una lección significativa a aquellos que quieran inclinarse por un solo instante sobre el sentido de esta generación bestial y animal que condiciona la aparición en este mundo de la criatura que somos, criatura que el Filósofo Desconocido califica de «**vil insecto**» (sic). Hablando de esta lamentable situación, Saint-Martin nos dice: «*Es en el momento de su nacimiento corporal cuando vemos comenzar los pesares que le esperan. Entonces es cuando muestra todas las marcas de la más vergonzosa reprobación;* ***nace como un vil insecto en la corrupción****; nace en medio de sufrimientos y gritos de su madre, como si fuera para ella un oprobio darle a luz; ahora bien, ¡qué lección para él ver que de todas las madres, el alumbramiento de la mujer es el más penoso y más peligroso! Pero, apenas empieza a respirar, se cubre de lágrimas y se halla atormentado por los males más agudos. Los primeros pasos que da en la vida anuncian pues que solo viene para sufrir, que es realmente el hijo del crimen y del dolor. Oh hombre, derrama lágrimas amargas sobre la enormidad de tu crimen, el cual cambió tan horriblemente tu condición; tiembla sobre el funesto decreto que condena a tu posteridad a nacer bajo los tormentos y la humillación, cuando sólo debía conocer la gloria y una felicidad inalterable*» (*De los errores y de la verdad*).

Este terrible estado, que de hecho es un castigo que nos asimila, según Saint-Martin, a las bestias, cuya animalidad compartimos desde la caída, se incrementa por una cruel impotencia que refuerza el sentimiento de servidumbre respecto a la muerte y la corrupción que nos dominan de modo escandaloso, y nos hacen vivir como esclavos : *«¿Cuál es pues el triste estado de la posteridad humana, en que el mismo hombre de deseo está limitado, llorando en vano, viendo a sus hermanos o bien atados con fuertes cadenas en tenebrosas prisiones o bien transportados a los sepulcros de la muerte y de la putrefacción? ¡Y esto sin que le sea posible actuar para su liberación, ni operar nada para ello! Es muy cierto, hombre desgraciado, que el tiempo y la muerte son los reyes de este mundo»* (*El Hombre Nuevo*, § 50).

III. EL CUERPO MATERIAL CORROMPIDO PROCEDE DE UNA “DEGENERACIÓN” SUBSTANCIAL

Esta triste condición procede del hecho (y Saint-Martin está en este aspecto, como hemos precisado antes, en perfecto acuerdo con su primer maestro Martines de Pasqually, cuyo pensamiento acerca de la caída y de sus consecuencias sobre la completa «**degeneración del hombre**» retoma dándole sin duda una traducción más literaria a las oscuras descripciones del *Tratado sobre la reintegración*) de que hemos sido «encerrados» en el momento de nuestra concepción como castigo por el crimen de Adán, nuestro primer padre según la carne, en cuerpos de materia de una naturaleza tenebrosa, materia mancillada y marcada, y además y sobre todo infectada por el germen de la «**degeneración**», destinada a la muerte, abocada por su sustancia a la destrucción y a la desaparición definitiva en la noche de la «**tumba de la muerte**», en razón de esta transformación de nuestro primer estado glorioso inmaterial, que Martines llama «***metamorfosis***» (*Tratado,* 195), en una esencia **carnal material degenerada [3].**

Todo el discurso de Saint-Martin es de una gran fidelidad conceptual con respecto a Martines, que utiliza efectivamente en el ***Tratado sobre la reintegración*** el término de «**degeneración**» para calificar la transmutación de Adán: «*El primer hombre **degeneró** de su facultad de ser pensante*» (*Tratado*, 29); «*Lo que acabo de decirles sobre la prevaricación de Adán y sobre el fruto que salió de ello les demuestra bien claramente lo que es nuestra naturaleza corporal y espiritual, y cuánto una y otra han **degenerado**…* » (*Tratado*, 45); «*El menor espiritual [...] **degeneró** y [...] se destruyó en la inacción espiritual divina hasta el punto de convertirse en la tumba de la muerte»* (*Tratado*, 49). Ahora bien, el término **degeneración**, en el vocabulario del siglo XVIII, si bien evoca un *«cambio de un estado de bien en mal*» (Cf. *Diccionario de la Academia Francesa*, 1762), también por su raíz latina *degenerare*, de *genus*, género, y la preposición «*de*» rigiendo el ablativo, indica la acción de *«salir de su género*», «*separarse de su especie*», perder «*las cualidades de su raza*», «*convertirse en bastardo*», «*alterar su esencia*», «*arruinar su naturaleza*», o bien transformar su ser al punto de convertirse totalmente en otro, y esto en un sentido negativo extremadamente fuerte. Podemos pues constatar una perfecta similitud doctrinal entre Martines, Willermoz y Saint-Martin sobre esta cuestión de la materia, ya que, en términos casi idénticos, expresan un mismo pensamiento sobre la naturaleza y el origen del compuesto material, y por tanto sobre su destino, la nada, puesto que los dos términos evidentemente están ligados, ya que son absolutamente comparables, teoría que se encontrará formulada y precisada en las ***Lecciones de Lyon*** (1774-1776) y que llegará a ser parte esencial de la doctrina del Régimen Escocés Rectificado, y paralelamente igual un elemento fundamental del pensamiento sanmartinista **[4].**

Esto explica por qué, según Saint-Martin, que la ve [a la naturaleza humana] como **Martines** viciada, carcomida por el pecado, cargada substancialmente por el veneno pútrido que representa la materia, nuestra naturaleza efectivamente «degenerada» por la unión entre el espíritu y la materia, que es una absoluta «abominación», hace que mientras el hombre permanezca ligado a su cuerpo solo puede vivir en un horrible caos que es la ley de la vida terrestre, más aún cuando su forma material actual es semejante a la que habría revestido el demonio si hubiese tratado de reconciliarse con el Creador: «*La forma material del hombre era, salvando algunas diferencias, la que el Perverso habría tomado para su reconciliación…* » (SM/H, *lección de Lyon n° 56*, 29 de julio de 1775); «*El número 5, que con 4 son 9, nos hace ver la junción del espíritu con la materia; lo que es una abominación para el espíritu, ya que no hay nada que le sea tan contrario como la materia. Esta abominación solo cesará cuando la materia y el cuaternario temporal sean reintegrados cada uno en sus principios, y cuando todas las producciones de las facultades divinas estén reintegradas en el centro divino del que fueron apartadas*» (SM, *lección n° 82*, 6 de diciembre de 1775); «***el nacimiento de la materia es consecuencia de la voluntad mala del ser demoniaco** (…) Estamos en privación en la estancia material sólo porque nuestro primer padre se unió antiguamente con el ser cuya voluntad mala había sido castigada por su encarcelamiento en el círculo material, el hombre debía tener cuidado de no pararse demasiado sobre esta materia y trasladarle sus deseos, porque ¿qué bienes espirituales podría recibir de ello ya que es opuesta al espíritu?*» (SM, *lección de Lyon n° 86*, 5 de enero de 1776).

De modo que el Filósofo Desconocido, siguiendo fielmente a Martines de Pasqually a fin de demostrar el carácter impuro del compuesto material, la unión «abominable» del cuerpo y

del espíritu, prosigue su demostración afirmando que si no hubiese habido prevaricación, el universo no hubiese sido constituido nunca, no hubiese habido producción de materia : *«La defectuosidad de la naturaleza no contiene pues sólo la esencia de las formas; sino también su mantenimiento y todos sus seres materiales manifestando de mil formas diferentes esta ley imperfecta, fuente de todos los desórdenes. Así, la vida de los cuerpos descansa en la confusión, como la confusión es la fuente y la ley de su existencia. Por ello, si no hubiese existido nunca el mal o la confusión, no habrían existido cuerpos de materia ni universo alguno. Apliquemos esta verdad al hombre temporal y veremos lo que debe pensar de su estado actual, donde, mientras esté unido a su cuerpo, solo puede vivir en la confusión y por la confusión*» (*Del espíritu de las cosas,* vol. I., «El nivel»).

Es por ello por lo que, sin ninguna reserva, el Filósofo Desconocido nos indica que **la envoltura material** en la cual estamos encerrados es la causa de la dolorosa situación que sufrimos; es **la carne**, el grosero compuesto que asumimos, no sin múltiples dificultades, lo que está en el origen de nuestra relación sufriente y desorientada en el mundo, la razón de nuestra incapacidad para elevarnos hacia los dominios espirituales: «*Este cuerpo material que llevamos es el órgano de todos nuestros sufrimientos; pues es él el que, al formar límites espesos a nuestra vista y a todas nuestras facultades, nos mantiene en privación y en pena; por lo tanto, no debemos en absoluto disimular que la unión del hombre con esta envoltura grosera es la misma pena a la que su crimen lo sometió temporalmente, ya que vemos los horribles efectos que siente desde el momento en que fue revestido hasta el momento en que es despojado de ella; y es por aquí por donde comienzan y se perpetúan las pruebas, sin las cuales no podría restablecer las relaciones que tenía antiguamente con la Luz*» (*De los errores y de la verdad*).

Fuimos arrojados, tras del crimen de Adán, como castigo y para nuestra expiación, en **cuerpos de materia,** encerrados en prisiones de carne, sometidos a una vida de servidumbre: *«Desde la alteración, estamos en una* ***verdadera prisión, la cual es nuestro cuerpo****, cuando más bien debería ser nuestro preservativo; e incluso en lugar de disminuir según sus fuerzas y su industria el peso de sus cadenas, la mayoría de los hombres contribuye a que su alma se convierta en la naturaleza de su prisión, materializándose como lo hacen. Así el alma humana, habiéndose convertido, por así decir, en cárcel ella misma, podemos ver cuál es hoy su lamentable situación. Podemos ver también por qué está en su propia servidumbre, en vez de estar al servicio de su maestro*» (*El Ministerio del hombre-espíritu*).

IV. LA MATERIA ES EL REINO DE SATÁN

Lejos de ser una protección contra la muerte, una muralla para protegernos de la infección y destrucción en el vil barro de la degeneración, **los cuerpos, para Saint-Martin, son el mismo producto de la putrefacción consecutiva a la caída** y deben retornar a ese origen putrefacto para ser destruidos: *«Observa además la naturaleza en sí misma y verás por la infección que es el residuo final de todos los cuerpos, cuál es el objeto de la existencia de estos mismos cuerpos y si no están destinados a servir de envoltura y barrera a la putrefacción, ya que esta putrefacción es su base fundamental así como su término. Prueba de que la naturaleza tiene por objeto servir de prisión o absorbente de la iniquidad*» (*Del espíritu de las cosas*, vol. I).

Sin embargo, más allá de esta putrefacción, que es tanto la fuente como la finalidad de los cuerpos, término general de la materia tenebrosa, Saint-Martin nos revela otra terrible verdad respecto a ello, a saber, que está bajo el dominio del **ser perverso**. Por su crimen, Adán fue encerrado en una densa envoltura carnal: «*Si los hombres hubiesen estado más preparados para entrar en la verdad, si la humanidad entera no se hubiese lanzado bajo el yugo de la materia y las tinieblas, esta forma gloriosa habría permanecido en su esplendor y habría vuelto a elevar al hombre por la fuerza de su atracción. Pero el peso del crimen la hizo entrar en su densa envoltura*» (*El Hombre de deseo*, § 156), pero esta tragedia original viene a sumarse a otro aspecto no menos inquietante, el cual nos viene a mostrar en qué medida nuestra situación es precaria y está amenazada, ya que está entregada a la potencia del Adversario.

En efecto, por su crimen, estando encarcelado bajo las cadenas de la materia, en realidad el hombre ha caído en manos del Enemigo, del Príncipe que reina sin concesiones en este mundo - el Evangelio lo confirma con fuerza: «*Todo aquí abajo está en manos del maligno*» (I Juan 5:19). Es por eso que, insiste Saint-Martin, el Adversario nos recuerda constantemente que es **el amo de la materia** y esta «materia» es, precisamente, su «reino»: «*Los esclavos del enemigo están también en la agitación, sin que saquen ningún provecho. Este enemigo, después de ganar casi universalmente la victoria, actúa como amo y tirano sobre sus súbditos. Les humilla con intensos dolores para hacerles sentir que* ***la materia es su reino****. Les castiga por haber tenido la imprudencia de actuar sin su Dios, atormentándoles sobre esta tierra, como en un lugar donde Dios no actúa*» (*El Hombre Nuevo*, § 58).

No conforme con sufrir las consecuencias de un castigo provocado por el horror de su crimen, Adán, explica Saint-Martin, se condenó a pasar su existencia carnal bajo la dominación de la Serpiente, ya que el mundo material es el reino del enemigo, es el lugar donde reina por y sobre la materia, la cual es el compuesto general de este universo caído destinado a la corrupción y a la muerte. Por este hecho vemos mejor la razón de las advertencias reiteradas del Filósofo Desconocido para que nos liberemos de la región carnal, puesto que atarse a estos vestigios tenebrosos implica directamente unir el destino al del mundo; complacerse en la carne es en realidad alejarse de Dios, alejarse del amor del Padre en el cual no existe ninguna apetencia de carne ni el orgullo de la vida material: *«No améis al mundo, ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas, no viene del Padre, sino del mundo*» (1 *Juan* 2:15-16) **[5]**.

Esta idea se traduce de esta forma para Saint-Martin: «*¡Qué triste pues es el estado de la posteridad humana donde el mismo hombre de deseo está obligado a llorar en vano, y a ver a sus hermanos o atados por fuertes cadenas en tenebrosos calabozos o transportados a los sepulcros de la muerte y de la putrefacción! ¡Y esto sin que le sea posible actuar para su liberación, ni operar nada para ello! Es muy cierto, hombre desgraciado, que el tiempo y la muerte son los reyes de este mundo*» (*El Hombre Nuevo*, § 50). Resuenan pues, en el alma enamorada del Cielo, estas palabras del Reparador: *«aquel que ama su vida, la perderá; y aquel que odia su vida en este bajo mundo, la conservará para la vida eterna*» (*Juan* 12:25).

V. La «espiritualización de la materia» es imposible

Cierto es que, como dará a conocer Saint-Martin, el espíritu habla con los hombres, se dirige a ellos y les indica que no tienen nada en común con el mundo, que su verdadera patria está en el Cielo, pero la corrupción de su materia les impide oír lo que les dice la santa Palabra de Dios cuando les ordena no dejarse dominar nunca por aquel que reina como amo y señor sobre el mundo material: «*El espíritu habla sin cesar a todos los hombres, pero nuestra densa materia nos impide oír…*» (*El Ministerio del Hombre-espíritu*).

La voz de este «espíritu» está velada, ensordecida, oculta y disimulada por la materia tenebrosa en la que se complace una humanidad sometida, porque el cuerpo, que es una prisión, símbolo concreto de nuestra servidumbre de la que deberíamos librarnos, consigue «materializar» al alma que se deja seducir por las trampas de la carne y la vuelve, a su vez, una segunda prisión más oscura aún, llena de pensamientos y seducciones de la materia cuando en realidad debería contribuir a liberarnos de ella: *«**Desde la alteración, estamos en una verdadera prisión, la cual es nuestro cuerpo**, cuando debería ser mas bien nuestro preservativo [protector]; e incluso en vez de disminuir según sus fuerzas y su industria el peso de sus cadenas, la mayoría de los hombres obra para que su alma sea de la naturaleza de su prisión, materializándola como suelen hacer. Así el alma humana, habiéndose hecho, por así decir, prisión ella misma, podemos ver cuál es hoy su lamentable situación. Podemos ver también por qué está en su propia servidumbre, en vez de estar al servicio de su maestro*» *(El Ministerio del Hombre-espíritu).*

Es por ello por lo que Saint-Martin, horrorizado ante esta «materialización» del alma, nos interpela haciéndonos ver que **todos los cuerpos están destinados a la desaparición,** condenados a ser reducidos a cenizas, para luego desvanecerse para siempre como lo será la totalidad de la materia universal cuando lleguen los tiempos, designando, tal como lo entendía Martines de Pasqually, a esta destrucción **bajo** el nombre de «**reintegración**», que no es una «espiritualización de la carne» sino, según Saint-Martin, una auténtica y concreta «**desaparición de la materia**» y de sus formas, con el fin de que el conjunto del compuesto material creado sea efectivamente «**reintegrado**» al Principio, es decir, positivamente borrado, volatilizado, destruido y **aniquilado,** de modo que desaparezca y retorne a la nada de la que había salido: «*¿Qué decir pues a aquellos que no quieren creer en una diversidad de acciones generadoras primitivas para la producción de la materia y que, por consiguiente, miran esta materia como una cosa eterna y cuya reintegración es imposible? Hay que responderles con simples hechos: desde que el mundo existe, la tierra ha recibido en su seno los cadáveres de un gran número de personas y de un gran número de animales; sin embargo, no ha aumentado de volumen por ello; así, hace falta que sus formas sean reintegrables y que, por consiguiente, la de la materia universal sea reintegrable. Pero la incineración es aún una objeción que se les podría presentar: porque, si el simple fuego elemental reduce un cuerpo a una porción tan pequeña de cenizas, ¿cómo no ver que el fuego superior podrá reducir aún más, ya que es más activo, el cuerpo general de la naturaleza? Así las formas pueden ser fácilmente reintegradas en el principio que las ha producido y **todo nos demuestra cómo es posible que el universo desaparezca y se reintegre***» (*Del espíritu de las cosas, vol. I., «De los elementos mixtos y del elemento simple»*).

La imagen del nacimiento continuo de los cuerpos tras su desaparición sobre esta tierra, como prefiguración del devenir del cuerpo general material que tendrá que desaparecer por completo, ya había sido utilizada por Saint-Martin en las *Lecciones de Lyon* donde, en una exposición relativamente desarrollada que además fue la última que dio, intervino para explicar que la forma, atraída por las cosas materiales tenebrosas de su misma naturaleza, nos obliga a trabajar para que el espíritu sea capaz de reunirse con su fuente divina, abandonando el cuerpo a la Tierra de manera que pueda operarse la «**reintegración**», momento en que se separarán definitivamente el alma espiritual y el cuerpo de materia tenebrosa: «*Cuando la acción superior haya dejado lo inferior y solo haya la acción de la unidad, necesariamente las formas corporales, que solo tuvieron su existencia y estaban mantenidas por esta doble acción, ya no existirán. El alma espiritual, siendo de esencia divina, está en un estado contrario a su naturaleza al estar unida con un cuerpo material, tenebroso y perecedero. Y ya que, pese a ello, está unida con él, necesita que esta unión sea el efecto de una ley de justicia que se cumpla sobre ella para hacerla expiar su prevaricación. No podemos dudar que esta unión sea para ella un castigo. Su pena está probada por la repulsión que hay entre ella como ser espiritual y su cuerpo. (…)* ***El cuerpo solo tiende a las cosas materiales, tenebrosas como él, y acaba por reunirse con su centro, que es la Tierra****. Ahora bien, ¿cómo se puede imaginar una repulsión más grande que la de dos seres que tienden cada uno hacia dos centros opuestos, uno superior y el otro inferior? ¿Cómo imaginar que su unión pueda ser eterna, ya que esta unión comenzó y, por la acción particular de cada uno, tienden a separarse?* ***Es necesario que al final la relación que les somete uno a otro se rompa y que continúen alejándose hasta la perfecta reintegración de cada uno en su fuente,*** *a saber, los cuerpos particulares en el cuerpo general, el cuerpo general en el eje fuego central y el alma espiritual del hombre en su principio divino. (…) Es una sucesión continua de cuerpos que nacen y otros que son destruidos; lo cual es para nosotros un indicio bien llamativo de que la materia no es eterna, ya que, dado que los cuerpos particulares nacen bajo nuestra mirada, es natural concluir de ello que el cuerpo general también nació, debiendo operarse las producciones particulares por las mismas leyes de la producción general, dado que todo ser creado presenta la imagen del principio del que ha salido. (…) El trabajo del alma debe ser pues tender sin parar a su principio divino por sus deseos y por sus oraciones y desligarse de todo apego que pudiese retenerla en las cosas creadas y perecederas que le son inferiores*» (SM, *Lección de Lyon n° 92*, 6 de marzo de 1776).

La materia es pues no sólo una prisión, sino que además es una prisión exigente sobre nosotros acrecentando la potencia de su dominación. En consecuencia, lejos de apostar por una tanto quimérica como improbable espiritualización de la materia o de la carne, Saint-Martin nos hace ver que la desaparición y el retorno a la nada del compuesto tenebroso, es decir, su «**reintegración**», **[6]** es una necesidad para que la eterna verdad pueda ser conocida: «*Si la materia universal no despareciese algún día, ¿cómo pues la eterna verdad podría ser conocida alguna vez? Desde que hemos perdido la medida del espíritu, su peso y su número, es el peso, el número y la medida física del orden inferior lo que nos gobierna y nos sirve de regla*» (*El Hombre de deseo,* § 187).

El hombre terrestre que niega esta inevitable desaparición, obra en vano para intentar salvar una base corrupta que, inexorablemente, debe retornar a la nada algún día. Dejándose llevar por pensamientos erróneos por el desarrollo de las relaciones sensibles que aumentan su

materia, el hombre edifica con sus propias manos su prisión: «*Hombre terrestre, hombre tenebroso, ¿no es por tus relaciones sensibles por las que te dejas arrastrar por las seducciones materiales?»* (*El Hombre de deseo,* § 249). Por este motivo, el hombre, dejándose «enterrar» en el calabozo de la materia, se olvida de que procede en realidad de la región inmaterial de lo alto adonde debe retornar: «*Desviad pues la mirada de esta materia que abusa de vosotros. Como ella solo existe por las divisiones y en las divisiones, acostumbra también a vuestra mirada a dividirse…* » (*El Hombre de deseo*, § 211); «*Te dejaste materializar tanto, que perdiste toda idea de las cosas de lo alto; y estabas a punto de decir: ¿existirá una región espiritual? Te espiritualizarás cuando llegues a preguntarte: ¿existirá la materia?*» (*El Hombre de deseo*, § 271). Se constata, referente a esta materia y su responsabilidad en el oscurecimiento universal, que lo que Saint-Martin designa como siendo «*la vía del desorden y de la mentira*» (*Ibid.,* § 18), es absolutamente entristecedor: «***¡Materia, materia, ¡qué funesto velo expandiste sobre la verdad!***» (*El Hombre de deseo*, § 7).

Saint-Martin se sorprende pues de que los hombres se dejen engañar hasta este punto: «*¡Imprudentes! ¡Cómo podrán confundir la obra del espíritu con la de la materia!*» (*El Hombre de deseo*, § 90), y nos invita a recordar lo que fue nuestra esencia inmaterial antes de nacer en este mundo, con el fin de poder prepararnos para la vida espiritual pura y esencialmente luminosa que nos espera tras la muerte: *«¿Cómo recordaríamos lo que precedió a nuestro nacimiento aquí abajo?* ***¿La materia no es la tumba, el límite y las tinieblas del espíritu?*** *Después de la muerte, ¿cómo no recordaríamos nuestra vida terrestre? ¿El espíritu no es la luz de la materia? (…) y recordaré siempre que la materia tiene poder sobre el espíritu, hasta el punto de servirle de tinieblas. Hombre, si amaras la luz, ¡cuánto te defenderías contra la materia que te rodea! Si no te dejas oscurecer por ella, verás después de tu muerte todo lo que te haya pasado y todo lo que pasará en los dos mundos. Sin esto, sólo sentirás y no verás nada, y todas las facultades que te queden solo serán ejercitadas para tu suplicio*» (*El Hombre de deseo*, § 91).

VI. La liberación de las cadenas de la materia

El lejano recuerdo de un antiguo estado donde vivía en perfecta felicidad, beneficiándose de una unión sin alteración ni sombra con Dios, conduce al hombre a aspirar con todo su ser a recobrar su verdadera naturaleza, si al menos no destruye en él la memoria esencial que le recuerda interiormente el brillo de su existencia anterior en tanto que espíritu bendecido por Dios, y para ello le es vital obrar sin tregua en esta tarea central, superando cualquier otra forma de empresa humana, por muy loable que sea.

En efecto, si el hombre pierde este precioso tesoro que fue preservado en su fuero interno, en su centro sagrado, a pesar de la prevaricación, no le quedará ninguna otra esperanza de acceder a las regiones magníficas que constituían primitivamente su estancia original, y sobre todo de «reintegrar» un estado puramente espiritual que nunca hubiera debido abandonar y del que fue separado para su propia desgracia e infinito pesar y que nada está en condición de apaciguar: «*En este estado de reprobación en el que el hombre está condenado a arrastrarse, y donde solo percibe el velo y la sombra de la verdadera luz, conserva en mayor o menor medida el recuerdo de su gloria, se* alimenta *más o menos con el deseo de remontarlo, todo ello en razón del libre uso de sus facultades intelectuales, en razón de los trabajos que le son preparados por*

la justicia y del empleo que debe tener en la obra. Unos se dejan subyugar y sucumben a los numerosos escollos sembrados en esta cloaca elemental, otros tienen la valentía y la fortuna de evitarlos. Pues debemos decir que aquel que se preserve mejor, menos habrá dejado desfigurar la idea de su Principio y será el menos alejado de su primer estado» (*De los errores y de la verdad*).

Convencido de su disminución y de las marcas de la insumisión que aparecen invariablemente a la menor ocasión, el hombre está obligado a purificar y apartar las marcas de sus múltiples prevaricaciones sucesivas que reproducen a cada instante el acto horrible y criminal que Adán, bajo la influencia del adversario, se atrevió a cometer, y que reiteran todas las generaciones en cada una de sus acciones culpables o pensamientos perversos.

Antes de comprometerse en la vía espiritual, los principios de esta regeneración deben ejercitarse totalmente cambiando al hombre degradado en hombre regenerado: «*Se trata de ver si has purificado tu ser de todas las inmundicias secundarias que amontonamos todos diariamente desde la caída, o al menos si sientes el ardor de liberarte al precio que sea y de reanimar en ti esta vida apagada por al crimen primitivo, sin lo cual no podrás ser ni el servidor de Dios ni el consolador del universo. (...) Sondéate profundamente sobre estas nuevas condiciones, y si no sólo no has rechazado en ti todos los frutos de tus errores secundarios, o incluso si no has arrancado de ti hasta la más pequeña inclinación extraña a la obra, te repito formalmente que no vayas más lejos: la obra del hombre pide hombres nuevos*» (*De los errores y de la verdad*).

Nuestra tarea es clara, invariable, y no ha cambiado en este mundo desde la Caída; es vital para el devenir espiritual del alma de deseo que debe salir de la tenebrosa materia en la que estamos sepultados: *«Cuánto debemos ocuparnos aquí abajo de la rehabilitación en nosotros de esta moral desorganizada y de este sensible inmaterial o de nuestro cuerpo real, que se encuentra enfermo o sepultado actualmente por nuestra tenebrosa materia, pero que debemos trabajar diariamente en revivificar en nosotros por las obras de nuestra facultad amante y de nuestra facultad inteligente…* » (*Del espíritu de las cosas*, vol. I., «*Sentido desconocido de algunos usos familiares*»).

Es por ello que nos dice Saint-Martin que cuando nuestra envoltura material que constituye este cuerpo tenebroso sometido al enemigo retorne a la tumba, entonces el alma se elevará hacia el cielo en una luz viva que irradiará por la auténtica claridad del espíritu, prefigurando lo que ocurrirá para el conjunto de la creación material cuando se hunda en la nada: «*Cuando tu cuerpo está embebido de toda su iniquidad te abandona. Vuelve a la tierra, que es la gran piscina; y tu alma purificada se eleva hacia su región original con toda la agilidad de su naturaleza. ¡Qué bello será este espectáculo futuro, en que todas las almas que no hayan sucumbido a la prueba se elevarán así hacia la región de la luz!* ***¿Veis el universo entero hundirse en la nada, y perder a la vez todas sus formas y toda su apariencia?*** *¿Veis todos estos espíritus purificados elevarse en los aires como la llama de un gran incendio y mostrar una claridad deslumbrante, en lugar de todas esas materias que se consumirán y nunca más existirán?*» (*El Hombre de deseo,* § 203).

VII. ES NECESARIO QUE "LA IDEA Y LA PALABRA CARNE Y SANGRE SEAN ABOLIDAS"

De hecho, consideremos, dándole la importancia que se merece, las preciosas luces que nos proporciona el Filósofo Desconocido en relación al sentido de la encarnación del Salvador, lo que Saint-Martin llama «la homificación», es decir, el descenso a este mundo de materia del Hijo de Dios que vino, con gran abnegación, gran «extenuación», a cumplir con lo que el hombre tendría que haber realizado si no se hubiese perdido, a saber, salir del abismo y hacer oír la Palabra Divina: *«La razón de la homificación divina, tanto espiritual como corporal, tanto celeste como terrestre, es pues que Dios había encomendado al hombre la tarea de someter la Tierra, y que, a pesar de nuestra caída, respeta tanto Sus decretos que Se hizo hombre para cumplirlos en nuestro nombre, y dejarnos así la gloria después que ÉL hubiese tenido toda la fatiga y toda la amargura. Además, estando el hombre muerto espiritualmente antes de cumplir su misión, era necesario que el Reparador muriera corporalmente antes de cumplir el curso ordinario de la vida del hombre y esto en una época que simbolizara en todos sus aspectos los diversos grados progresivos de la enfermedad del hombre y de su curación. (…) Pero si el hombre ha conservado algunas nociones sobre las proporciones que debían encontrarse entre los remedios y los males, y no siente su corazón romperse concibiendo cuán grande y espantoso debe ser el abismo en que ha caído para que el gran Nombre divino, o la Palabra eterna que lo sostiene todo, se haya sumergido dentro después de él, no es digno de respirar y menos aún de poner la vista sobre las verdades que le hemos presentado. Porque, ¡qué dolor puede compararse con el dolor de sentir con qué intensidad, aquí abajo, esta palabra se encuentra exiliada»* (*Del espíritu de las cosas*, «*Diferencia de la misión del Reparador con la de Adán*»).

Para llegar a esta meta conviene que el operante, es decir, aquel que se compromete en su camino a subir hacia la región del «elemento puro», donde se encuentra la **Eterna SOPHIA**, suprima en él toda idea de carne y sangre para alcanzar **el Espíritu y la Vida**: «*Sin embargo, sería muy esencial que el operante repitiera sin cesar a los fieles estas palabras del maestro: la carne y la sangre no sirven para nada, mis palabras son espíritu y vida; puesto que ¡cuántos espíritus han matado la letra de otras palabras! Es necesario que tanto en el operante como en nosotros, la idea y las palabras carne y sangre sean abolidas, es decir, hace falta que remontemos, como el reparador, a la región del elemento puro que fue nuestro cuerpo primitivo, que encierra en sí mismo la eterna **SOPHIA**, las dos tinturas, el espíritu y la palabra. Sólo a este precio es como las cosas que pasan en el reino de Dios pueden también ocurrir en nosotros*» (*El Ministerio del Hombre-espíritu*). Para realizar esto ¿qué hay que hacer? La respuesta de Saint-Martin se impone claramente: «*...recordemos la sentencia pronunciada por San Pablo, en I Cr. 15:50: Os digo esto, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, y digamos por la misma razón que el reino de Dios no puede habitar con la carne y la sangre, consecuentemente la carne y la sangre habrán de desaparecer para que las profecías de paz de los Judíos puedan cumplirse*» (*Ecce Homo*, § 6).

Entonces el alma de deseo comprenderá la razón de su necesaria separación definitiva de los tres primeros principios elementales que presidieron la creación de este mundo de materia, con el fin de entrar en la región del Espíritu que no debería haber abandonado nunca: «*Verás por qué las tres Marías se encuentran al pie de su cruz durante su suplicio, como representando los tres principios elementales primeros, de los que el espíritu del hombre que se regenera cree*

estar separado para entrar en la región del espíritu, la única que le es natural, ya que si no la hubiese abandonado en otro tiempo, no habría nacido jamás de mujer» (*El Hombre Nuevo*, § 66).

VIII. "***ERA DE LA CARNE… DE LA QUE VENÍA A LIBERARNOS***"

Es la razón por la que el Divino Reparador (y constatamos así cómo encuentra su lógica este pensamiento dentro de la enseñanza del Filósofo Desconocido, quien solo aspira a conducirnos, a elevarnos, liberándonos de las cadenas de la materia corrompida, hacia nuestro destino espiritual, hacia el **cuerpo glorioso inmaterial**), vino precisamente a este mundo para liberar a los hombres de la carne: «*Tras convertirse en hombre inmaterial por el único acto de la contemplación de su pensamiento en el espejo de la eterna Virgen o SOPHIA, era necesario que se revistiera con el elemento puro, que es este cuerpo glorioso engullido en nuestra materia desde el pecado. Después de revestirse con el elemento puro, hizo falta que se convirtiera en principio de vida corporal, uniéndose con el espíritu del gran mundo o del universo. Después de convertirse en principio de vida corporal, hizo falta que se convirtiera en elemento terrestre, uniéndose con la región elemental; y de allí hizo falta que se hiciera carne en el seno de una virgen terrestre, envolviéndose con la carne procedente de la prevaricación del primer hombre,* ***ya que era de la carne, de los elementos y del espíritu del gran mundo de los que venía a liberarnos***» (*El Ministerio del Hombre-espíritu*).

Entendemos ahora mucho mejor por qué, en última instancia, Saint-Martin nos entrega este mensaje que parece haber destinado a la futura S*ociedad* de sus íntimos, es decir, a los auténticos *Independientes* que habrían comprendido el verdadero secreto del reino del Espíritu: «*Me prepararé a la vez para el sueño y la paz y el despertar del justo, en la alegría y vivacidad del espíritu. Porque, estando la materia muy lejos, por debajo de mí, sus vapores infectos y obscuros no perturbarán el esplendor de mi atmósfera*» (*El Hombre de deseo,* § 70).

Otro documento, si aún fuera necesario, nos proporciona un excelente testimonio de la influencia del pensamiento de Martines sobre Saint-Martin, lo mismo que deja ver la gran fidelidad del Filósofo Desconocido con respecto a su primer maestro en cuanto a la doctrina de la materia y su destino a la disolución final. Este documento no es otro que el texto conocido bajo el nombre de ***El Libro Rojo, Carnet de un joven Élu Cohen***, escrito cuando Saint-Martin estaba aún en contacto directo con el taumaturgo bordelés, aunque deje ver elementos que anuncian con evidencia lo que se convertirá de manera exclusiva, rechazando la teúrgia y sus métodos, en la vía de la iniciación según lo interno.

En este texto, muy interesante, Saint-Martin nos muestra su pensamiento en estado incipiente, dándonos indicaciones muy preciosas, como ésta que puede aplicarse perfectamente a los que no consiguen desengancharse de las formas y concepciones materiales en el plano iniciático: «*Uno siempre comienza por la forma, he aquí por qué hay dos testamentos*» (596), lo cual es una metáfora más que instructiva sobre la distinción entre la carne y el espíritu, entre el tiempo de la ley y el de la gracia.

Pero escribe sobre todo con el fin de mostrar cómo se distinguen radicalmente los dos órdenes, es decir, el carnal y el espiritual: «*Ten siempre presente en mente que tienes un cuerpo que pertenece a la tierra*» (264). Luego, abordando el tema del destino de la **disolución de la materia corporal del hombre** sobre el que volverá una y otra vez, Saint-Martin nos confiesa entonces una información que podemos considerar como una llave real simbólica: «*Si ha habido algo para la incorporización del hombre en la forma, habrá algo para su separación*» (774). ¿Qué puede ser este «algo»?

He aquí la repuesta: «*Por el fuego elemental viene la disolución, porque es por la molestia de este mismo fuego por el que ha llegado la construcción*» (582.), y Saint-Martin nos confiesa entonces cómo comprender la manera en que se cumplirá la disolución del cuerpo terrestre del hombre: «***Viendo quemar su fuego, vemos descender lo terrestre y ascender lo celeste, es la misma cosa en la disolución del hombre***» (595) **[7]**.

La enseñanza de Saint-Martin es afirmada pues con firmeza, como no ha dejado de imponerse en todos sus escritos, haciendo de ello un elemento central de su pensamiento: el cuerpo, nuestro cuerpo de carne y sangre, es una barrera de materia tenebrosa que nos separa de Dios, ya que el cuerpo primitivo, puramente espiritual, era un regalo divino inmaterial y puro, mientras que el que tenemos actualmente, para nuestra expiación y como retribución al crimen de Adán, es fruto de una degeneración impura, producto de un «*fenómeno monstruoso*» como escribió Willermoz, que debe *perecer y borrarse totalmente*.

El cuerpo carnal del hombre, según Saint-Martin, está efectivamente corrompido, y debe, pues, ir inevitablemente hacia la corrupción y la desaparición, con el fin de permitirnos acceder al dominio celeste de la eternidad por el Espíritu, donde se encuentra la vida inmortal e imperecedera, de modo que nos unamos por siempre a la *«morada de la luz»*: «*La primera infancia del hombre es un crecimiento, por ser un regalo divino. La segunda infancia es una degeneración, por ser obra del hombre. Seguid pues el curso del Hombre-espíritu. Pero alguien dice: no podéis hacerlo nacer del alma del hombre, como pretenden los que se apresuran a juzgar, porque solo hay un ser que puede dar la vida inmortal e imperecedera. Otro dice: ¿Queréis hacerlo nacer de Dios, en el momento en que el hombre cumple la ley grosera de su reproducción material? ¿Podríais mancillar a este punto la majestad suprema, haciéndola contribuir incluso con la deshonrosa brutalidad de la materia? (…) La única cosa que* ***nuestra carne humana*** *podría hacer por nosotros, durante nuestra estancia sobre la tierra, sería* ***desvanecerse sucesivamente como un fantasma, como por obra de magia, y devolver a nuestro espíritu, por la misma dulce gradación, su libertad primera, su fuerza y sus virtudes originales. Sigue pues la ley del fuego. Él existía antes del tiempo, se eleva por encima del tiempo. Se eleva en una forma brillante. Sigue la ley del fuego y sube con él hasta la morada de la luz***» (*El Hombre de deseo*, § 97).

CONCLUSIÓN: LA DISOLUCIÓN DE LA MATERIA SERÁ UNA "BENDICIÓN"

Saint-Martin nos deja esta advertencia solemne que convendría meditar largamente: «*Ahora bien, ya que el nacimiento de la materia es la consecuencia de la voluntad mala del ser demoniaco, es aliarse con él y rendirle culto llevar nuestros deseos y nuestros afectos hacia esta materia.* [El hombre debe recordar] *que **su cuerpo y todo lo que es materia desaparecerá algún día y se desvanecerá** como el humo en el aire, mientras que su ser espiritual menor seguirá existiendo eternamente…*» (Saint-Martin, *lección de Lyon n° 86*, 5 de enero de 1776).

Pero es quizás en el *Tratado de las Bendiciones*, publicado a título póstumo, donde Saint-Martin se extendió más sobre lo que supondrá la reintegración de las cosas creadas en el seno del Principio, es decir, la operación de **disolución de la materia** que será, en efecto, una «**bendición**», de modo que podamos participar del «culto eterno del Creador» para presentarle «espiritualmente» y para la eternidad el «cuadro fiel y los frutos gloriosos de las leyes» que nos fueron dadas, de modo que sea restablecida la armonía universal que devolverá todo a «la Unidad» : «***La bendición de la reintegración de la materia es el acto final de su existencia**, acto que, repitiéndose todos los días por la destrucción de los cuerpos particulares, nos anuncia bastante cómo debe operarse para la disolución general, ya que hemos convenido que las leyes son las mismas* (…) *es siempre este verbo eterno y universal: es siempre la palabra del mismo hijo la que debe desatar los mismos lazos de la creación temporal, conocida es esta palabra que los ha atado en su origen, y los sostiene desde que la naturaleza comenzó a existir en apariencia de forma material.* (…) *La palabra del hijo divino es tan necesaria para* operar la disolución de la *materia universal*, *como lo fue para ordenar su producción y ensamblaje; puesto que si así no fuera, haría falta que la misma materia fuera depositaria de su verbo de creación, con el fin de que pudiera, por voluntad propia, acortar o prolongar su existencia…*» (*Tratado de las Bendiciones*).

Después Saint-Martin nos revela el secreto último que explica por qué la materia está llamada, necesariamente, a disolverse y a desaparecer para la eternidad: «***La meta de la disolución de la materia es devolver a todos los seres el libre ejercicio de las leyes de su primera naturaleza, es devolver los seres divinos a la simplicidad de su acción divina, haciendo cesar la separación que están forzados a tener, en la duración del tiempo, entre una acción divina que les es propia y una acción temporal que solo es pasajera; es devolver a los seres espirituales-temporales su propiedad primitiva, la cual es participar del culto eterno del Creador, es decir, presentarle espiritualmente, y sin interrupción, el cuadro fiel y los frutos gloriosos de las leyes que les ha dado** (…) en fin, es para devolver a los esclavos prevaricadores la luz de la que están privados por las potencias tenebrosas de la materia; es para acortar su servidumbre, devolviendo a sus primeros principios de virtud divina a los justos que siguen pagando el tributo a la justicia eterna en la sombra de su reconciliación, preparando para esta misma reconciliación a los impíos sobre los que el número del sufrimiento será más riguroso después de la destrucción de la materia de lo que habrá sido en su duración*; ***en una palabra, es restablecer la armonía universal devolviendo todo a la Unidad***» **[8]**.

NOTAS

[1] Saint-Martin**,** que jamás se sintió cómodo en este mundo, esperaba ser liberado cuanto antes; confesará: *«La esperanza de la muerte es el consuelo de mis días, así que quisiera que no se dijera nunca: la otra vida; porque sólo hay una»* (*Retrato histórico y filosófico*, *1789-1803,* § 109). Sin embargo, si esta esperanza de la muerte fue una tonalidad constante de su ser, no se privó de describir, durante el tiempo de su corto paso por esta tierra, la realidad de la triste situación en la que se hallan los hombres, y en unos términos que incluso superan a menudo las más austeras descripciones del ya riguroso **Blaise Pascal** (1621-1663), genio espiritual ya poco proclive al optimismo beato sobre la suerte de las criaturas, como sabemos, viéndose así a veces superado en el oscuro cuadro que hizo de la realidad material.

[2] Esta página de *El Hombre Nuevo* continúa así: «*La adolescencia y la juventud solo serán un desarrollo sucesivo de todos estos gérmenes. Un régimen físico, casi siempre contrario a la naturaleza, va a seguir imponiendo en contrasentido el principio de su vida. Un régimen moral destructivo de toda moral va a seguir perjudicando aún más a su ser interior y desviándolo de su línea, hasta tal punto que ni siquiera creerá que haya para él una línea a seguir. Su espíritu rechazará doctrinas de todo tipo por sus contradicciones o porque solo le servirán para inducirlo a error. Absorberán su tiempo actividades ilusorias y le ocultarán en todo momento su verdadera ocupación. Es así como en medio de una tempestad perpetua, llega al final de su vida, para acabar de poner el sello definitivo sobre el decreto que lo condenó a venir a este valle de lágrimas, y ve atormentado su cuerpo por los procedimientos de una medicina ignorante, y su espíritu por torpes consejos, mientras que en estos momentos peligrosos este espíritu solo pretende entrar en su vía y quizás sienta en secreto todo el dolor de verse apartado de ella*» (*El Hombre Nuevo*, § 9). Sin duda podemos comparar este pasaje de *El Hombre Nuevo* con un extracto de las *Instrucciones a los hombres de deseo,* texto que aun siendo apócrifo contiene algunas verdades interesantes. Estas *Instrucciones* deben ser tomadas evidentemente con la mayor prudencia. Robert Amadou, durante su publicación, avisaba así a los lectores designándolas como «*semi-ficticias*»: «*La grafía de los dos manuscritos no es de la misma mano. Ni una ni otra designa a Saint-Martin ni* tampoco a *Martines de Pasqually*», así que nos guardaremos de conferirles una autoridad excesiva que no tienen y que además no pretenden. Pero, sea como sea, he aquí lo que escribe el anónimo autor de estas *Instrucciones* que no se queda sin recordar las descripciones sobre la generación de los seres en Saint-Martin: «***El espíritu menor desciende en el cuerpo, o su envoltura, o su prisión, que le acaban de hacer, y comienza ya en este instante a sentir sufrimiento,*** *porque la mayor pena que un espíritu puede sentir es estar limitado en su acción. Consideremos por un momento la situación de este ser. Tiene los dos puños apoyados sobre los ojos; envuelto en el amnios* [El **amnios**, o bolsa amniótica, es la envoltura que se constituye alrededor del embrión y luego del feto], ***sobrenada en un fluido de corrupción,*** *privado del uso de todos sus sentidos espirituales divinos y corporales; recibe el alimento por los abismos de su forma, sometida a una privación tan grande que solo recibe la vida por la de un ser casi tan débil como él; que participa de todas sus penas, sus sufrimientos y sus males. ¡Oh crimen de nuestro primer padre! He aquí el justo castigo que te mereces. La justicia del Eterno sometió a toda la posteridad de Adán a pasar por las mismas vías*» (Cf. *Instrucciones a los hombres deseos*, IX Instrucción, p. 3).

[3] El fruto perverso de la operación de «Adán», según Martines, fue la generación de una forma de materia tenebrosa en la que el menor fue introducido y encerrado como castigo a su crimen. Desde entonces, en lugar de reinar sobre la tierra y dominar sobre ella en tanto que ser espiritual no carnal, vino a residir en este mundo «*como el resto de los animales*», confundido con la siniestra realidad material: «*Si se me preguntase también cómo se realizó el cambio de la forma gloriosa de Adán a una forma de materia y si el Creador dio él mismo a Adán el cuerpo de materia que tomó nada más prevaricar, respondería que apenas Adán hubo cumplido su voluntad criminal, el Creador, por su omnipotencia,* ***transmutó*** *inmediatamente la forma gloriosa del primer hombre en una forma de materia pasiva, semejante a la que procedía de su operación horrible. El Creador transmutó esta forma gloriosa precipitando al hombre a los abismos de la tierra, de donde había salido el fruto de su prevaricación. El hombre vino a continuación a habitar en la tierra como el resto de los animales, mientras que antes de su crimen reinaba sobre esta misma tierra como Hombre-dios y sin ser confundido con ella ni con sus habitantes*» (*Tratado*, 24). Lo que más subraya Martines, volveremos a ello más ampliamente en un próximo texto que tratará sobre lo que es verdaderamente la **doctrina de la reintegración** en el pensamiento del fundador de los Élus Cohen, es que el pecado original conllevó una «**degeneración**» del cuerpo de gloria y del alma de

Adán, «degeneración» que este último transmite a toda su posteridad por sus obras carnales corporales, hasta el final de los tiempos, cuando la materia será destruida, «*hasta que se haya disipado por completo haciendo que cualquier cosa temporal llegue a su fin*» (*Tratado,* 274): «*Lo que acabo de decirle sobre la prevaricación de Adán y sobre el fruto que sobrevino de ella le demuestra muy claramente qué es nuestra naturaleza corporal y espiritual, y* ***cómo han degenerado, tanto la una como la otra****, ya que el alma se ha sometido al sufrimiento de la privación y la forma se ha vuelto pasiva, de impasiva que hubiese sido si Adán hubiese unido su voluntad a la del Creador. Es ahí donde puedes reconocer sensiblemente lo que llamamos espiritualmente decreto pronunciado por el Eterno contra la posteridad de Adán, hasta el final de los siglos, y que llaman vulgarmente pecado original*» (*Tratado*, 45).

[4] Descubrimos, en perfecta continuidad con Martines, bajo la pluma de Willermoz en las ***Lecciones de Lyon***, donde la cuestión del estatuto de la materia y del cuerpo del hombre actual fue objeto de numerosos comentarios, unas líneas que son un perfecto resumen del pensamiento martinesista: «***El cuerpo material* [del hombre]*, en el que está envuelto, es completamente contrario a su naturaleza primera. He aquí por qué el espíritu que está encerrado tiende siempre a deshacerse de él y desea con ardor ver romperse sus lazos.*** *(…) El Creador es un ser demasiado puro para poder comunicarse directamente con un ser impuro tal y como lo es el hombre en este cuerpo de materia del que está revestido por su castigo (...) es necesario que comience por purificar su forma corporal para poder comenzar aquí abajo su reconciliación*». Y, como si este juicio que aplica sobre la corrupción de la carne del hombre no bastara, Willermoz nos muestra luego, siempre en la misma lección 6 del 24 de enero de 1774, la oscuridad del espíritu vendido a las fuerzas maléficas: «el *hombre emanado en un estado de gloria y pureza para operar los decretos del Eterno en la creación universal, lejos de actuar según las leyes, preceptos y mandamientos que había recibido, orgulloso por el poder que acababa de poner en marcha bajo la mirada del mismo Creador, recibió en este estado la insinuación del intelecto malvado bajo la cual abandonó su propia voluntad buena y actuó según su consejo demoniaco». ¿*De qué manera el hombre será castigado por este acto culpable? Escuchemos una vez más a Willermoz para saberlo*: «(...) El hombre fue castigado por su crimen de una manera conforme a la naturaleza misma de su crimen,* ***se encontró encerrado en una prisión de esta misma materia que él debía contener y se sometió por ello a la acción sensible de estos espíritus perversos sobre sus sentidos corporales procedentes de esta misma materia que había sido creada para mantenerlos en privación... (...) Adán, caído de su estado de gloria y sepultado en un cuerpo de materia tenebrosa, sintió pronto su privación. Su crimen seguía estando ante sus ojos...*** » (Willermoz, *lección n° 6*, 24 de enero de 1774). Podríamos hacer una comparación entre los textos de Willermoz y los de Saint-Martin en las *Lecciones de Lyon*, mostrando su común desconfianza con respecto a la realidad material corporal: «*Todos los hombres están en la misma situación.* ***La carga que les somete es la materia, este ser inferior compuesto al que su espíritu está ligado desde su nacimiento corporal hasta la disolución de sus cuerpos. Hace falta la potencia de este mismo SER que les ha impuesto esta carga para ayudarles a llevarla y para liberarles de ella y restablecerles en su simplicidad de naturaleza de ser espiritual divino***» (Saint-Martin, *lección n° 89*, 14 de febrero de 1776). Queda constatado, las *Lecciones de Lyon* adoptarán también la misma posición doctrinal que Martines con respecto al compuesto material, y verán en el cuerpo actual del hombre el tributo de sus culpables industrias, viendo en los elementos de la realidad material los signos patentes de una degradación vergonzosa, un «*fenómeno monstruoso*» por el que el hombre fue golpeado, algo a lo que hacen referencia los numerosos pasajes de los rituales del Régimen Escocés Rectificado, desde el grado de Aprendiz hasta el de Caballero Bienhechor de la Ciudad Santa, expresando un pensamiento que atraviesa todo el sistema fundado por Willermoz. Nos permitirán señalar rápidamente, una vez más, puesto que el tema es de suma importancia, que es esta misma doctrina, absolutamente parecida, la que culmina el Régimen rectificado formando la parte más esencial de su enseñanza: «***La unión de un ser inteligente con un cuerpo material, que siguió a la prevaricación del hombre, fue un fenómeno monstruoso*** *para todos los seres espirituales. Les manifestó la oposición extrema que había entre la voluntad del hombre y la ley divina. En efecto, la inteligencia concibe sin pena la unión de un ser espiritual y pensante con una forma gloriosa impasiva, tal y como era la del hombre antes de la caída; pero no puede concebir la unión de un ser intelectual e inmortal con un cuerpo de materia sujeto a la corrupción y a la muerte.* ***Este ensamblaje inconcebible de dos naturalezas tan opuestas es sin embargo hoy el triste atributo del hombre.*** *Por una, hace brillar la grandeza y la nobleza de su origen; por la otra, queda reducido a la condición de los más viles animales y es esclavo de las sensaciones y de las necesidades físicas*. *(…) He aquí, mi Querido hermano, por qué el ser inteligente que constituye el hombre es espiritual e inmortal, y por qué* ***los cuerpos, la materia, los***

***animales, el hombre mismo como animal, y todo el universo creado solo pueden tener una duración temporal momentánea. Así pues, todos estos seres materiales, o dotados con un alma pasiva, morirán y se desvanecerán totalmente**, siendo sólo productos de acciones secundarios, en las que el Príncipe único de toda acción viviente solo cooperó por su voluntad que ordenó los actos*» (*Instrucción secreta de los caballeros Profesos*, manuscrito 5475, doc. 2, de la Biblioteca Municipal de Lyon).

[5] La insistencia en el mundo material como lugar de corrupción, de la dominación demoniaca, de la que Saint-Martin hizo uno de sus temas mayores, viene evidentemente de Martines de Pasqually, pero está igualmente muy presente en la Escritura, donde el Divino Reparador señala en varias ocasiones su alejamiento del mundo, hasta el punto mismo de indicar que su Reino no estaba en esta tierra sino en el cielo: *"Jesús respondió. Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mis servidores habrían combatido para que yo no fuese entregado a los Judíos; pero mi Reino no es de aquí"* (Juan 18:36).

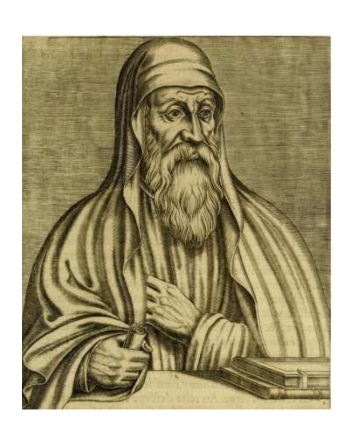
[6] Martines emplea el término «**reintegración**» en el sentido de un retorno al principio, efectuándose por una «desaparición» de las formas carnales, una **disolución de la materia** de la que no quedará ningún vestigio, como si no hubiese tenido realidad alguna: «*Sin embargo, a pesar de todo el beneficio que debías sacar de las leyes impresas en estas tablas sagradas, tu prevaricación me obligó a romperlas en tu presencia y no queda ante ti más vestigio de ellas de lo que quedará de la creación universal cuando se reintegre en su primer principio de emanación*» (*Tratado*, 220). Que esta acepción del término «reintegración», en tanto que disolución definitiva del compuesto material, sea una completa disolución de la forma carnal «*tan prontamente reintegrada como engendrada por el espíritu*» (*Tratado*, 47), nos lo confirma el uso que le darán los participantes de las *Lecciones de Lyon* que fueron los más cercanos discípulos del Gran Soberano, y que utilizarán el término dándole un sentido idéntico al del *Tratado*, comparando la destrucción de los cuerpos por el fuego con la reintegración universal de todas las formas materiales: «*Abel, concebido castamente, fue el justo elegido para operar la reconciliación de Adán, pero esta reconciliación solo pudo ser temporal y particular. Le correspondía al Cristo hacerla espiritual y universal. **La efusión de la sangre de las víctimas y la destrucción de sus cuerpos por el fuego anunciaban la reintegración necesaria y continua de todas las formas***» (SM, *lección n° 6*, 24 de enero de 1774). Este ejemplo podría ser seguido por unas decenas más: *«Igual que, entre los seres materiales, un germen solo puede tener vegetación después de su putrefacción, es decir, cuando las virtudes terrestres, habiendo destruido su envoltura hayan penetrado hasta él para accionarlo y hacerlo producir a su vez las virtudes y facultades que están en él, así también el hombre solo puede perfectamente volver a adquirir las virtudes y potencias de su alma después de que las virtudes divinas hayan operado la reintegración de su forma corporal y accionado su ser espiritual*» (SM, *lección n° 81*, 29 de noviembre de 1775). Saint-Martin explica además, mostrando que la idea de «reintegración» significa la desaparición de la materia y de todas las formas y no ninguna «espiritualización de la carne» : «***[El hombre debe recordar] que su cuerpo y todo lo que es materia desaparecerán algún día y se desvanecerán como humo en el aire, mientras que su ser espiritual menor seguirá existiendo eternamente….*** » (SM, *lección n° 86*, 5 de enero de 1776).

[7] *Carnet de un joven Élu Cohen*, BM de Lyon, Fondos Willermoz, MS 5.476 (34), publicado por Robert Amadou, revista *Atlantis*, n° 245, marzo-abril de 1968, pp. 268-282.

[8] *Tratado de las Bendiciones*, en *Obras póstumas*, Tours, Letourmy, 1807.



DE LOS CUERPOS ESPIRITUALES O CELESTES



Orígenes de Alejandría (185-254)

"Un gran autor, un gran hombre y uno de los más sublimes teólogos que haya ilustrado a la Iglesia...",
según Joseph de Maistre
(Aclaraciones sobre los sacrificios, capítulo III)

EXTRACTOS

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE
(Contra Celso V. 18s.)

Ni nosotros ni las divinas escrituras decimos que los que murieron de antiguo al resucitar de la tierra vivirán con la misma carne que tenían sin sufrir cambio alguno en mejor... Porque hemos oído muchas escrituras que hablan de la resurrección de una manera digna de Dios. Por el momento basta aducir las palabras de Pablo en su primera a los Corintios (15, 35ss): "Dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Y con qué género de cuerpo se presentarán? Insensato: lo que tú siembras no brota a la vida si no muere. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de ser, sino un simple grano, por ejemplo, de trigo o de alguna otra semilla. Pero Dios le da un cuerpo como quiere, y a cada una de las semillas su cuerpo correspondiente". Fíjate, pues, cómo en estas palabras dice que **no se siembra "el cuerpo que ha de ser", sino que de lo que es sembrado y arrojado como grano desnudo en la tierra da Dios "a cada una de las semillas su cuerpo correspondiente"**; **algo así sucede con la resurrección**. Pues de la semilla que se arroja surge a veces una espiga, y a veces un árbol como la mostaza, o un árbol todavía mayor en el caso del olivo de hueso o de los frutales.

Así pues, **Dios da a cada uno un cuerpo según lo que ha determinado**: así sucede con lo que se siembra, y también con lo que viene a ser una especie de siembra, la muerte: en el tiempo conveniente, **de lo que se ha sembrado volverá a tomar cada uno el cuerpo que Dios le ha designado según sus méritos**. Oímos también que la Biblia nos enseña en muchos pasajes que hay una diferencia entre lo que viene a ser como semilla que se siembra y lo que viene a ser como lo que nace de ella. Dice: "**Se siembra en corrupción, surge en incorrupción; se siembra en deshonor, surge con gloria; se siembra en debilidad, surge con fuerza; se siembra un cuerpo natural, surge un cuerpo espiritual**" (1 Cor 15, 42). El que pueda que procure todavía entender lo que quiso decir el que dijo: "**Cual terrestres, así son los hombres terrestres, y cual**

celestes, así son los hombres celestes. Y de la misma manera en que llevamos la imagen del terrestre, así llevamos la imagen del celeste" (I Cor 15, 48). Y aunque el Apóstol quiere ocultar en este punto los aspectos misteriosos que no serían oportunos para los más simples y para los oídos de la masa de los que son inducidos a una vida mejor por la simple fe, sin embargo, para que no interpretáramos mal sus palabras, después de "llevaremos la imagen celeste" se vio obligado a decir: "**Os digo esto, hermanos, que ni la carne ni la sangre pueden heredar el reino de los cielos, ni la corrupción hereda la incorrupción**". Luego, puesto que tenía conciencia de que hay algo de inefable y misterioso en este punto, y como convenía a uno que dejaba a la posteridad por escrito lo que él sentía, añade: "**Mirad que os hablo de un misterio**". Ordinariamente esto se dice de las doctrinas más profundas y más místicas y que con razón se mantienen ocultas al vulgo...

No es de gusanos, pues, nuestra esperanza, **ni anhela nuestra alma un cuerpo que se ha corrompido**; sino que **el alma, si bien necesita de un cuerpo para moverse en el espacio local, cuando está instruida en la sabiduría** -según aquello: "La boca del justo practicará la sabiduría" (Sal 36, 30)- **conoce la diferencia entre la habitación terrestre que se corrompe, en la que está el tabernáculo, y el mismo tabernáculo, en el cual los que son justos gimen afligidos porque no quieren ser despojados del tabernáculo, sino que quieren revestirse con el tabernáculo, para que al revestirse así "lo que es mortal sea tragado por la vida"** (Cf. 2 Cor 5, 1).

La resurrección de la carne y el poder de Dios sobre la naturaleza
(Contra Celso V. 23)

Nosotros **no decimos que el cuerpo que se ha corrompido retorne a su naturaleza originaria**, como tampoco el grano de trigo que se ha corrompido vuelve a ser aquel grano de trigo (Cf. 1 Cor 15, 37). Decimos que así como del grano de trigo surge la espiga, así **hay cierto principio incorruptible en el cuerpo, del cual surge el cuerpo "en incorrupción"** (1 Cor 15, 42). Son los estoicos los que dicen que el cuerpo que se ha corrompido enteramente vuelve a recobrar su naturaleza originaria, pues admiten la doctrina de que hay períodos idénticos. Fundados en lo que ellos creen una necesidad lógica, dicen que todo se recompondrá de nuevo según la misma composición primera de la que se originó la disolución. **Pero nosotros no nos refugiamos en un argumento tan poco asequible como el de que todo es posible para Dios, pues tenemos conciencia de que no comprendemos la palabra «todo» aplicada a cosas inexistentes o inconcebibles.** En cambio decimos que Dios no puede hacer cosa mala, pues el dios que pudiera hacerla no sería Dios. "Si Dios hace algo malo, no es Dios" (Euríp. fr. 292 Nauck).

Cuando afirma Celso que Dios no quiere lo que es contra la naturaleza, hay que hacer una distinción en lo que dice. Si para uno lo que es contra la naturaleza equivale al mal, también **nosotros decimos que Dios no quiere lo que es contra la naturaleza, como no quiere lo que proviene del mal o del absurdo**. Pero si se refiere a lo que se hace según la inteligencia y la voluntad de Dios, se sigue necesaria e inmediatamente que esto no será contra la naturaleza, ya que **no puede ser contra la naturaleza lo que hace Dios, aunque sean cosas extraordinarias o que parecen serlo a algunos**.

Si nos fuerzan a usar estos términos, diremos que con respecto a lo que comúnmente se considera naturaleza, **Dios puede a veces hacer cosas que están por encima de tal naturaleza, levantando al hombre sobre la naturaleza humana, y transmutándolo en una naturaleza superior y más divina**, y conservándolo en ella todo el tiempo en que el que es así conservado manifiesta por sus acciones que quiere seguir en esta condición.

CUERPOS TRANSFIGURADOS Y ETÉREOS
(Comentarios al Ev. de Mateo)

"…los que son juzgados dignos de la resurrección de los muertos devienen como ángeles en el cielo (no solamente por la ausencia de actividad sexual), también porque **los cuerpos de humillación transfigurados devienen semejantes a los cuerpos de los ángeles, etéreos, una luz centelleante** (*augoeidès*)".

∴

SOBRE LA ESCATOLOGÍA DE ORÍGENES:

Orígenes parte de un hecho: los elementos materiales del cuerpo se renuevan sin cesar. Nadie puede por tanto asegurar la identidad del cuerpo consigo mismo, ni su permanencia, incluso en la vida actual, y con mayor razón en la del más allá. Los cuerpos están sometidos a un devenir. La unidad del cuerpo terrestre y de los cuerpos gloriosos es del orden de la *sustancia* (=*ousía*). Orígenes adopta aquí la concepción estoica de *ousía* que puede recibir todas las formas posibles, sin comprometerse con ninguna: "aquí abajo" "la substancia humana" de los individuos se siente afectada por cualidades terrestres, "allá arriba" por cualidades celestes, adaptadas al mundo nuevo. La unidad también depende en términos estoicos de un *Logos espermático* o razón seminal, que está presente en el cuerpo terrestre y que germinará para dar lugar al cuerpo glorioso.

Todo cuerpo sustentado por la *naturaleza* que le incorpora elementos foráneos, a manera de alimentos, y que evacua otros en intercambio de lo que le entra, no tiene nunca el mismo *substrato* (=*hypokeimenon*), no permanece el mismo ni por dos días; por eso el cuerpo puede denominarse *río*. Y sin embargo, Pedro o Pablo, siguen siendo los mismos, manteniendo una identidad que no es la del alma, cuya esencia no se diluye, ni sufre la introducción de elementos externos: permanece el mismo, incluso siendo naturaleza de cuerpo fluente; porque la *forma* que caracteriza al cuerpo es la misma. Esta ***forma corporal*** la revestirá el alma de nuevo en la resurrección, mejorada, pero no en absoluto el ***substrato***, que se le había sido concedido al comienzo. Como la forma del bebé subsiste en el anciano, incluso si los caracteres parece que han sufrido enormes cambios. **El santo tendrá un cuerpo, mantenido ahora en estado de resurrección, según le imponía entonces la forma a la carne; pero ya no habrá más carne**. Los caracteres que estaban impresos en la carne, lo serán en el cuerpo espiritual. La cuestión fundamental no es aquí el misterio de la identidad del cuerpo terrestre con el resucitado, pues esto sólo es una consecuencia, sino lo que asegura la permanencia del cuerpo terrestre, a pesar del flujo constante de elementos materiales.

En el *tratado de la Oración* Orígenes distingue las dos *esencias*: **una sustancia espiritual que queda inconmovible y la otra corporal, accesible a cualquier cualidad pero sin compromiso con ninguna**. Esta segunda *ousía* (=esencia) le permite explicar en muchos textos la permanencia del cuerpo actual en el resucitado (*Orac 27,8 ; PArj 3,6,7.*).

Es la **silueta** (=*eidos*) **corporal**, mortal por naturaleza, pero que recibirá de Cristo una nueva vida, es análogo a la *idea* platónica y la *forma* aristotélica; pero mantiene con respecto a ambas una cierta distancia. Es por tanto el principio de unidad, de desarrollo, de existencia y de personalización del cuerpo: **se manifiesta por fuera mediante rasgos que caracterizan al personaje, pero no se confunde con la apariencia exterior cambiante, que corresponde a lo que es una vestimenta** (=*sjêma*). **El cambio de la cualidad terrestre en cualidad etérea (celeste), al menos después de la Ascensión, no extorsiona en nada la identidad de *la silueta*** (el *eidos*).

Por tanto, en la **resurrección espiritual** los cuerpos terrenos de los bienaventurados devienen etéreos: la ***silueta*** permanece la misma pero cambia la "cualidad", que de terrenal deviene celestial. **Los cuerpos gloriosos son calificados, pues, de "centelleantes" (*augoeidè*) y etéreos**.

LA DOCTRINA DE ORÍGENES EN RELACIÓN A MARTINES[16]

Un solo Padre, Orígenes, que nació en Alejandría en 185, altamente loado a su muerte por su piedad, su casta pureza y su fervor por san Pánfilo y san Gregorio Taumaturgo, y a pesar de que sus tesis fueron luego severamente condenadas en el concilio de Constantinopla en 523, parece defender, en numerosos puntos y diversos aspectos, posiciones próximas a Martines. Es en su *Peri Archon*, donde sostendrá, como hizo Martines en su *Tratado sobre la reintegración*, que la Creación no surge de una libre decisión, sino que fue el resultado, la consecuencia de una revolución negativa sobrevenida en el mundo divino. Para Orígenes, «*la materialidad es una consecuencia de la Caída. Todos los seres materiales son sustancias intelectuales caídas. Las criaturas intelectuales permanecieron en una morada divina, antes de caer en los lugares inferiores, y convertirse, de invisibles que ellas eran, en visibles. Desde que hubieron caído, tuvieron necesidad de cuerpo. Es por lo que Dios hizo los cuerpos, y creó este mundo material y visible. La materialización es una consecuencia de la caída, pero, en Orígenes, es Dios quien crea la materia a causa de la caída*» (C. Tresmontant, *op. cit.*, pág. 421). Analizando el texto de los Evangelios, Orígenes pone a la luz el sentido de la fórmula utilizada por los sinópticos cuando evocan la «fundación del mundo» (Mateo 13:25, 25:34; Lucas 11:50; Juan 17:24), fórmula tomada luego por san Pablo en sus *Epístolas*, y que hace referencia a una noción de descenso, de evidente degradación. Los escritores sagrados emplearon en efecto el término *katabolé,* proveniente del verbo *kattaballô*, es decir, la acción de «echar de arriba a abajo» para hablar de la creación del mundo material, y Orígenes considerará que esto no provenía de un contrasentido por su parte, sino de una clara voluntad de indicarnos el carácter descendente del acto creador, mientas que hubiera sido posible y normal, en parecida circunstancia, utilizar el término *ktisis*, que significa positivamente la Creación en sentido pleno y original.

[16] Este apartado se ha extractado del Apéndice I del libro "Las enseñanzas secretas del Martinismo" de Jean-Marc Vivenza, Ed. Manakel, Madrid 2010.

Para Orígenes, pues, la Creación es la manifestación concreta de un descenso de arriba en dirección abajo, una caída, un movimiento significativo «*de superioribus ad inferiora descendum*» (*De Princip.*, III, 5, 4, K). Orígenes desarrollará, en numerosas páginas su visión y no dudará en sostener, con expresiones que prefiguran extrañamente las tesis Martinesianas: «*Las almas, a causa del excesivo decaimiento de su inteligencia, han sido encerradas en estos cuerpos espesos y compactos: es por ellas que en lo sucesivo ha sido necesario que este mundo visible fuera creado*» (*Ibid.*).

Las almas culpables se han materializado y han recibido un cuerpo carnal para someterlas a una justa sanción que su acción culpable les había merecido; tal es la tesis de Orígenes conocida bajo la denominación de ensomatosis, describiendo el descenso a los cuerpos de entidades espirituales, entidades que vienen a este mundo a cumplir una purificación redentora. A este respecto, Orígenes establecerá una etimología singular entre alma (*psuchê*) y frío (*psuchros*), para significar el hecho de que las almas son entidades, inteligencias «enfriadas» que vienen a este mundo a expiar, estando revestidas de cuerpos materiales, sus pecados. Justiniano relatará por otra parte, en una carta destinada a los Padres que se reunían en el Concilio de Constantinopla, la doctrina profesada por los monjes origenistas parecida en todos sus puntos a las tesis del *Peri Archôn*: «*Las entidades racionales se han enfriado (se han alejado) de la caridad divina, de donde su nombre de almas; es a causa de un castigo que han sido revestidas de cuerpos más espesos, los nuestros, y han sido llamadas hombres. Aquellas que han llegado al colmo del mal han revestido cuerpos fríos y oscuros, son y se nombran demonios y espíritus del mal. Es pues en virtud de un castigo y una pena por los pecados cometidos en una existencia anterior que el alma ha recibido un cuerpo*» (*Carta de Justiniano al Concilio, y Anatema IV del concilio de Constantinopla,* K., p. CXXII).

Por otra parte Orígenes apoyará su tesis de una Caída en la materia, en cuerpos groseros y animales, como respondiendo a una falta anterior, fundamentándose en el relato, verdaderamente sobrecogedor del tercer capítulo del libro del Génesis, donde es dicho, después del episodio del pecado original: «*Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió*» (Génesis 3:21). Método confirmará que la posición de Orígenes es claramente la expresada en sus obras, y dará testimonio de esta identidad en estos términos: «*Orígenes imaginaba una preexistencia mítica de nuestras almas. Adán y Eva, según él, eran intelectos desnudos antes de revestir las túnicas de piel; eran absolutamente incorruptibles, inmortales, exentos de necesidades naturales tales como comer, beber o dormir*» (*De Resurr.*). Como podemos ver, el cuerpo material es para Orígenes una vestimenta espesa y degradada, una marca concreta de la Caída y no dudará, para sostener su tesis, en apelar a ciertos pasajes de las Escrituras que venían a corroborar su visión, en particular estos extractos de los Salmos: «*Antes de ser humillado, me descarriaba*» (Sal 118:67); «*Vuelve, oh alma mía, a tu reposo*» (Sal 104:7); «*¡Saca mi alma de la cárcel!*» (Sal 142:8). El pensamiento de Orígenes, expuesto sin rodeos, es la expresión de una doctrina que podemos resumir así: «*La desgracia para el alma es haber descendido, es la ensomatosis, la caída en el cuerpo material. La salvación para el alma es la de volver allí de donde viene. Esquema común al neoplatonismo, a la gnosis, al orfismo y a la teosofía bramánica. Es este esquema el que adopta Orígenes*» (C. Tresmontant, *op. cit.*, pág. 431). Lo que resulta muy chocante, de toda manera, y digno de observación es que como Martines, Orígenes piensa en el fin de los tiempos como una cesación del universo material, una suerte de

«desmaterialización» poniendo término al compuesto grosero, disolviendo los elementos carnales: «*Las almas abandonan los cuerpos que habían asumido, con los que ellas estaban revestidas. El estado final será pues incorpóreo. Toda la naturaleza material, corporal, será abolida. La creación por completo será liberada de la servidumbre de la materia*» (*De Princ.*, II, 3, K).

Después de este examen, resulta evidente que la doctrina de Martines, si presenta serias dificultades respecto a las enseñanzas del Magisterio, y en particular cuando se trata de la cuestión del estatuto ontológico de la materia y del carácter gratuito de la Creación, dificultades que no conviene negar so pena de esconder la verdad y faltar al deber de honestidad intelectual, surge sin embargo de un muy estrecho parentesco con el origenismo, y puede incluso ser contemplada, si se quiere pensar en ello, como una de sus formulaciones, desde el siglo XVIII, de las más fieles y conseguidas.

Es por lo que, a nuestro parecer, los discípulos contemporáneos de Martines, próximos o alejados, harían bien en sumergirse en la atenta lectura de Orígenes, y estudiar y meditar seriamente las tesis de este gran hombre de la Iglesia, que llegó, con una rara profundidad y excepcional ciencia, como pocos hayan hecho antes que él, a los soberanos misterios de la Revelación para hacer surgir de ella los inmensos tesoros espirituales de los que es portadora, tesoros muy necesarios a los hombres que luchan duramente a lo largo de su penosa existencia en el seno de las circunferencias materiales, en esta región de las «diferencias» por tomar una expresión de san Bernardo, es decir «*la región que designa la naturaleza caída que ha perdido su "semejanza" como consecuencia del pecado original*» (Canto LXXXII, 5), a fin de que alcancen, por la santa gracia del Reparador, a sustraerse de las determinaciones que recibieron en consecuencia del pecado, y puedan al fin participar, en su eternidad futura, de una comunión reencontrada y tan esperada con la Divinidad.



MARTINES DE PASQUALLY
Y LA
DOCTRINA DE LA REINTEGRACIÓN

Creación necesaria,
transmutación del menor emanado
y aniquilación de la materia
al retomar los seres su estado original primitivo y poder espiritual divino

Jean-Marc Vivenza

"Sin la prevaricación,
no hubiese habido creación material temporal,
ni terrestre ni celeste (...)
Llegarás a conocer la necesidad de toda cosa creada,
y la de todo ser emanado y emancipado"
(Tratado, 224)*

Como introducción a esta tercera parte de nuestro análisis sobre la teoría de la materia en los maestros del siglo XVIII, tenemos el placer de recordar y reafirmar que: toda la doctrina Martinista se origina en Martinez Pasqually (+1774), que es, en muchos aspectos, el padre fundador indiscutido, el primer profeta, el sorprendente inspirador iluminado, el anunciador excepcional y extraordinario revelador, ya que su pensamiento es la base de los escritos y la enseñanza de Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803), e inspira la construcción del sistema masónico conocido como Régimen Escocés Rectificado que realizó Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824) en el *Convento de las Galias* en 1778 y el *Convento de Wilhelmsbad* en 1782.

Por lo tanto, en cierta medida todas las almas de deseo hoy están profundamente en deuda con el trabajo realizado por Martines, lo cual merece un gran respeto hacia su persona (sean cuales sean sus debilidades y aunque estas fuesen numerosas), así como un reconocimiento devoto y una justa adhesión a su doctrina. Ciertamente, no nos escondemos, y no tenemos ninguna duda en enfatizar la continuidad de los análisis del Filósofo Desconocido, así como nuestra distancia crítica con los métodos y prácticas teúrgicas del *culto primitivo* a fin de pretender lograr "*la reconciliación del hombre y del universo*", juzgando como muy problemáticas las fuentes y las formas de esta teúrgia inútil y peligrosa, en tanto que lo interno, desde la llegada del Divino Reparador, es una vía mucho más directa, segura y santa, ofrecida por "pura gracia" para el hombre, para que llegue a lo invisible y entre en el corazón de Dios que es el único santuario donde celebramos nuestro culto.

Pero esta distancia marcada y expresada en contra de los métodos propuestos a los seguidores de la Orden de los Élus Cohen por el teúrgo bordelés no cambia en nada nuestra entera adhesión en relación al pensamiento del autor del *Tratado de la reintegración,* que es y sigue siendo, en nuestra opinión, un elemento fundamental en la teoría para aquellos que

* *Tratado de la reintegración de los seres* de Martines de Pasqually. Edición con introducción y subtítulos de Robert Amadou, *Diffusion Rossicrucienne*, 2002.

desean avanzar hacia la luz, pensamiento que creemos pues esencial, a ejemplo de Willermoz y Saint-Martin (que simplemente lo tamizan descartando los dos puntos críticos que incluía **[1]**), trabajar, profundizar y estudiar con verdadera atención, ya que representa un verdadero tesoro espiritual que nos ha sido legado providencialmente, mostrando claramente en varios puntos importantes diferencias significativas con las posiciones dogmáticas de la Iglesia, lo cual se debe reconocer y asumir por nuestros sentidos y no tratar de corregir mediante la transformación el legado de la Historia, so pena de alejarse por completo, no sólo de la autenticidad doctrinal martinesista, sino también de la enseñanza willermoziana y sanmartiniana que es su extensión. El reto es por tanto muy importante.

I. LA EMANACIÓN Y LA REBELIÓN DE LOS ESPÍRITUS SEGÚN MARTINES DE PASQUALLY

Debemos comenzar por reafirmar que Martines es en primer lugar y ante todo una doctrina con muchos aspectos sorprendentes, con coherencia, y que propone sobre muchos aspectos oscuros de la historia del mundo una iluminación básica, ofreciendo, a quien se toma la molestia de contemplarla por unos momentos, participar de la inteligencia de las causas primeras y de la comprensión de las verdades que le eran desconocidas hasta ahora. Y lo que es sorprendente es que esta doctrina que vehicula las tesis judaicas, platónicas y origenistas, parece surgir de repente y aparece ante la escena iniciática del siglo XVIII sin que sea posible, al menos por el momento, identificar el itinerario exacto de su transmisión a través de los siglos. De todos modos, y por lo que respecta al examen de las fuentes, remitimos a nuestro libro *Los Élus Cohen y el Régimen Escocés Rectificado* (Ediciones *Le Mercure Dauphinois*, 2010, Grenoble - Francia)

Esta doctrina, después de la muerte de Martines en septiembre de 1774, se convirtió en la de Willermoz y Saint-Martin, quienes, a pesar de la corrección sobre el aspecto trinitario y cristológico, la conservarán íntegramente en su pureza en todo lo relacionado con las cuestiones fundamentales relativas a la emanación de los espíritus celestiales, la rebelión de los ángeles, la caída de Adán, la reconciliación del hombre, la venida del Mesías y la reintegración de los seres en su primera propiedad, virtud y poder espiritual divino.

Y estas cuestiones surgen desde las primeras palabras del Tratado, cuando Martines nos dice que "*Dios emana seres espirituales, para su propia gloria, en su inmensidad divina*" (Tratado, 1), desplegando de inmediato, ante la sorprendida mirada de los lectores, toda la historia de la evolución de esta emanación primordial, primer acto que abre el libro del devenir dialéctico y religioso de los mundos visibles e invisibles (supraceleste, celeste y terrestre). Sin embargo, y lo que es realmente extraordinario, es cómo Martines presenta los acontecimientos que se suceden desde la emanación inicial, ya que los primeros espíritus angélicos se rebelaron (Tratado, 4 y 5), siendo expulsados "*de su morada espiritual por haber producido en ella una disensión horrible*" (Tratado, 224).

Los espíritus rebeldes (y tocamos aquí el tema central de Martines que, apareciendo muy pronto en su *Tratado*, va a condicionar toda su doctrina) fueron aprisionados en la materia, porque tuvieron que responder y hacer frente a una situación inaceptable de rebelión, y especialmente evitar que la infección se propagase a causa de la prevaricación que acababa de

ocurrir, provocando una desorganización general terrible. Dios ordena que los espíritus malignos, es decir, los demonios y su líder, sean "*precipitados en lugares de tinieblas, por una duración inmensa de tiempo*" (Tratado, 15), y por este hecho ordena a los espíritus menores ternarios proceder a la creación del universo material que se convierte en este "*lugar tenebroso*", una prisión, una barrera infranqueable, un límite herméticamente sellado para "*contener y someter a los malos espíritus en un estado de privación*", para que las fuerzas negativas hostiles se mantengan firmemente alejadas y constreñidas en dominios extraños: "*Apenas los espíritus malignos fueron expulsados de la presencia del Creador, los espíritus inferiores y menores ternarios recibieron la facultad de operar la ley innata en ellos de producción de esencias espirituosas, para contener a los prevaricadores en límites tenebrosos de privación divina*" (Tratado, 233).

II. EL CARÁCTER "NECESARIO" DE LA CREACIÓN PARA MARTINES

La creación del universo material se impuso así en Dios para encerrar en ella a los espíritus rebeldes, por lo que fueron contenidos y aprisionados en una cárcel como lugar de privación. Vemos pues inmediatamente la gran diferencia con la fe oficial de la Iglesia que rechaza enérgicamente en el aspecto dogmático tal visión (razón por la cual el origenismo, que postulaba tesis similares, fue condenado en el Concilio de Constantinopla II en el 553), insistiendo siempre sobre los beneficios de la Creación material como testimonio del amor de Dios por el mundo y sus criaturas, Iglesia que sólo puede rechazar con fuerza la idea de una creación de la materia motivada por la necesidad de aprisionar en ella a los demonios.

Sin embargo, los numerosos pasajes que describen esta Creación como "necesaria" son, obviamente, muy claros y precisos en Martines, quien no duda en expresar su visión en varios lugares del *Tratado de la reintegración*, como en el "Gran discurso de Moisés", donde escribe: *"Sin la prevaricación, no hubiese habido creación material temporal, ni terrestre ni celeste (...) Llegarás a conocer la necesidad de toda cosa creada, y la de todo ser emanado y emancipado"* (Tratado, 224), y luego más adelante: "*Sin esta primera prevaricación, no se hubiese producido ningún cambio en la creación espiritual y no hubiese habido ninguna emancipación de espíritus fuera de la inmensidad, no hubiese habido ninguna creación de límite divino, tanto supraceleste como celeste o terrestre, ni ningún espíritu enviado para entrar en acción en las diferentes partes de la creación. No puedes dudar de todo esto, ya que los espíritus menores ternarios nunca habrían dejado el lugar que ocupaban en la inmensidad divina para operar la formación de un universo material*" (Tratado, 237); o aún más explícito: "*Debemos convencernos de que la materia primera solo fue concebida por el espíritu bueno para contener y someter al espíritu malo en un estado de privación y que verdaderamente esta materia primera, concebida y parida por el espíritu y no emanada de él, solo había sido engendrada para estar únicamente a disposición de los demonios*" (Tratado, 274).

Sin embargo, y este es un punto de fe solemne para la "Iglesia", entendido en el sentido genérico del término, pues todas las confesiones cristianas se adhieren a la misma concepción de la creación, Dios creó el universo material por amor, no por restricción, el acto de creación no tenía carácter de necesidad, era un puro don de Dios, un regalo que refleja el amor del Creador. Y la Iglesia insiste particularmente sobre este punto haciendo de ello un tema

fundamental, incluso crucial en el aspecto dogmático, pues de la naturaleza de la Creación depende la perspectiva y las modalidades futuras de Salvación para el hombre **[2]**.

Esta insistencia previa de la Iglesia se debe a una voluntad de evitar cualquier implicación de "necesidad" en la obra creadora de Dios, porque en cualquier caso Dios creó este universo para que los demonios puedan "*ejercer en privación toda su malicia*" (Tratado, 6), afirmación vista con horror por los teólogos. El universo material para la Iglesia es el resultado de un regalo de amor: "*Es una verdad fundamental que la Escritura y la Tradición nunca dejan de enseñar y celebrar (...) Dios no tiene otra razón para crear que su amor y su bondad: Esta es la clave del amor que abrió su mano para producir las criaturas. (Santo Tomás de Aquino, sent. 2, prol.)*" (CIC, § 293). Nunca, jamás para la Iglesia Dios creó el universo material "*para contener y someter al espíritu malo en un estado de privación y que verdaderamente esta materia primera, concebida y parida por el espíritu y no emanada de él, solo había sido engendrada para estar únicamente a disposición de los demonios"* (Tratado, 274). Por el contrario, todos los teólogos dicen: "*Creemos que Dios creó el mundo según su sabiduría*" (Sb. 9:9). El mundo no es producto de ninguna necesidad. Creemos que procede de la voluntad libre de Dios que ha querido hacer participar a las criaturas de su ser, su sabiduría y su bondad: "*Porque tú has creado todas las cosas; tú has querido que ellas sean, y fueron creadas*" (Apocalipsis 4:11). *"¡Cuán numerosas son tus obras, Señor! Todas las has hecho con sabiduría*" (Sal. 104:24). "*El Señor es bondad para con todos, y sus ternuras sobre todas sus obras*" (Sal. 145:9). (CIC, § 295).

Vemos que está fuera de cuestión para la Iglesia aceptar cualquier restricción en la acción del Creador, haciendo que la propuesta formulada así por Martines: "*el Creador, queriendo castigar el orgullo y la prevaricación de los primeros espíritus que él había emanado de su seno, y establecer para ellos un lugar de privación, donde ejercerán por un tiempo inmemorial toda su malicia y todo el poder que estaba innato en ellos desde su emanación, concibe en su imaginación el plan de este universo físico, para servirles de límite y separarles de su corte divina*" (Discurso de instrucción a un recién recibido en los tres primeros grados Cohen, BM de Lyon, ms. 5919-12), es casi una blasfemia en su totalidad intolerable y que llevó a anatemas más formales en el Concilio de Constantinopla II en el año 553 **[3]**.

Sin embargo, y aquí está la dificultad que es inútil ocultar, para Martines (esta doctrina es posteriormente reproducida por sus dos principales discípulos Willermoz y Saint-Martin llegando a formar parte esencial tanto de las *Instrucciones secretas* del Régimen Rectificado como del pensamiento sanmartiniano), la creación material, no siendo obra de un demiurgo lo cual sería gnosticismo puro, sin embargo es el resultado de una mala conducta anterior, tratándose de una respuesta a la prevaricación de los espíritus rebelados contra el Eterno, y además, en un segundo tiempo, lo que refuerza aún más el problema, va a ser la obra sacrílega de Adán operando contra de la voluntad del Creador por lo que "*se hizo impuro por su incorporización material*" (Tratado, 140), quedando encerrado carnalmente en una "*obra impura fruto del horror de su crimen*" (Tratado, 23).

El mundo material no es en absoluto para Martines fruto de un "don" de Dios creado gratuitamente, diciendo al cabo de seis días que "*todo era bueno*", sino que por el contrario se impone a Dios por necesidad para encerrar a los demonios, y después también al hombre en

una “*prisión de materia*”: “*Debemos convencernos de que la materia primera solo fue concebida por el espíritu bueno para contener y someter al espíritu malo en un estado de privación y que verdaderamente esta materia primera, concebida y parida por el espíritu y no emanada de él, solo había sido engendrada para estar únicamente a disposición de los demonios*” (Tratado, 274). En realidad es puro Orígenes (185-253), uno de los Padres de la Iglesia primitiva que junto con Evagrio el Póntico (346-399) ¡han apoyado este punto de vista!

III. ADÁN CREADO PURO ESPÍRITU INMATERIAL, TRANSMUTADO EN UNA “FORMA DE MATERIA”

Pero Martines, no conforme con apartarse por completo de las afirmaciones dogmáticas de la Iglesia sobre el tema de la Creación, presenta la tesis de un Adán en primer lugar en su primera propiedad, provisto de un cuerpo de gloria inmaterial y no constituido de carne, lo que solo sucederá para su desgracia, según el taumaturgo bordelés, después de la caída. Originalmente, sostiene Martines, el Eterno confirió a Adán, habiéndole producido conforme a su imagen y semejanza, un “*verbo de creación*” liberándole “*de su inmensidad divina para ser hombre-Dios sobre la tierra (...) Adán tenía en si un verbo poderoso, ya que debían nacer de su palabra de mandamiento, según su buena intención y su buena voluntad espiritual divina, formas gloriosas impasivas y similares a las que aparecían en la imaginación de Creador*” (Tratado, 47). Asimismo, y de acuerdo con la “*imagen y semejanza*” que había recibido del Todopoderoso: “*En su estado de gloria, este primer menor no tenía en sí ninguna acción ni operación espirituosa y menos aún material, sino, por el contrario, todo tipo de acciones y operaciones espirituales de formas gloriosas. Estas formas gloriosas no estaban sujetas al tiempo, lo mismo que tampoco lo estaba Adán...*” (Tratado, 239).

Entonces, por el *Tratado de la reintegración*, aprendemos que Adán se entrega, de forma culpable, a un crimen terrible, poniendo en acción las fuerzas que posee por su poder y autoridad en una incalificable “operación” llamada creación. Tal fue su pecado (el pecado original, el pecado de los orígenes). Adán desobedeció a Dios y pasa de ser un Agente privilegiado del Eterno para obrar la reconciliación universal, a asimilar a los demonios y ser provisto de un mismo cuerpo material. Martines explica entonces sin rodeos, sin dejar lugar a dudas sobre el contenido de su doctrina singular, cómo se produjo la degradación de Adán, cómo quien disfrutó de una gloriosa forma inmaterial fue cambiado y precipitado en un cuerpo de materia: “*Si me preguntase también cómo se ha realizado el cambio de la forma gloriosa de Adán a una forma de materia, y si el mismo Creador le dio a Adán el cuerpo de materia que tomó inmediatamente tras su prevaricación, responderé que, **apenas hubo realizado Adán su voluntad criminal, el Creador, con su omnipotencia, transmutó inmediatamente la forma gloriosa del primer hombre en una forma de materia pasiva, similar a la que se originó a partir de su terrible operación. El Creador transmutó esta forma gloriosa, precipitando al hombre en los abismos de la tierra, de donde salió el fruto de su prevaricación**. Entonces el hombre vino a vivir en la tierra como el resto de los animales, al lugar en que antes de su crimen reinaba sobre esta tierra como hombre-Dios y sin confundirse con ella ni con sus habitantes*” (Tratado, 24).

Recibiendo como castigo por su crimen un cuerpo material, Adán trató de salir de esta prisión tenebrosa para volver a unirse de nuevo con la fuente espiritual de la que fue emanado. Adán, según Martines, por su Caída, arrastra a su vez al mundo creado a una horrible

depravación; las huellas del mal son aquí universalmente visibles, y el sufrimiento, la muerte, la adversidad, las zarzas, las espinas y muchas otras cosas también testimonian trágicamente esta triste realidad, como dice el apóstol Pablo, "*la creación entera gime*" en espera de la liberación de las cadenas a las que está sujeta (Romanos 8:19-22).

Por lo tanto, se debe distinguir la "*emanación*" del primer Adán de la "*creación*" material de este mismo Adán, pero esta vez realizada como castigo por su crimen y la inserción en el tiempo, el espacio y la encarnación grosera de la carne, carne recibida en razón del pecado. El relato bíblico de la creación en seis días, que trata sobre la generación de las formas materiales y de una especie de limo de la criatura caída, es también explicado así e interpretado por Martines que, aunque asigna a Dios la idea de un mundo material, niega su creación en seis días: "*El número de días que doy a las seis operaciones de la creación no puede corresponder al Eterno, que es un ser infinito, sin tiempo, sin límites ni extensión; pero* ***estos seis días anuncian la duración y los límites del proceso de esta misma materia, es decir, que esta materia durará seis mil años en toda su perfección y, a los siete mil, caerá en un terrible deterioro donde permanecerá hasta su disolución completa****. (...) El número septenario, que ha dado perfección a todo ser creado, es el mismo que* ***destruirá y abolirá todas las cosas****. Del mismo modo que ha operado en el principio para hacer que subsista todo lo que existe en este universo material, operará al final para demoler su obra. (...) Lo mismo que todo habrá subsistido en una sucesión de grado en grado, por orden divina, se acercará todo a su fin por gradación y volverá a su primer principio*" (Tratado, 227).

IV. LA CARNE "DEGENERADA" E "IMPURA" DE ADÁN DESPUÉS DE LA CAÍDA

La corporalidad que asumimos, no sin sufrimiento tras la caída, como se expone en el *Tratado de la reintegración,* se compone de una naturaleza similar a la sustancia de un mundo creado para atrapar a los malos espíritus, por tanto, es para Martines, quien insiste en ello positiva y concretamente, producto del pecado, porque la operación de creación realizada por Adam produce una forma de materia realizada por la intermediación de las esencias espirituosas, convirtiéndose en su propia prisión en tanto que menor prevaricador que ve, con horror, el fruto de su obra insalubre, de alguna manera en su contra y convirtiéndose en el instrumento de su doloroso cautiverio. El menor ve así, tras haber operado, la caída repentina de su estado de gloria, y desciende hundiéndose en la "forma general terrestre" que habrá, para su vergüenza y por su acción perversa, contribuido a fortalecer, incorporándose, por una duración de la que no se sabe su término si este no es el Creador, en el caos, ya que "*el cuerpo solo es un caos para el alma, [prisión donde el menor] pasa su vida temporal (...) como castigo por el crimen del primer hombre*" (Tratado, 124).

En el pensamiento martinesista, la envoltura carnal de la que estamos vergonzosamente cubiertos, es decir, la carne, es pues el fruto envenenado de un acto escandaloso que privó a Adán, no sólo de su unión y relación íntima con Dios, sino que le redujo a un estado gregario y cenagoso de humillación animal: "*Adán, por su creación de forma pasiva material, degradó su propia forma impasiva, de la que debían emanar formas gloriosas como la suya, para servir de morada a los menores espirituales que el Creador hubiese enviado*" (Tratado, 23).

Como ya hemos señalado en *Louis-Claude de Saint-Martin y el cuerpo de materia tenebrosa*, Martines utiliza el término "***degeneración***" para describir la transmutación de Adán: "*El primer hombre **ha degenerado** de su facultad de ser pensante*" (Tratado, 29). "*Lo que acabo de decir sobre la prevaricación de Adán y sobre el fruto que sobrevino de ella demuestra muy claramente lo que es nuestra naturaleza corporal y espiritual, y cómo **han degenerado**, tanto la una como la otra...*" (Tratado, 45); "*El menor espiritual [...] **ha degenerado** y se aniquila en la inacción espiritual divina, hasta el punto de convertirse en la tumba de la muerte*" (Tratado, 49). Y cuando examinamos el significado del término "degeneración" en el vocabulario del siglo XVIII vemos que ciertamente evoca un "*cambio de un estado de bien en mal*" (cf. Dictionnaire de l'Académie Française, 1762), pero por su raíz latina: *degenerare* de *genus*, género, y la preposición "de" gobernando el ablativo, indica la acción de «*salir de su género*», «*separarse de su especie*», perder «*las cualidades de su raza*», «*convertirse en bastardo*», «*alterar su esencia*», «*arruinar su naturaleza*», o bien transformar su ser al punto de convertirse totalmente en otro, y esto en un sentido negativo extremadamente fuerte.

Degenerar es pues para Adán, según Martines, no sólo haber velado su ser primero alterando su apariencia y envolviéndola en una vestimenta, oscureciendo su aspecto exterior, sino el haberse corrompido, haber viciado y alterado su esencia, pervertido su naturaleza hasta el punto de que una "***transmutación***" (Tratado, 24) en forma de caída, de descenso abominable en la materia - "*Adán se transmuta, por su crimen, de esta forma gloriosa en una forma de materia terrestre*" (Tratado, 46); "*El descenso y la unión de las aguas rarificadas con las aguas groseras nos recuerdan el descenso del primer menor a un cuerpo material terrestre*" (Tratado, 126). Adán ha cambiado su naturaleza, está separado de lo que era, ha salido de su género para revestirse y encerrarse en una "*prisión de materia*" (Tratado, 127), y de una materia calificada como impura: "*El Creador se irritó contra el hombre por haberse mancillado con **una creación tan impura** (...) **nuestro primer padre, creador de materia impura** y pasiva*" (Tratado, 23). (Estoy usando aquí la palabra materia impura debido a que Adán ha operado esta forma contra la voluntad del Creador). "*Usted sabe que el Creador emanó a Adán hombre-Dios y justo de la tierra y que estaba incorporado en un cuerpo de gloria incorruptible. Usted sabe que, cuando él hubo prevaricado, el Creador lo maldijo a él personalmente **junto con su obra impura**, y maldijo después a toda la tierra. Usted sabe también que, **por esta prevaricación, Adán degeneró de su forma de gloria a una forma de materia terrestre***" (Tratado, 43).

Y esta **degeneración** representa la constitución de una "*creación de perdición*", condenando a Adán y a su posteridad a una vida de "*privación divina*" dentro de un "*círculo de materia*": "*Adán se levantó por su orgullo hasta querer ser creador. Él mismo vincula su poder divino con el del príncipe de los demonios y efectúa una creación de perdición. Después de esta felonía, degeneró de su estado de gloria y se hizo oprobio de la tierra, sometido a la justicia divina, a la inconstancia de los acontecimientos temporales y a la de los cuerpos planetarios que eran antes inferiores a él. De este modo, se mantienen él mismo y toda su posteridad en privación divina en un círculo de materia*" (Tratado, 210).

Por lo tanto, un cambio profundo, "*cambio terrible al que el Creador ha sometido a Adán*" (Tratado, 235), un cambio de "sustancia", puesto que la transmutación del cuerpo glorioso de Adán a su forma corrompida ha sido operada, específicamente, por una "*puesta en sustancia*"

de materia aparente comparable al universo material: “*El hombre lleva sobre su forma la figura real de la forma aparente que apareció en la imaginación del Creador y fue después operada por trabajadores espirituales divinos y* ***puesta en sustancia de materia aparente sólida pasiva****, para la formación del templo universal, general y particular*” (Tratado, 79). En la práctica concretamente ha supuesto una modificación sustancial, a fin de que Adán, como indica Martines, sea revestido de la “***la sustancia de esta forma material***” (Tratado, 70), para que cambie a “***la sustancia de una forma aparente***” (Tratado, 230). La degeneración representa bien en el pensamiento de Martines un cambio total, efectivo, objetivo de sustancia, una corrupción, una transmutación, una metamorfosis radical que dio lugar a la pérdida del uso de las esencias espirituales de las que Adán fue dotado por el Creador, siendo condenado a reproducirse, como otras criaturas animales terrestres, por el uso de esencias espirituosas materiales, de las que resulta en su cuerpo, sustancialmente, una materia impura: “*Ése es el cambio que se produjo en las leyes de acción y de operación del primer menor: en su estado de gloria, tenía el poder de utilizar las esencias puramente espirituales para la reproducción de su forma gloriosa; pero a partir de su crimen, al estar condenado a reproducirse materialmente, solo puede hacer uso de las esencias espirituosas materiales para su reproducción*” (Tratado, 235) **[4]**.

V. SIGNIFICADO DE LA TRANSMUTACIÓN SUSTANCIAL DE ADÁN “INCORPORIZADO” EN LA MATERIA

Adán, por esta degeneración (que ha tocado, no la forma aparente del cuerpo de gloria en el sentido de “imagen” recibida del Creador y que está afortunadamente muy protegida, pues de otro modo el menor sería reducido al estado animal), ha sufrido un cambio profundo en su ser corporal por el efecto de la transmutación de sustancia habiendo cambiado por completo lo que era, reduciéndole a *hacer uso de las esencias espirituosas materiales para su reproducción*, siendo como era un espíritu celeste, glorioso e inmaterial.

Un poco de metafísica permite sobre este punto entender cómo la conservación de una “*forma corporal*” no es en absoluto sinónimo de “*identidad sustancial*”, más bien al contrario, pues los restos de una forma “*aparente”* (Tratado, 30), como señala Martines en otra parte de su terminología, es decir, accidental, no representa una falta de cambio desde el punto de vista ontológico. La forma accidental no es un elemento sustancial, sino una “*cualidad sobreañadida a la sustancia*” (cf. Santo Tomás, *Summa. Th*., I, q. 76, a. 4); así que esta es adquirida, perdida o modificada porque la forma es un atributo y no una esencia; forma (μορφή) en realidad significa “huella”, huella de una causa formativa de un sustrato en el espíritu, como en la materia. Las formas de “apariencias” similares pueden estar compuestas de sustancias muy diferentes, por poner un ejemplo simple pero muy revelador para nuestro propósito, entre un hombre vivo y su cadáver la forma es la misma, pero ¿podemos decir que ambas formas siguen teniendo la misma sustancia? Se comprenderá fácilmente que no es así. Por tanto, cuando Martines dice: “*Tal vez se me pregunte si la forma corporal gloriosa en la cual Adán fue puesto por el Creador era similar a la que tenemos ahora. Responderé que no difería en nada a la que tienen los hombres de hoy. Lo único que las diferencia es que la primera era pura e inalterable, mientras que la que tenemos actualmente es pasiva y está sometida a la corrupción*” (Tratado, 23), establece en estas líneas que las dos formas corporales del hombre tienen la misma apariencia, como el cadáver posee aún la misma apariencia del cuerpo vivo aunque vacío de sus sustancia primitiva. Esto es lo que pasó con Adán, quien, a pesar de mantener la imagen del Creador como

modelo, sin embargo ha sido metamorfoseado por disimilitud sustancial en una forma corporal horrible de vil materia terrestre **[5]**.

La idea de la metamorfosis que sobrevino a Adán ha sido descrita vívidamente por Martines cuando menciona el episodio donde Moisés se vio obligado a oponerse a los magos de Egipto, y "metamorfosea" su vara en una serpiente: "*Estas dos serpientes se quedaron una delante de otra, durante todo el tiempo en que Moisés interpretó al mago de Egipto el tipo de esta metamorfosis: 'Mago de Egipto y vosotros, sabios de Ismael, les dijo, conozco vuestro poder y los hechos que pueden provenir de él. Es, al lado mío, lo que el mío al lado del poder del Dios vivo de Israel. Estas serpientes que ves arrastrándose sobre la tierra te explican el abatimiento y la postración del poder orgulloso de los demonios y de los hombres orgullosos que hicieron como ellos. La serpiente que ha salido de mi vara y busca devorar a la que ha salido de la tuya te anuncia que el hombre no siempre se arrastrará sobre la tierra, sino que algún día será revestido de su primer poder y, entonces, marchará erguido contra los que le hicieron caer. **Digo, además, que este cambio de formas horribles que han experimentado nuestras varas es la verdadera explicación del cambio de las formas gloriosas de los espíritus superiores demoníacos y de los menores espirituales divinos en la forma de vil materia terrestre que los tiene en privación**. ¡Señor, añadió, dirigiéndose al Creador, levántate y camina ante mí, para que se manifieste plenamente tu gloria ante tu poderoso elegido!'*" (Tratado, 195) **[6]**.

VI. La carne no puede ser "espiritualizada" según Martines

Es importante en este momento, antes de abordar la cuestión de la reintegración como aniquilamiento y disolución del universo material y todas las formas corporales carnales, entender el sentido de la situación general que Martines desarrolla ante los ojos del lector, situación en forma de explicación para convencer a sus discípulos cuando afirma que el universo físico material edificado por orden del Creador por los "*espíritus inferiores productores de las tres esencias espirituosas de donde provienen todas las formas corporales*" (Tratado, 256), responde a una necesidad que se impone a Dios, teniendo por función este universo poner en privación a los malos espíritus: "*El Creador utilizó la fuerza de las leyes sobre su inmutabilidad, quedando este universo físico con apariencia de forma material, para ser el lugar fijo donde estos espíritus malignos tendrían que actuar y ejercer en privación toda su malicia*" (Tratado, 6). Pues Adán, aunque originalmente creado glorioso e inmaterial, por su caída, arrastra a continuación a todas las generaciones a sufrir en privación una existencia animal en un mundo material donde las huellas del mal están siempre presentes (Tratado, 24), obligándonos a vivir en una terrible depravación experimentando los efectos de la creación pasiva, mancillada e impura: "*Adán, [en su estado de gloria] era un ser puramente espiritual y no estaba sujeto a ninguna forma de materia, porque **ningún espíritu puro puede ser contenido en una forma de materia, sino los que han prevaricado***" (Tratado, 257).

Es fácil de entender la idea de la Creación "*necesaria*" para el Creador impuesta para contener a los malos espíritus en el interior de la materia, idea situada como fuente primaria en toda construcción doctrinal de Martines: "*Sin esta prevaricación no hubiese habido creación material temporal, ni terrestre ni celeste*" (Tratado, 224), lo que conduce lógicamente a una

segunda idea que es común: la espera de la disolución de la llamada "*materia tenebrosa*", el aniquilamiento de la carne impura, para que todo vuelva a la Unidad.

Para que la carne fuese salva y estuviese destinada al gozo del Reino, es decir, "espiritualizada", su naturaleza no debería participar del origen de una esencia "*necesaria*" teniendo un "*lugar fijo*" para que los demonios puedan "*ejercer toda su malicia*", como sostiene Martines; es una cuestión de lógica elemental en el plano metafísico. Esta es la lógica que respeta la Iglesia, para la que la carne es la base en el seno de la creación de un don de Dios, una bendición ofrecida en los primeros tiempos de la humanidad cuando el Eterno concibió a Adán y Eva en sus cuerpos carnales (Génesis 1:26-31) - el cuerpo ciertamente incorruptible, eterno y material, es decir, el cuerpo concreto de la "carne" y no los cuerpos espirituales intangibles, y de este modo no se entiende por qué, efectivamente (y es sobre lo que insisten los Padres de la Iglesia, como san Ireneo) tendría que ser un don, seguidamente dañado por el pecado original cometido por nuestros primeros padres, pero en su sustancia creada justa y perfecta porque "*Y vio Dios que era bueno*" (Génesis 1:31), estando condenada a la aniquilación y la destrucción; esto no tendría absolutamente ningún sentido en términos del plan divino y las bendiciones del Creador que se darían sin arrepentimiento. Y la Iglesia, debido a su punto de vista dogmático, sostiene con fuerza: "*La carne es el soporte de la salvación*" (Tertuliano, res. 8, 2). "*Creemos en Dios que es el creador de la carne; creemos en el Verbo hecho carne para redimir a la carne; creemos en la resurrección de la carne, la finalización de la creación y de la redención de la carne*" **[7]**.

La Creación para la Iglesia es libre, Dios no ha creado por necesidad, la creación no fue una manifestación necesaria, no fue impuesta a Dios ni por necesidad externa (prevaricación de los espíritus), ni por una necesidad interna (el desarrollo dialéctico de la divinidad). La Creación, según los Padres, no es una teogonía, es una gracia, incluso la primera gracia, la *gracia creatix*, ligada a la *gracia salvatrix* y *reparatrix* según Hugo de San Víctor (+1141), ya que el cristianismo fue concebido esencialmente por la mayoría de doctores y teólogos como siendo una metafísica de la caridad. Sin embargo, la concepción martinesista de la Creación, tomando en su lugar las corrientes neoplatónicas y el origenismo, es una metafísica de la necesidad, una metafísica del alejamiento de la Unidad y de la corrupción.

Esto explica por qué para Martines, como para Willermoz y Saint-Martin, el compuesto material, la carne, el universo físico, son un "*lugar de privación*", un fruto tenebroso, pues es consecuencia de una ruptura, una fractura, de un drama celeste que es el de la prevaricación demoniaca y después adámica. La materia es pues una prisión corrompida e infectada en la que el primer hombre, ser puramente espiritual teniendo una forma corporal inmaterial, no dotada de carne y de materia en su origen, se precipitó, siendo conducido de este hecho a la esperanza (viéndola como la felicidad a la que es normal y legítimo aspirar) de la aniquilación de esta forma de materia por una disolución que "***borrará completamente***" la "*figura corporal del hombre y hace que **se aniquile este cuerpo miserable**, lo mismo que el sol hace que desaparezca el día de la superficie terrestre cuando la priva de su luz*" (Tratado, 111). No se podía ser más claro sobre el destino de la carne y el mundo material concebido por Martines, este destino de la aniquilación destaca en varias partes del *Tratado de la reintegración de los seres*: "*La creación*

solo pertenece a la materia aparente, que al provenir solamente de la imaginación divina, debe volver a la nada" (Tratado, 138) **[8]**.

De hecho, un texto muy interesante, que no figura en el *Tratado de la reintegración* pero que resume los puntos principales de la doctrina de Martines sobre la degeneración de Adán, el pecado original, la aniquilación del cuerpo material y el destino puramente espiritual de las formas, resume bastante bien lo que acabamos de describir: "*La sentencia dictada por el Eterno sobre el primer hombre fue muy justa y su prevaricación debía ser castigada con la privación a la que esta pena le precipita. El hombre hoy, teniendo un mismo origen por su forma corporal, debe participar del castigo corporal que también tiene el mismo origen. En cuanto al ser espiritual, debe acabar lo que el primer hombre aún debe espiritualmente a la justicia divina.* ***Cuán grande debió ser la falta de nuestro primer Padre temporal para que degenerase de su estado de gloria hasta ser revestido con un cuerpo de materia que no había sido hecho para él; hasta llegar a alcanzar a toda su posteridad con su crimen y su castigo: y esta es la fuente del pecado original por la que todos los hombres están corrompidos.*** *(...) La incorporación del Mesías en una forma corporal humana demuestra físicamente la prevaricación del primer Adán. La muerte temporal corporal de Cristo nos muestra el aniquilamiento de Adán y su reconciliación tras la pena de privación. La resurrección de Cristo sobre una forma de cuerpo de gloria nos representa a la perfección el primer estado del primer hombre-Dios de la tierra, cuando estaba revestido con un cuerpo semejante puro y glorioso, no sujeto a la corrupción*" **[9]**.

VII. La reintegración será la aniquilación del mundo material

Si esta materia, si la creación y todos los cuerpos que contiene, fueron una respuesta a una tragedia, la reintegración por la aniquilación de la materia y el retorno al Principio original del conjunto del compuesto material será como solución una auténtica liberación, pues "*esta prevaricación ha hecho descender al hombre sobre esta superficie y lo ha precipitado a un mundo totalmente opuesto al mundo para el que había sido emancipado. (...) el mundo inferior solo tiene una forma material y diferente de la de los tres mundos superiores. Por la desunión te das cuenta del doble triángulo de este mundo sensible y puedes concebir la privación del primer menor y de los que residen en este lugar de tinieblas, privación que somete a estos menores espirituales a las penas del cuerpo y a las del espíritu*" (Tratado, 242).

De esta manera, ante la imagen del alma separada del cuerpo tras la muerte, la materia, después que estas almas han alcanzado la Unidad, será abandonada a la disolución durante su reintegración después de un periodo de deriva e inacción: "*Con esta observación puede comprender usted este acontecimiento y la revolución que sobrevendrá al universo cuando Quien lo vivifica se separe de él, pues, a imagen de los cuerpos particulares, esta materia se mantendrá errante y en la inacción, hasta que se haya disipado por completo. Esta es la ley que pondrá fin a todas las cosas temporales*" (Tratado, 274). No hay duda de que la reintegración corresponde a una disolución de las cosas creadas, pues la materia, por su impureza, no puede tener ninguna relación con lo divino según Martines: "*El espíritu es demasiado puro para comunicarse directamente con nuestra alma espiritual que está mancillada por la unión del cuerpo, sirviéndose del intelecto como medio y mediador; el cuerpo es demasiado impuro para comunicarse directamente con el alma espiritual que está en relación con el espíritu...*" **[10]**.

Por tanto, tomando el ejemplo de Moisés cuando deposita durante su prosternación ante el Eterno en el monte Horeb sus metales y su materia impura, la reintegración se corresponderá con el depósito, con la separación definitiva entre lo material y lo espiritual, con la disipación de todos los vapores groseros de la materia impura que no puede tener parte con lo divino: "*Moisés entró allí desprovisto de todo tipo de metales y de toda materia impura, hizo su prosternación, con el rostro sobre el suelo y el cuerpo tendido en toda su longitud, representando el reposo de la materia abatida por la presencia del espíritu del Creador y el descanso natural que se da a todas las formas después de sus operaciones temporales.* ***Esta actitud representa también la reintegración necesaria de todas las formas corporales particulares en la forma general, así como la separación o suspensión que llega al alma al contemplar al espíritu, porque el cuerpo material no puede participar en lo que se opera entre el menor y el espíritu divino***" (Tratado, 191). Es evidente, pues, innegable y absolutamente seguro que Martines, de acuerdo con su doctrina, destina todos los cuerpos y toda materia creada de la que están formados, no a la espiritualización, sino a la nada: "*La creación solo pertenece a la materia aparente que, al no provenir de nada más que de la imaginación divina****, debe volver a la nada***" (Tratado, 138).

Si este mundo es la horrible prisión temporal del menor, el lugar oscuro de su confinamiento en una envoltura tenebrosa, un lugar siniestro de exilio donde soporta una rigurosa privación espiritual, ya que Adán, pisoteando todos los principios sagrados y traicionando a Dios de forma escandalosa, prevarica efectuando una operación de creación de materia impura, así **la disolución, la aniquilación de este mundo tenebroso** será un acontecimiento feliz, una verdadera "***bendición***", como señala Saint-Martin en su *Tratado de las bendiciones*, ya que corresponderá al retorno de las almas a la Unidad, a su principio original, a la *reintegración de los seres en su primera propiedad, virtud y potencia espiritual divina*.

CONCLUSIÓN:

1) Oraciones de los Élus Cohen para ser liberado de la materia

Al llegar a nuestra conclusión, es interesante (aunque algunos podrían imaginar que hemos seleccionado los textos de Martines que van en la dirección del rechazo de la materia y de la tesis que apoya su aniquilamiento, suposición absurda dado que los extractos reflejan la realidad de esta posición de naturaleza doctrinal en el taumaturgo bordelés, pero se sabe por experiencia que es muy difícil razonar con espíritus aferrados *a priori* a sus opiniones personales), proceder excepcionalmente a la citación de algunas Oraciones utilizadas por los Élus Cohen, que no dejan lugar a dudas en relación a las aspiraciones de los émulos de la Orden, los cuales trabajaban para la reintegración del hombre y del Universo durante la celebración de las operaciones recomendadas por Martines.

Comencemos esta serie de citas con una *Oración de invocación* en la que el émulo ora esperando la completa "*destrucción de su forma*" material: "*Espíritu que has sido establecido como mi guía y Guardián [...] te lo ordeno muy particularmente a ti [...] por la constitución de* ***mi forma*** *y [...] por la obra y el mantenimiento de* ***mi forma****, y a ti [...] por la reparación y la*

sucesión de las partes de ***mi forma hasta el momento fijado para su completa destrucción****; uníos los tres para cumplir con mi petición ....*" **[11]**.

La oración continúa invocando al espíritu de los santos patronos del émulo "*liberados de las ataduras de la materia*", bienaventurados que obviamente no han "*espiritualizado su carne*", sino que la han abandonado en la oscuridad de la tumba para disfrutar del fruto de sus virtudes espirituales. Hay que tener en cuenta que los Cohen, afligidos, piden salir como sus santos patronos del lugar donde se encuentran en este mundo: "*Me dirijo también particularmente y especialmente a vosotros,* ***Espíritus liberados de las ataduras de la materia****, que gozáis ahora del fruto de vuestras virtudes y de los que tengo la bendición de tener los nombres, oh (nombra a sus verdaderos patronos y protectores) [...] Obtened para mí las gracias, el auxilio y la clemencia de la Divinidad que os recompensará hoy en los combates que habéis librado en esta estancia donde me hallo afligido; haced que salga triunfante asistiéndome con vuestras luces*" **[12]**.

Después oran por todas las criaturas y sus semejantes aún en estado de privación en los círculos de purificación, y el émulo formulará exactamente la misma petición que para sí mismo, la de obtener una separación de la materia: "*¡Oh espíritus que os aproximáis más cerca a la majestad del que es, llevadle también mis oraciones por todas las obras del Creador, por todas su criaturas, por toda la Naturaleza! Uníos a mí para obtener su clemencia infinita para con el hombre, un alivio a su privación a la que están condenados aquellos de mis semejantes que aún no hayan cumplido su justicia* ***después de su separación de la materia***" **[13]**.

En otra Oración de "*conjuración contra la serpiente*" encontramos la repetición de peticiones idénticas para romper los lazos de la materia: "*Oh [...] Dios misericordioso; Dios de paz, de clemencia y de amor, oh Padre de los vivos [...] Presérvanos de toda suerte de males espirituales y temporales y de los ataques de nuestro enemigo; danos la fuerza para resistir a sus intelectos, para combatirlos y vencerlos para tu mayor gloria y justicia [...]* ***rompe los lazos engañosos que aún podrían retener nuestras almas en la materia*** *...*" **[14]**.

Aún queda más explícito, si es que es posible, en una oración denominada de la *Abjuración de los metales*, donde Martines invita a sus émulos a proclamar que abjuren solemnemente de los "*principios de materia nocivos para el hombre de deseo*": "*Que estos tres jefes de materia que yo precipito en los abismos del agua sean una prueba cierta de la abjuración que hago, delante del Eterno y del que me ve y oye por su orden,* ***de los principios de materia nocivos para el hombre de deseo****. Amen*" **[15]**.

En otra Oración prescrita para ser recitada los miércoles por la noche y sábados exclusivamente, en beneficio de las impresiones los espíritus de Mercurio y Saturno, se estipula que es efectuada para "***despojar al alma de la más grosera materia que la envuelve***": "*Se dirá los miércoles por la noche antes de acostarse la siguiente invocación, y los sábados también, esta invocación no es específica para los demás días de la semana. Esta invocación se iniciará en la noche del miércoles para disponer nuestra alma a recibir y retener una impresión del espíritu de Saturno, por la intermediación del espíritu de Mercurio, que* ***despoja nuestra alma de la más grosera materia que la envuelve***" **[16]**.

La fórmula para esta petición, en forma de oración ferviente que recitaban los émulos con el objeto de aspirar a ser despojados de la materia grosera que envuelve el alma, tras la transmutación sustancial de Adán por el Eterno en un cuerpo de materia tenebrosa impura, se encuentra en una *Conjuración* reservada a los Hermanos de los Altos Grados de la Orden, de acuerdo con una formulación aún más apropiada porque hace referencia a un desarrollo del ser espiritual en la **carne ofensiva** del menor tras la caída: "*¡Oh Espíritu puro, a pesar de la igualdad de nuestro ser espiritual, **a causa de la carne que me envuelve y me ofende tras la caída del primer hombre** ...*" **[17]**.

Por último, si se recuerda la importancia del papel del *espíritu buen compañero* del menor para operar la obra de reconciliación, se percibe lo que puede tener de significativo la "*Conjuración dirigida al Guardián*", observando con qué fuerza es formulada reiteradamente en las peticiones esta oración, acompañando de ruegos suplicantes la petición de los émulos para ser despojados de los antiguos hábitos de la materia para acceder a la luz: "*¡Yo te pido ✠ unirte más íntimamente a mí temporal y espiritualmente ✠; te conjuro para que me complazcas sin demora; date a conocer a mí por todos los medios a tu alcance y según las facultades que sabes tener en mí! ¡Ven a iluminarme con tu presencia en mi oscuridad, **despójame del ascendente de mi antiguo hábito de materia** y hazme susceptible de esta luz intelectual que me hace leer claramente contigo en las cosas temporales y espirituales!*" **[18]**.

Así, como suele decirse, la causa se entiende perfectamente; en estas Oraciones y Conjuraciones sobra obviamente todo comentario tanto en sus formulaciones como en su aspecto absolutamente positivo e innegable, no permitiendo ninguna objeción con respecto a la aspiración del abandono de la materia que caracteriza la finalidad perseguida por los Élus Cohen.

Sólo espero que, si aún hoy en día algunas almas, buscando una aventura, leen de forma ritual estas antiguas Oraciones de la Orden, complementándolas eventualmente con los nombres de poder que las acompañan, comprendan lo que expresan (tal vez porque podrían saber exactamente y con certeza quiénes son los "espíritus" que buscan en sus circunferencias) y saber al menos darse cuenta de lo que realmente piden en sus invocaciones dirigidas hacia el Cielo, rogando a sus ángeles, sus santos patronos o el Eterno, para ser separadas de su "***antiguo hábito de materia***", e implorando con sus perfumes para que se complete el ***despojamiento del alma de la más grosera materia que la envuelve, de modo que pueda operarse un día su reintegración final***.

2) La reintegración: llegar a ser por la gracia lo que Dios es por naturaleza

A imagen de la separación del espíritu y el cuerpo en el momento de la muerte, que sobreviene dolorosamente para cada menor por el hecho de que el hombre ha sido revestido de una forma de materia grosera tras la Caída, se puede imaginar, por analogía, lo que sucederá cuando la parusía última ponga fin a las tristes y dolorosas condiciones existenciales sufridas por todas las criaturas nacidas en este valle tenebroso.

¿Cómo, pues, no regocijarse de esta última expectativa, esta **apocatástasis** que solo debería aterrorizar a los seres atados a los tristes vestigios pasajeros que tienen ante sus ojos, sujetos por los patéticos restos de los bienes temporales corruptibles que toman, por error, como tesoros maravillosos, a pesar de que todo lo que existe en este bajo mundo está alterado por la decadencia y está condenado a la degradación y a la muerte?; "*en aquel día*, dice el apóstol Pedro, *los cielos con ruido ensordecedor, se desharán, los elementos, abrasados, se disolverán, y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá...*" (2 Pedro 3:10-11).

Alegrémonos, por el contrario, por la idea verdadera de que vendrá en su espléndida luz el Cordero de Dios, y entonces se cumplirá para el conjunto de los seres espirituales regenerados y para los elegidos del Señor, los menores reconciliados y santificados, el regreso triunfal a su origen primitivo, una "*Reintegración*" que les permitirá ser revestidos de nuevo en su "*primera propiedad, virtud y potencia espiritual divina*", pero esta vez convirtiéndose por la gracia en lo que Dios es por naturaleza por la eternidad de eternidades. **Amen ✠ Amen ✠ Amen ✠**



Notas:

[1]. Willermoz en las *Lecciones Lyon* (1774-1776), junto con Saint-Martín y d'Hauterive, trabajaron para llevar la enseñanza de Martines a una concepción auténtica de la Trinidad, colocando en el corazón de la doctrina la doble naturaleza del Divino Reparador para conferirle un aspecto conforme a la revelación del Evangelio. Esto se explica porque las posiciones teológicas de Martines recogen de hecho el unitarismo modalista que profesaba Sabellius, identificando en la Trinidad tres modalidades de expresión: Pensamiento, Voluntad y Acción, pero negando la distinción de las Personas, lo que tanto Willermoz como Saint-Martin, cristianos bien familiarizados con su religión, no podían aceptar legítimamente, lo mismo que, por una inmadurez increíble de su cristología, las afirmaciones de Martines emparentaban con el docetismo al no aceptar que Jesús se sometiese a los sufrimientos de la Pasión. Esto es precisamente lo que Robert Amadou enfatizó: "*Las debilidades del concepto martinesista se deben a la inmadurez de su cristología. Del mismo modo la teología martinesista de la Redención es embrionaria, más verbal que real. Ciertamente, más que la muerte de Cristo, lo que importa es su venida en carne y su Transfiguración. Martines entronca en este punto con la ortodoxia; pero ¿no es, sobre todo, en cuanto a la forma? Vuelve a la ambigüedad. De este modo, Martines acepta el nacimiento virginal de Jesús; pero, al privar a Jesús de los sufrimientos físicos de la Pasión, por ejemplo, ¿no sucumbe ante el docetismo? […] El docetismo, en cristología, es considerado como un rasgo característico de los gnosticismos. Ese rechazo de un compromiso entre el espíritu, lo divino y la materia pretende que Cristo sólo tenía la apariencia de un ser humano hecho de otra sustancia. Por lo tanto, el Jesús que fue crucificado pudo haber sido un doble del Salvador [...] como podría haber sido un único Jesús pero impasible. Esta última tesis se encuentra en Martines*" (R. Amadou, Introducción al *Tratado de la reintegración de los seres*, Colección Martinista, Diffusion Rosicrucienne, Le Tremblay, Francia, 1995, p. 39).

[2]. Como se subraya en muchos artículos de su Catecismo oficial, el Magisterio romano, encontrándose las mismas formulaciones en todas las iglesias de Oriente y en las Reformadas: "*La catequesis sobre la Creación es de suma importancia. Se refiere a los fundamentos mismos de la vida humana y cristiana: explicita la respuesta de la fe cristiana*..." (CIC, § 282); "*La creación es el fundamento de 'todos los designios salvíficos de Dios', 'el comienzo de la historia de la salvación' (DCG 51), que culmina en Cristo. Por el contrario, el misterio de Cristo es la luz decisiva sobre el misterio de la creación; revela el fin para el que 'en el principio creó Dios los cielos y la tierra' (Gn. 1:1): desde el principio, Dios había previsto la gloria de la nueva creación en Cristo (cf. Rm 8:18-23)*" (CIC, § 280); "*Esta es la razón por la que las lecturas de la celebración de la Vigilia Pascual, celebración de la creación nueva en Cristo, comienza con el relato de la creación; también, en la liturgia bizantina, la historia de la creación es siempre la primera lectura de las vigilias de las grandes fiestas del Señor. Según el testimonio de los antiguos la instrucción de los catecúmenos para el bautismo seguía el mismo camino (cf. Ethérie, pereg. 46 : PLS 1, 1089-1090; San Agustín, catech. 3, 5)*" (CIC, § 281). (Catecismo de la Iglesia Católica, Catechismus Romanus, publicado en Roma por el Papa Juan Pablo II el 11 de octubre de 1992).

[3]. La Iglesia recuerda: "*Creemos que Dios no tiene necesidad de ninguna preexistencia ni de ninguna ayuda para crear (cf. Concilio Vaticano I: DS 3022). La creación no es una emanación necesaria de la sustancia divina (Cf. Concilio Vaticano I: DS 3023-3024). Dios crea libremente 'de la nada' (DS 800; 3025)*" (CIC, § 296); "*Salida de la bondad divina, la creación participa de esta bondad ("Y vio Dios que era bueno (...) muy bueno": Gen. 1:4. 10. 12. 18. 21. 31). Porque la creación es querida por Dios como un don dirigido al hombre, una herencia que le es destinada y confiada. La Iglesia ha tenido que defender de forma repetida la bondad de la creación, incluyendo el mundo material (cf. DS 286; 455-463; 800; 1333; 3002)*" (CIC, § 299). (Catecismo de la Iglesia Católica, op. cit.).

[4]. La producción de una nueva sustancia obtenida por *transmutación* de la sustancia anterior releva siempre la formación de un cuerpo nuevo, tal como explica Suárez: "*Cualquier forma sustancial desaparece para dar paso a otra*" (F. Suárez, *Discusiones metafísicas*, trad. S. Rabade). Lo que pasó con Adán, según Martines, es idéntico a lo que sucede durante el nacimiento de los seres vivos: se ha producido un cambio sustancial generando otra sustancia independiente "*motus ad substantiam generatio*". En todas sus transformaciones, el cuerpo, ya que Adán fue metamorfoseado en una sustancia material carnal, abandona una forma para adquirir otra nueva: toda generación implica una modificación de sustancia en razón de la ley de degradación, "*generatio unius est corruptio alterius*". Y lo que sucede en las criaturas también ocurre en la materia inanimada, donde las transformaciones sustanciales se realizan constantemente: son refrendadas por las nuevas propiedades que surgen después de algunos cambios. Así, el agua se convierte en vapor y después en aire; la madera se reduce a cenizas; el hierro se oxida; las propiedades específicamente nuevas que se manifiestan al final de estos cambios implican por lo tanto un cambio de "sustancia". A observar que todas las sustancias corporales se componen de principios reales: materia y forma, pero si la generación es la transición del no ser al ser, la corrupción, o la degradación en tanto que degeneración, es el paso del ser al no ser: "*geratio in rebus inanimatis est totaliter ab extrinseco, sed generatio viventium est quodam altiori modo per aliquid ipsius viventis quod est semen in quo est aliquod principium corporis formativums*" (cf. S. Th. 1 78, 2 ad 2). Podemos deducir que la degeneración de Adán tal como es presentada por Martines, lo coloca en el "no-ser" del punto de vista antropológico, en razón de su *materia impura* adquirida nuevamente como sustancia componente en el presente del menor espiritual, transmutado y aprisionado en su envoltura tenebrosa. Y esta acción de Dios no tiene nada ni de imposible ni de sorprendente, ya que es capaz de operar cambios que no son simple sucesión de sustancias, sino que participan de un acto de "*transustanciación*" que, en virtud de su influencia absoluta sobre el ser de las cosas, puede inclinar una realidad hacia otra realidad y hacerla entitativamente diferente por conversión sustancial. En la conversión eucarística, por ejemplo, la sustancia del pan está efectivamente y físicamente identificada para ser el cuerpo de Cristo, hasta el punto de hacer desaparecer la sustancia del pan para convertirse en el cuerpo del Salvador. Y en el caso de la *transmutación sustancial* del Adán celeste en cuerpo de materia tenebrosa, Dios, que no actúa sobre las cosas como una simple criatura, ya que él es el Creador de todo, ha realizado sobrenaturalmente un cambio verdaderamente sustancial, porque cambió el ser de Adán, metamorfoseando en su fondo el cuerpo celestial inmaterial que tenía nuestro primer padre antes de la Caída, para hacer un cuerpo de materia carnal, y podía hacerlo, porque él era el autor de los dos cuerpos, uno inmaterial celeste, el otro material terrestre. Esto significa que por una sola y misma acción de su omnipotencia, Dios opera tal cambio sobre el ser de Adán que se vio convertido, siendo como era un ser espiritual asimilado a los espíritus celestes, en un cuerpo de materia tenebrosa: "*El Creador, para poner un ser cualquiera en privación divina, no se basa ni en la colaboración de su corte divina ni en la de los seres espirituales divinos temporales, y mucho menos aún en el empleo de esta materia grosera que usan los hombres. Solo necesita su pensamiento y su voluntad para que se haga todo conforme a sus deseos. Esa es la infinita diferencia que hay entre la fuerza de la ley divina, eterna e inmutable, y la fuerza de la ley humana, que pasa y desaparece, tan rápido como la forma corporal del hombre desaparece de la faz de la tierra en cuanto el espíritu del menor se separa de esta forma*" (Tratado, 236). Pero esta transmutación que Martines denomina "*cambio terrible al cual el Creador ha sometido a Adán*" (Tratado, 235), fue un cambio de sustancia, debido a que Adán recibió una forma corporal material constituida de la "***sustancia de una forma aparente***", idéntica a "*la forma corporal de todos los seres existentes en los tres mundos [que] provienen de tres principios: azufre, sal y mercurio... De hecho, ningún ser puede revestirse de la sustancia de una forma aparente sin que esta no esté compuesta de estos tres principios*" (Tratado, 230). La envoltura corporal de Adán antes de la Caída, destinada "*para operar temporalmente las voluntades del Creador*", pues "*sin esta envoltura no podría operar nada sobre los otros seres temporales sin consumirlos por la facultad innata del espíritu para disolver todo lo que se le aproxima*" (Tratado, 230), envoltura corporal gloriosa que "*no es otra cosa que*

la producción de su propio fuego", siendo los espíritu hasta tal punto diferentes "sustancialmente" de la naturaleza corporal pasiva de la que el actual menor está constituido, la cual no soporta ningún contacto con la materia tenebrosa sin destruirla: "*teniendo en cuenta que ninguna materia puede ver y concebir el espíritu sin morir y sin que* ***el espíritu disuelva y aniquile cualquier forma de materia en el momento de su aparición***" (Tratado, 38). Por tanto, es absolutamente imposible que haya podido sobrevivir, aunque sólo hubiese la más mínima traza, por pequeña que sea, del cuerpo de gloria original de Adán en la forma material impura actual que recibió como "*castigo por su horrible crimen*", puesto que si tal fuese el caso, esta traza subsistente habría sido inmediatamente un factor de disolución y de aniquilamiento de toda forma de materia. Así, y es fácil de entender, la "*sustancia de la forma material*" (Tratado, 70) en la cual Adán fue aprisionado, forma material sustancial que es la "*figura real de la forma aparente que apareció en la imaginación del Creador y que fue rápidamente operada por sus obreros espirituales divinos y puesta en sustancia de materia aparente solida pasiva para la formación del templo universal, general y particular*" (Tratado, 79), está destinada a la misma finalidad que todo lo que es *forma de materia aparente sólida pasiva*, por lo que debe desaparecer "*en el tiempo prescrito y limitado por el Creador*" (Tratado, 91). El hijo de Adán, cada menor, espera en cuanto a él no una "espiritualización de la carne", evidentemente, sino una "*reconciliación tras un trabajo largo y penoso y la reintegración de su forma corporal [que] sólo se operará por medio de una putrefacción inconcebible para los mortales. Es esta putrefacción la que degrada y elimina por completo la figura corporal del hombre y hace aniquilar su miserable cuerpo, lo mismo que el sol hace desaparecer el día de la superficie terrestre cuando la priva de su luz*" (Tratado, 111).

[5]. Esta apariencia similar entre el Adán inmaterial y el Adán después de la caída no quiere decir en absoluto, y sería inexacto llegar a una tal conclusión, que entre la "forma corporal original" de Adán y su "forma corporal actual" no haya ninguna diferencia de naturaleza "sustancial". Martines enfatiza, por su evidente referencia a los elementos conceptuales de la escolástica y en particular a la doctrina medieval de la analogía, que entre la forma corporal original y la forma actual de Adán existe una similitud de apariencia, pero "similitud de apariencia" no es "identidad de sustancia"; es un profundo error llegar a una tal conclusión en el plano teórico, pues la analogía no afirma una identidad entre dos términos, sino una semejanza parcial, incompleta o incluso engañosa o ilusoria en algunos casos, mostrando que no hay que confundir lo que señala el "nombre" y lo que es "el ser de las cosas" (Summa. th., II-II , p. 57, a.1, ad 1um). Igualmente entre "*las formas corporales activas y pasivas*" (Tratado 6), y las "formas gloriosas impasivas" (Tratado, 47), la distancia es enorme, consistiendo en una "*degeneración*", o incluso una "*transmutación*" (Tratado, 24) que es el acto de transformar una sustancia en otra, un acto de "*metamorfosis*" (Tratado, 195), o sea un cambio de forma consecuencia de un crimen, un crimen en la terminología martinesista que se traduce por la manifestación de una forma material, una "*terrible prisión tenebrosa*", un lugar de "*privación eterna*" (Tratado, 30), la generación de una "*creación tan impura que el Creador se irritó contra el hombre*" (Tratado, 23), resultando una degradación, es decir, una pérdida de cualidades ontológicas por la degeneración sustancial del primer hombre: "*Adán, por su creación de forma pasiva material, ha degradado su propia forma impasiva, de la cual debía emanar formas gloriosas como la suya*" (Ibid.). Esta degradación, por una degeneración de sustancia (produciendo cuerpos que difieren entre ellos "sustancialmente", como una especie difiere de otra por generación, o *degeneración*, por *corrupción*, *transmutación*, metamorfosis o una pérdida de la esencia primitiva de lo que la naturaleza provee muchos ejemplos, como se explica en la nota [4]), dará lugar a un continuo y severo castigo, una "*molestación*" debido a la generación de materia pasiva e impura: "*El Creador dejó que subsistiese la obra impura del menor, para que este menor fuese molestado de generación en generación, durante un tiempo inmemorial, teniendo siempre ante sus ojos el horror de su crimen. El Creador no permitió que el crimen del primer hombre fuese borrado de debajo de los cielos, para que su descendencia no pudiese alegar ignorancia por su prevaricación y aprendiese por ello que los trabajos y las miserias que soporta y soportará hasta el final de los tiempos no provienen del Creador divino, sino*

de nuestro primer padre, creador de materia impura y pasiva" (Tratado, 23) ¿Qué va a pasar (es necesario insistir una vez más en esta cuestión) con esta materia impura y pasiva? ¿Cuál será su destino final?, ¿será "*regenerada*", "*transformada*", "*espiritualizada*"? No al menos la del mundo para Martines. Esto es lo que debe suceder según la forma corporal del menor, constituida de materia impura y pasiva: "***la forma corporal del hombre se borrará de la faz de la tierra en cuanto el espíritu del menor se separa de esta forma***" (Tratado, 236).

[6]. Es interesante tener en cuenta, a propósito de la "transmutación" de Adán, que en el Concilio de Florencia, donde los teólogos se preguntaban cómo disolver la separación entre el cristianismo oriental y el occidental, por lo que el 6 de julio de 1439, la bula *Laetentur caeli* consagraba la unión con la Iglesia griega de Constantinopla, otro decreto fue firmado con los monofisitas de Alejandría y Jerusalén estipulando que Dios había creado con plena libertad porque así lo quería y únicamente a causa de su pura bondad, pero sobre todo que había hecho criaturas "**mudables**" creadas así "a partir de la nada": "*El único Dios verdadero, por su bondad y omnipotencia, no para aumentar su beatitud, ni para adquirir su plena perfección, sino para manifestarla para los bienes que concede a sus criaturas, ha creado* ***en su más libre de los deseos*** *a los ángeles y el mundo. La Santa Iglesia firmemente cree, profesa y predica que el único Dios verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es el creador de todas las cosas visibles e invisibles, que, cuando ha querido, ha creado por bondad a todas las criaturas tanto espirituales como corporales, ciertamente buenas porque fueron hechas por el Soberano bien, pero* ***mudables, porque fueron hechas a partir de la nada***" (Cf. Decreto de unión *Cantate Domino*, 4 de febrero de 1442).

[7]. Catecismo de la Iglesia Católica, *op. cit.*, § 1015, "resumen" del artículo 11 ("Creo en la resurrección de la carne", 1992).

[8]. Los esfuerzos, casi desesperados, para tratar de salvar, por ejemplo (pero se podrían añadir muchos otros), la postura eclesial que proclama y defiende el dogma de la "resurrección de la carne", con la concepción martinesista de la creación material, por comprensibles que estos sean según una orientación que conocemos bien, y de la cual tenemos las mayores reservas desde hace ya tiempo, se enfrentan a un grave problema, del que parecen no darse cuenta los que tratan de conciliar lo inconciliable, dando lugar a inconsistencias teóricas que no puede dejar de asombrar por la acrobacia semántica a la que se ven obligados cuando hablan, por ejemplo, de una "carne" para describir el cuerpo de gloria, destinando a esta "carne", como un fantasma terminológico (pues en definitiva no es la carne, pero se la quiere llamar como tal), las promesas de eternidad espiritual. Este ejercicio improbable carece de toda validez en relación con las tesis de Martines, esto, dicho sin animosidad y con amistad, es simplemente absurdo. Reiteramos con firmeza que "*una espiritualización de la carne*" o una "*carne espiritualizada por la regeneración*", siendo imposibilidad en términos de Martines, la cuadratura del círculo, ya que la "carne", en el sentido exacto dado por el autor del *Tratado sobre la reintegración*, sea en la forma corporal material temporal y terrestre del hombre caído "***obra [de una] operación concebida y ejercitada por la obra de mis manos mancilladas***" (Tratado, 44), evidentemente no ha sido jamás gloriosa ni se beneficia de la incorruptibilidad y de la eternidad en los escritos de Martines, por lo que no se puede conferir a la forma corporal gloriosa de Adán, "*forma impasiva y de una naturaleza superior a la de todas las formas elementarias*", el calificativo de "carne", lo cual es una contradicción radical, tanto en términos de vocabulario martinesista como de todas sus ocurrencias, pues la carne, es decir, el cuerpo material, es, para el taumaturgo bordelés, tanto en el *Tratado* como en los rituales o textos Cohen, una consecuencia de la prevaricación: "*Sin esta prevaricación, no hubiese habido creación material temporal, tanto terrestre como celeste; (...) Llegarás a conocer la necesidad de toda cosa creada, y la de todo ser emanado y emancipado*" (Tratado, 224).

Por lo tanto, hay que ser coherentes.

Podemos, en los dos extremos totalmente opuestos de la cadena, a un lado y a otro:

1) Adherirnos fielmente a la fe de la Iglesia en su presentación sobre el hecho de la Creación (viendo el mundo material como un don, y de la misma forma el cuerpo carnal del hombre) y sus consecuencias, lógicamente con la esperanza de una regeneración de la carne y su vocación a la eternidad por la purificación y espiritualización definitiva de su esencia, simplemente marchitándose y debilitándose no *sustancialmente* sino *accidentalmente* un tiempo por el pecado, hasta la resurrección de los muertos.

2) O por el contrario, apoyar las tesis de Martines, al igual que lo hicieron Willermoz y Saint-Martin, considerando que la creación material fue en primer lugar un castigo para los espíritus rebeldes y la carne una envoltura tenebrosa, habiendo transformado *sustancialmente* a los hijos de Adán en seres de materia impura, viendo así el aniquilamiento de las formas corporales durante la reintegración como una verdadera liberación y el retorno a la Unidad espiritual original.

O si no, podemos no respetar fatalmente la cohesión interna de las doctrinas, olvidando voluntariamente el objeto de su secuencia conceptual, cayendo en la trampa de la combinación disparatada, queriendo tener, en un ejercicio de falta de lógica evidente, un origen tenebroso de compuesto material creado como castigo de la rebelión de los malos espíritus y del crimen de Adán, "*contaminado por una creación tan impura*", con un destino espiritual de la carne fundamentado por los Padres de la Iglesia, y en primer lugar por san Ireneo, del que podemos citar íntegramente sin lugar a dudas el libro V de su obra *Adversus haereses*, pero para lo cual también podrían resultar ventajosas, en cierta medida, todas las decisiones de los concilios ecuménicos donde el tema ha sido considerado, lo cual no cambia en nada el problema, ya que no conduce a ninguna otra "cosa" que a la edificación de una abstracción conceptual no sólo singularmente errónea, sino también absolutamente insostenible, ya que no puede ser aceptada paradójicamente ni por la misma Iglesia (que se indigna siempre que se argumenta el carácter "necesario" de la creación y rechaza violentamente la idea de una "prisión material" que Martines comparte con Orígenes), ni mucho menos por ninguna Orden auténtica resultante de la herencia martinesista, y obviamente pensamos en primer lugar en el Régimen Escocés Rectificado que es el único que conecta directamente por Willermoz y por una transmisión iniciática efectiva con el autor del *Tratado de la reintegración*, y cuyas instrucciones en todos los grados ven la voluntad de una "*espiritualización de la carne*" como quimérica y llaman al alma, desde el estado de Aprendiz, a desprenderse de los "*vapores groseros de la materia*".

Es por este motivo que esta voluntad de reconciliar la posición martinesista con la fe dogmática de la Iglesia no tiene absolutamente ningún sentido en el plano eclesiástico, como tampoco en el iniciático, ya que conduce a un callejón sin salida categórico en forma de perspectiva basada en un análisis condenado a un fracaso inevitable. La única actitud coherente, si se quiere considerar participando verdaderamente de las Órdenes de las que se pretende ser miembro, es asumir claramente el pensamiento de sus fundadores, por supuesto cuestionándolo, trabajándolo, profundizándolo que es lo más deseable, pero por encima de todo respetándolo en sus afirmaciones y fundamentos esenciales, y no tratar de torcerlos o transformarlos con contorsiones teóricas inaceptables para hacerlos, mediante un ejercicio improbable, "doctrinalmente compatibles" con la enseñanza de la Iglesia.

Queda pues, lo que está permitido y sin ninguna duda es preferible cuando el conflicto se vuelve muy doloroso, la solución de unirse a la Iglesia y vivir en ella plenamente su fe de forma no esquizofrénica. Creemos, sin embargo, que otro camino es posible, el de admitir la diferencia doctrinal, reconocerla honestamente, y considerarla como una "particularidad especial" postulando la no incompatibilidad entre la fe y la antropología platónica en el seno de la esposa de Jesucristo. Si la idea de universalidad significa algo - y las divergencias entre corrientes tan opuestas (agustinianos, tomistas, escotistas, etc.), incluyendo la economía de la Salvación, dentro del catolicismo es un buen ejemplo -

¿por qué el iluminismo místico, que vuelve a apoyar las tesis de Orígenes después de la cristianización de Martines operada por Willermoz y Saint-Martín en las *Lecciones de Lyon* (1774-1776), no tendría posibilidad de un lugar humilde, con su singularidad, dentro de la casa del Padre? Tenemos la convicción de que una respuesta no cerrada *a priori* puede ser dada a esta cuestión, no adhiriéndose a la idea de que la metafísica griega sea totalmente contraria al cristianismo, lo cual dejamos de apoyar hace ya tiempo, y es sobre esto que tendremos la ocasión de volver para explicarlo con más detalle en un próximo texto: "*Por un retorno a Orígenes*".

[9]. Ver Fragmentos sueltos del *Libro Blanco*, en *Manuscrito de Argel*, París, BNF FM 4 1282, *Libro Verde de los Élus Cohen*, p. 98-99.

[10]. Ibíd., p. 127.

[11]. Ibíd., *Oración de invocación*, p. 33-34.

[12]. Ibíd.

[13]. Ibíd.

[14]. Ibíd., *Oración para después de la Conjuración de la serpiente*, p. 65.

[15]. Ibíd., *Abjuración de los metales*, pág. 104.

[16]. Ibíd., p. 81

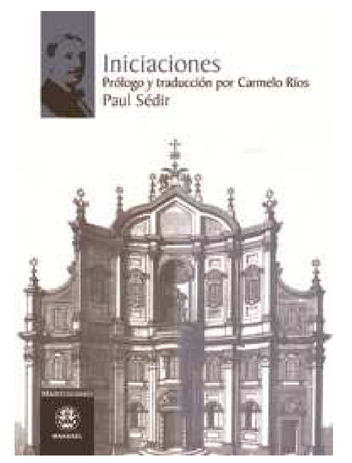
[17]. *Ibíd., Conjuración, en Instrucción sobre una Invocación de reconciliación al uso de los HH. de altos Grados (inferiores)*, pág. 91.

[18]. Ibíd., *Conjuración del Guardián*, p. 95-96.



NOVEDAD EDITORIAL

INICIACIONES
Paul Sédir



Prólogo y traducción de Carmelo Ríos

I.S.B.N. : 978-84-9827-268-0
Precio.: 15 Euros
267 Páginas
Editorial Manakel
Tel. y Fax: 914729071
E-mail: info@editorialdilema.com

"Yo, iniciado en gran número de grados ocultos, afiliado a todas las órdenes esotéricas europeas que tocan de cerca o de lejos el iluminismo, alma mater de no pocas de ellas, que había escrito tantos artículos sabios, a quien mis corresponsales extranjeros llamaban maestro muy docto, y que acabé por creérmelo a fuerza de oírlo decir. Yo, que había celebrado ritos mágicos y renovado las curaciones paracélsicas, que había dado la Luz a un gran número de hombres y mujeres respetuosamente atentos. Yo, que me creía impávido e impasible, sentía ahora derrumbarse mi torre de marfil desde su base. Estaba desorientado y me hubiera reprochado a mí mismo otra actitud ante este desconocido que la más sincera: el deseo ardiente de llegar a una síntesis, a algún reposo".

Es así cómo Yvon Le Loup (1871/1926), más conocido como Paul Sédir, describe en esta novela autobiográfica la súbita transformación interior que sufrió al lado de Andreas, nombre que aquí representa al que fue su verdadero Maestro espiritual, su guía iluminador, Nizier Anthélme Philippe (1849/1905), más conocido como ***El Maestro Philippe de Lyon***, un verdadero **Soldado del Cielo** al servicio de Cristo y de su obra sobre la Tierra.

La atenta lectura de esta historia extraordinaria no dejará indiferente al lector, además de mostrarle claves valiosas para su búsqueda espiritual.

MEDITACIONES PARA CADA SEMANA
Paul Sédir





I.S.B.N. : 978-84-9827-269-7
Precio.: 9 Euros
131 Páginas
Editorial Manakel
Tel. y Fax: 914729071
E-mail: info@editorialdilema.com

Yvon Le Loup, conocido por su seudónimo de **Paul Sédir**, nació el 2 de enero de 1871 y falleció el 3 de febrero de 1926. En Francia dirigió la Logia Martinista "Hermanubis" dedicada a la tradición oriental. Fue miembro de la Cámara de Dirección de la Orden Kabalística de la Rosa+Cruz (fundada en 1.888 por Stanislas de Guaita) y **miembro del Primer Consejo Supremo de la Orden Martinista** (fundada en 1.891 por Papus). También fue masón y miembro de la H.B.L. (Hermandad Hermética de Luxor) y de la F.T.L. Dictó cursos en la Facultad de Ciencias Herméticas y en el Grupo Independiente de Estudios Esotéricos de Papus.

Después de conocer al Maestro Philippe de Lyon (Nizier Anthélme Philippe, 1849/1905), se sintió impulsado hacia la "vía directa" del amor al prójimo y la **Imitación de Cristo** como una ***presencia viva***. En enero de 1909 abandonó todas las órdenes esotéricas y se dedicó únicamente al Cristianismo, creando la Sociedad de "**Los Amigos Espirituales**".

En la presente obra Sédir nos deja un verdadero **manual de meditación y acción (observancia)**, para que a lo largo de todo el ciclo anual el lector se sienta guiado hacia esa ***presencia viva* de Cristo en la intimidad del corazón** al mismo tiempo que en sus pensamientos, en sus palabras y en sus obras, presencia que puede y debe hacerse realidad en todas las circunstancias que la vida ordinaria nos ofrece. Podemos decir que no está muy lejos de ser una **guía práctica complementaria de la obra *La Imitación de Cristo***, de Tomás de Kempis, que el mismo autor califica como "***el libro más bello que jamás salió de la mano de los hombres***".



"DEJA AL HOMBRE EXTRAVIADO ESTOS SUEÑOS DE LA TIERRA:
NO ESTAMOS MÁS QUE ADORMECIDOS EN NUESTRO CUERPO TENEBROSO.
CUANDO EL TIEMPO NOS ARRASTRE A SUS RESTOS FANGOSOS,
LA HORA QUE NOS DESPIERTA ES UNA HORA ETERNA.
¡OH! JUSTO, ¡QUÉ ARREBATOS! ¡QUÉ NUEVO ESPLENDOR!
TOMAS OTRO CUERPO, EN EL CRISOL DE LA TUMBA;
UN VIVO RESPLANDOR, SIEMPRE MÁS BRILLANTE Y MÁS BELLO;
UNA OJEADA MÁS PENETRANTE; UNA VOZ MÁS SONORA;
UN CORAZÓN INCLUSO MÁS PURO. ASÍ CUANDO YO EVAPORE
ESTOS FLUIDOS BURDOS O LA SAL QUE ESTÁ CAUTIVA,
SU FUEGO RETOMARÁ SU FUERZA, Y SE CONVERTIRÁ EN MÁS ACTIVO".

Louis Claude de Saint-Martin
(El Cementerio de Amboise)



G.E.I.M.M.E.
Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España
Apartado de Correos nº 55.031
28080 MADRID
ESPAÑA
geimme@arrakis.es